





AÑO 9.º

NUM. 103.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**LA**

# ESPAÑA MODERNA

~~~~~

**Director: JOSE LAZARO**

JULIO 1897

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**MADRID**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

Teléfono 3.145.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# TERESA

---

## I



—¡Animo, hijos míos, ánimo!

—Ya lo tenemos, señor Alcalde, pero la faena está bastante fea; temo que nos va á dejar mal á todos.

Quien así respondía á la primera autoridad local era el viejo Toni, el más anciano de los barqueros, que había visto riadas por el estilo y meneaba la gris cabezota enmarañada, siempre cubierta con la tradicional montera roja de los *paroni* del Po.

—Cumplamos nosotros nuestro deber, Toni, que el resto lo hará la Providencia.

Toni no contestó. Púsose otra vez á trabajar, juntamente con los demás barqueros y operarios, atentos todos ellos á transportar haces de ramaje, sacos de arena, cascote, ladrillos, cantos, para poner dique al río.

—¡Santo Dios!—exclamó el Alcalde, con un acento mitad juramento y mitad plegaria, mirando el río que iba creciendo de continuo.

La noche estaba obscura, con un cielo amenazador, pre-

ñado de lluvia. Había llovido todo el día, estaba lloviendo treinta y cuatro días seguidos.

La piedra donde se veía señalada la altura de las anteriores inundaciones estaba ya cubierta del todo. El río subía con una lentitud implacable, con la calma feroz de un monstruo que está seguro de su presa. Había invadido la margen baja; á la sazón llegaba al borde de la margen superior, espumara-jeando, con un ruido sordo.

El gran peligro era que el agua socavase la ribera.

Cuarenta y ocho horas llevaban de trabajar sin descanso, derribando árboles y casas viejas, las más próximas al río, las en mayor peligro. Los habitantes de tales casuchas, casi todos pobres, huían llevándose consigo los bártulos; y apenas estaban fuera, cuando resonaba ya el pico de los albañiles haciendo rebotar los escombros á la pálida luz de las hachas de viento sostenidas por chiquillos.

Una vieja octogenaria, á quien habían quitado la cama para llevarla á sitio más seguro, se acercó á los hombres que transportaban aquel pobre mueble carcomido, y les dijo llorando:

—Echadla también ahí dentro, pues mañana no podré ya dormir en ella.

—Sí, echadla—repitió el Alcalde—haré dar otra á esta pobre mujer.

La cama de la vieja desapareció en seguida entre las ávidas ondas que subían y subían.

El Subgobernador y el teniente de la guardia civil llegaban juntos del lado de los bosques, á donde habían ido para inspeccionar la seguridad de las riberas.

—¿Y por allí?—preguntó el Alcalde al verles.

—Ningún peligro por el momento. ¿Y aquí? ¿Tienen ustedes miedo?

—Un pcco de temor ha infundido la orden reciente de que nadie se acueste en toda la noche, y de andar listos al oír el toque de la campana.

—¡Se comprende!

El Subgobernador, un meridional guapo y elegante, con frente de poeta, se metió (por una costumbre de saloncillo) la mano derecha entre los cabellos para arreglárselos, mientras miraba la negreante turba de los ciudadanos, casi todos recogidos encima del dique, ansiosos, formando grupos varios y fantásticos, entre los cuales corrían como fuegos fatuos las antorchas de resina. Luego se inclinó al oído del teniente, murmurando con gestos vivarachos:

—Dígame usted si hubo sentido común al edificar un pueblo en estas condiciones, con el agua encima de la cabeza. Detrás del malecón va el suelo bajando con una pendiente espantosa; y, allá abajo, aquella boca donde han fabricado su maldito pueblo, parece propiamente la copa destinada al brindis.

El teniente de civiles, piamontés y cachazudo, se calló; y no sabiendo qué responder á las brillantes pero poco oportunas observaciones de su superior, limitóse á hacer:

¡Jem, jem!

Acudía la gente por todas las embocaduras, plañendo, jurando, preguntándose unos á otros, entrechocándose, procurando adelantarse á los demás, sin cumplidos ni miramientos.

Asediaban á preguntas á los dos ingenieros enviados por el Gobierno, dando su parecer y sugiriendo medidas.

Los ingenieros decían que sí á todo, presurosos, inclinados sobre el río, probando con el pie la resistencia de los diques en los puntos más débiles.

—¿Qué altura tenemos, Toni?

—Aún ha subido medio centímetro—respondió el barquero, después de acercar á la piedra su cabezota gris, alumbrándose con una cerilla.

Un gemido de desaliento serpenteó por la muchedumbre. Algunos, que no habían comprendido, preguntaban:

—¿Qué hay? ¿Qué hay?

—Aún ha subido medio centímetro más.

Un grupo de mujeres rodean al Alcalde y le dicen:

—Si el señor Alcalde permitiese una procesión en honor de San Juan Nepomuceno, que es abogado de las aguas y ha hecho milagros.....

El Subgobernador interrumpe, exclamando:

—¿Qué hacen aquí las mujeres? ¡Fuera mujeres! ¿Y los chiquillos? ¿También los chiquillos? ¡Fuera chiquillos! ¡Fuera, fuera, fuera! ¡Largo, á casa!

El Alcalde le sosegó, diciéndole quedo:

—Pero, ¿qué quiere usted que hagan en sus casas? ¡Si ni siquiera pueden acostarse en esta desventurada noche!

—Es verdad, es verdad; pero no puedo aguantar á las mujeres, me atacan los nervios.

—¡Oh!.....

—En ciertos casos, se comprende, como éste. Luzzi (y cogió por un brazo á su secretario), telegrafíe usted en seguida á S. E. el señor Ministro, diciéndole que hace falta dinero, que el río no para de correr, y que el estado moral de la población está muy abatido.

El secretario echó á correr. Volvióle á llamar su jefe:

—¡Luzzi! Añada usted que las autoridades están en su puesto, dando ánimos y ayuda.

Un hombre vestido de negro, con el cráneo cubierto por una gorra de pieles, aproximóse al grupo de las autoridades, masculleando entre los hombros del Alcalde y del Subgobernador:

—Su Ilustrísima, mi señor, me envía á ver si es necesaria su presencia.... pues, á decir verdad, le está dando tormento el reuma.....

—¡No se moleste su Ilustrísima!—exclamó el Subgobernador.—Que se cure del reuma: aquí hacen más falta brazos que rezos.

—¡Sí—añadió el Alcalde con acento conciliador—es inútil que exponga su preciosa salud! Ofrecedle nuestros respetos, y decidle que ruegue por todos.

—¡Y que atienda á ver si toca la campana!



El hombre negro se escurrió tras de la multitud.

—¿Quién es ese tipo?—preguntó al teniente uno de los ingenieros.

—El mayordomo de su Ilustrísima.

—¿Y su Ilustrísima?

—¡Diantre! es su Ilustrísima, el abad mitrado, el jefe de nuestro clero, el que oficia en las fiestas solemnes.

—¡Cuántas autoridades hay en este país!—exclamó el ingeniero irónicamente.

Y se puso otra vez á mirar el dique, corroído por el agua, y las amenazadoras ondas, y la población (la ciudad) tendida como un condenado en su lecho de muerte.

Una voz chillona gritó:

—Está inundada la vía férrea junto á Cremona; se han suspendido los trenes.

Todos miraron á quien había hablado. Era el Sr. Caccia, el recaudador de contribuciones: un hombre alto, rojo de cara, ancho de espaldas, con una cabeza estrafalaria, con rizos encima de las orejas y un par de cejas enarcadas que le hacían parecerse un poco al retrato de Goldoni, pero de un Goldoni brusco.

—¿Es verdad eso, Sr. Caccia? ¿Cómo lo sabe usted?

—He tenido noticias por mi cuñado, que acaba de llegar de Piadena hace dos horas.

—¿Sí? ¿Y qué cuenta?

—Un espanto. En una granja cercana á Bosco murió ahogada una familia entera: padre, madre y cinco hijos, con la mujer de uno de éstos. No pudo salvarse ninguno.

—¡Virgen Santísima!

—Las posesiones del marqués de Arco están anegadas por completo, tumbados los trigos, y de la uva no hay que decir. ¡Cincuenta familias de aldeanos, que este invierno no sabrán qué comer!

—¡Paciencia! Aquellos otros de la granja darían algo bueno por no saber qué comer en este invierno.

Una señora preguntó en voz baja al recaudador:

—¿Y su mujer de usted, Sr. Caccia? Dígame, ¿cómo está su mujer?

—¡Ya puede usted imaginárselo!..... Todo el día está con los dolores.

Otra que lo oyó, preguntó á su vez:

—¿Está enferma su mujer?

El señor Caccia enarcó aún más las cejas, murmurando:

—¡Eh, eh!

Entonces cayó en la cuenta la señora, ruborizóse ligeramente y dijo entre dientes:

—¡Pobrecita, en esta misma noche!

El Sr. Caccia buscó entre el gentío la cara larga y flaca del doctor Tavecchia; y, viéndole conversar animadamente con el Subgobernador, le dijo:

—Si puede usted, por un momentito, darse una escapada á mi casa.... como amigo, ¿sabe?..... para mi mujer, por tranquilizarla nada más.

—Voy, voy.....

—¡Oh! no corre prisa; me basta cualquier momento.

Luego, al ver pasar á Caramella, el cojo que vendía manzanas, y dirigirse hacia la ciudad, le cogió por la manga:

—¿Vas á casa, Caramella?

—Sí, señor recaudador. ¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

—Precisamente. Ya que pasas por delante de mi casa, éntrate y dí á mi mujer que no hay peligro por ahora; que esté tranquila; que el doctor Tavecchia irá á verla..... que yo me quedo un rato aún, hasta ver en qué paran estas cosas.

Caramella se alejó cojeando.

De pronto, la atención general se fijó en una masa negra que bajaba por el río, junto á la orilla.

—Es leña muerta.

—Es una tabla.

Vióse moverse á alguien; quizá, pobres náufragos arrojados de sus casas, van en busca de una muerte cierta.

—Es una barca—gritó Toni.

—¿Una barca? ¡Imposible! ¿Quién queréis que la gobierne?

—No va gobernada de ningún modo; va á merced de la corriente.

—Pues entonces está vacía.

—No.

—Sí.

La atención se hizo tan intensa que ya ninguno hablaba. Todos trataron de adelantarse, para ver mejor.

Los ingenieros, cogiendo un hacha de viento, avanzaron subidos al malecón. Siguiéronles el Subgobernador y el Alcalde; y también poco á poco todos los demás, atemorizados, curiosos, estremeciéndose.

Algunas mujeres recitaban deprisa el rosario, apretándose debajo de la barba el pañuelo que llevaban puesto en la cabeza, no atreviéndose á adelantarse demasiado.

—Cierto que es una barca.

—Dadle voces.

—¡Haláaa!

No una, cien voces repitieron:

—¡Haláaa!

Y entre tanto descendía la barca como si fuese á hundirse en el fondo.

Al punto prepararon cuerdas y ganchos para auxiliar á la barca (que era una grosera barca de pescadores) y que tocase á la orilla.

—Pero ¿quién es ese loco?— preguntó en voz baja el Subgobernador al teniente de la guardia civil, el cual se encogió de hombros.

Distinguíase la forma de un hombre, de pie en medio de la barca, luchando fuertemente con los remos para evitar el choque de los troncos de árboles que la corriente arrastraba entre sus torbellinos; y en derredor mugía el río levantando una gruesa espuma amarillenta, turbia, y en la superficie de la cual

flotaban guiñapos, trozos de madera, muebles rotos, cadáveres de animales.

—¿No le conoce nadie? — volvió á preguntar el Subgobernador.

—Sí..... me parece..... — respondió el Alcalde, vacilando, no muy seguro.

Una voz, salida de entre los barqueros, gritó:

—Es Orlandi.

—Es Orlandi, es Orlandi; — repitieron todos los presentes, atónitos, admirados.

—Eso quería yo decir — murmuró el Alcalde. — ¡Sólo él es capaz!....

—¿Orlandi? ¿Alguno de esta tierra?

—No, es de Parma; pero aquí le conoce todo el mundo. ¡Una cabeza vacía!....

—Ya se conoce.

Entre tanto que las autoridades comentaban con poca benevolencia la audacia del temerario, el entusiasta pueblo le aclamaba.

Cuando la barca tocó á la orilla y Orlandi saltó á tierra, mojado, con las ropas en desorden y heridas las manos, aunque arrogante como si viniese de un viaje de recreo, todos aquellos barqueros le rodearon mareándole á preguntas.

Antes de contestar á nadie, Orlandi cogió del fondo de la barca un bulto envuelto en una manta de lana y lo puso en brazos de la primera mujer que tuvo cerca.

—Ahí va un chiquitín que os llega sin costaros ninguna fatiga.

—¡Virgen Santísima!—exclamó la mujer descubriendo con sumo cuidado el cuerpecito de un niño de teta.

En seguida se pusieron alrededor las mujeres, besándole, acariciándole, calentándole las manitas, yertas de frío.

Orlandi dijo haberle salvado por milagro, en una mísera casucha de la cual habían huído todos los moradores, enloquecidos ó vuelto crueles por el terror.

—Pero usted, querido Orlandi — preguntó el Alcalde adelantándose;— ¿tiene en tan poco aprecio su vida como para exponerla en el río con semejante noche?

—Le aseguro á usted que no tuve tiempo de pensar en ello —respondió Orlandi meneando la altiva cabeza y sonriéndose de modo que entre aquella semiobscuridad pudo verse, cual un relámpago, lo blanco de los dientes bajo el negro bigotillo. —Tres días há que voy de viaje llevando socorros, que muchas veces llegan tarde, como los de Pisa. ¡No importa! Se hace lo que se puede. Encontrábame allá abajo, en los bosques del Arese, cuando el río rompió el dique y ya no hubo remedio. Cogí esta barca, metí en ella al niño y me puse en manos de Dios ó del demonio.

—¡No blasfeme usted! — se atrevió á decirle la mujer que había tomado el niño. — Salió usted con bien y debe dar por ello gracias á la Providencia.

Orlandi ya no hacía caso de nadie, atento á mirar los trabajos de encauzamiento y los terribles destrozos de la inundación.

—Paréceme que, por esta noche, ya no crece más.

—Si Dios quiere.

Los grupos comenzaron á aclararse; las mujeres y los viejos se decidieron á volver á sus casas; el Sr. Caccia se marchó arrastrándose detrás del doctor.

Quedaron las autoridades, por obligación. Quedaron después los jóvenes, los fuertes, entre ellos Orlandi, embriagados por el peligro y la fatiga, ayudando al transporte de los sacos, dirigiendo las antorchas, echando mano al pico de los albañiles, hasta que lució el alba sobre los bosques, iluminando las caras pálidas y abatidas, el río, amenazador aún, y detrás la ciudad con sus casas despanzurradas, semejantes á enormes é incurables gangrenas.

## II

La casa del recaudador de contribuciones estaba hacia la mitad de la calle de San Francisco, la llamada también «calle del *Señorio*», y no es que el Sr. Caccia fuese un señorón, sino que su mujer (que era de buena familia) llevó en dote la casa cuando se enamoró de él y se empeñó en casarse con él á toda costa.

Era una casa pequeña, de apariencia modesta y provinciana en comparación de las casas señoriales de la calle de San Francisco; apabullábala sobre todo el contraste con el palacio Varisi, todo negro, imponente, con las ventanas siempre cerradas, porque el marqués vivía en Cremona, pero con un escudo cuartelado encima de la puerta principal, como para manifestar la presencia en espíritu del propietario.

Otros palacios más ó menos antiguos desfilaban á derecha é izquierda, comenzando por una parte en la Plaza Mayor, perdiéndose por la otra en el campo.

La casa del recaudador tenía iluminadas las ventanas del primer piso, y á través de los visillos se adivinaba cierto movimiento.

En la alcoba nupcial, la señora Soave Caccia, sentada en un sillón, con los codos encima de los brazos de éste, se quejaba dulcemente.

—¡Qué noche, señora Catalina, qué noche!

La señora Catalina, una mujerona de cara pletórica bajo una cofia de tul negro con cintas de color de naranja, la consolaba lo mejor que podía, dando vueltas por el aposento y haciendo preparativos.

—Y mi marido que se empeñó en irse al malecón...

—¿Qué quiere usted? Un hombre es un hombre, todos están allí: el Subgobernador, el Alcalde, el teniente...

—¡Y la campana, Dios mío!... Si sonase la campana de alarma... ¿cómo me las arreglaría para huir?

—Tranquílese usted ya; eso de la campana es una precaución, pero no sucederá nada. Si llegase el caso, su marido de usted, que está en el puesto, tendrá tiempo de proveer. No faltan allí brazos y personas de buena voluntad. Figúrese usted que hasta los cantantes, aquellos pobres cantantes que vinieron aquí con la esperanza de poder conseguir un buen abono en nuestro teatro, ¡bueno! hasta á ellos también les han hecho ir. El empresario les amenazó con no pagarles si no contribuían con su trabajo; el tenor ha preferido huir, renunciando al trimestre; pero todos los demás se arremangaron los brazos y desde esta mañana trabajan en el dique. Carlitos está en casa, ¿no es cierto?

—Sí. También quería irse al dique, pero su padre no ha querido que vaya. Con Teresita está. Las dos gemelas se han acostado bien y vestidas... por si acaso... Pero, ¡qué noche, qué noche! ¡Ah, señora Catalina, soy muy desgraciada!

La señora Catalina, deteniéndose en medio del aposento con una faja en la mano, puso la cara seria, con aquella severidad imperiosa y brusca con que siempre conseguía calmar á sus clientes.

—En verdad le digo que, si continúa agitándose de este modo, quiere usted acabar mal. No piense usted en el Po, sino en lo que está haciendo.

La señora Soave no respondió más que con un gemido, dejando deslizar las manos desde los brazos del sillón y apretándolas resignada contra el vientre.

Era la esposa del Sr. Caccia una mujercita como de cuarenta años, poquita cosa, muy padecida, con la cara larga y térrica, pálidamente iluminada por unos ojos negros, opacos, sin brillo; ojos bondadosos y tranquilos que habían llorado mucho, que aún lloraban fácilmente, con una debilidad resignada y

dulce. Jamás nombre ninguno le vino tan de molde á una mujer. Cuando se decía en el país *la señora Soave*, nadie podía separar este nombre del rostro melancólico de la mujer del recaudador. Y algo así como de cansancio, de cadena largo tiempo arrastrada, se veía en todos sus movimientos. Sus palabras eran breves y vacilantes, acostumbrada á callar ante la voz cascada, pero imperiosa, del Sr. Caccia, sin arranque para reaccionar, sin ánimo para responder, convencida de que la primera virtud de una esposa debe ser la obediencia. Sobre la estrecha frente bajaban, divididos por enmedio, sus cabellos de color de café tostado; y á menudo, con un movimiento lánguido acompañado de un suspiro, levantaba la mano para alisárselos. Veíase entonces una manita flaca y descolorida, como de cera vieja, oprimida en la muñeca por unos brazalecitos de crín trenzada, coronados por una roseta.

—Precisamente hará quince años el mes que viene,—dijo la señora Soave, después de haber seguido un rato en silencio el curso de sus pensamientos.

—¿Quince años de qué?

—De haber nacido mi Teresa.

—Es verdad.

—Y el año siguiente, Carlitos. ¿Se acuerda usted, señora Catalina?

—¡Otra que tal! Ya va una siendo vieja.

Nuevo silencio.

—Las gemelas tienen ocho años... No creí que aún iba á tener más...

—¡Vaya! Quien va al molino se enharina.

—Es voluntad de Dios,—concluyó suspirando la señora Soave.

La mujerona grande y gruesa se echó á reir á carcajadas, tambaleándose su maciza persona.

—¡Si á lo menos fuese un varón!—volvió á suspirar la señora.

—¿No tiene usted bastante con Carlitos?



—¡Oh! no es por mí; pero, las pobres niñas, ¿qué esperan de bueno en este mundo?..

Una gran tristeza hízola bajar los ángulos de la boca; y sus ojos negros, opacos, se nublaron de lágrimas.

—Tate, tate, déjese de melancolías. Somos mujeres; pero, ¡qué demonio! nadie se nos ha comido. Ya tiene usted tres muchachas, lo mismo da una más que una menos... así no irá soldado su Carlitos.

Volvió á reinar el silencio, grave, tormentoso, roto á veces por los gemidos de la parturienta.

—Mire usted, señora Catalina, en este dormitorio nací yo; en este dormitorio... pronto... quizá hoy, quién sabe si habré de morir.

—¿Aún tengo que oír esas cosas?—interrumpió la señora Catalina, poniéndose en jarra.—Oyéndola á usted, se creería que es una chicuela sin juicio y no la madre de cuatro hijos, y dentro de un momento de cinco. ¿Por qué ha de morir? Tanto puede usted morirse como yo, de pronto, por accidente. ¿No supo usted lo de ayer? ¿Lo del hermano del Alcalde, aquel mocetón que parecía la estampa de la salud? En un *Jesús*, en menos que se dice *Amén*, estaba leyendo una carta y ¡paf! quedóse muerto. No se debe pensar en la muerte; cuando viene es porque ha de venir; además, nosotras las mujeres tenemos siete vidas como los gatos..... por consiguiente, alégrese. Dentro de una hora, de hora y media á lo sumo, todo habrá concluído. Mire usted, antes de salir de casa dije á mi cuñada Pepita: «espérame al amanecer, que la señora Soave despacha pronto.» No es este el primer día que nos conocemos, ¡eh! Confíe usted.

Un poco tranquilizada la señora Soave, paseó por el aposento una mirada cariñosa, como para encontrar amigos en las dos cómodas panzudas de nogal; en la cama, semioculta por una hermosa colcha de filosedá amarilla con florones verdes, con la vuelta de la sábana encimera guarnecida de muselina; en el reclinatorio, todo lleno de libros, con el escabel

hundido por las largas genuflexiones; en el verdoso espejillo, colgado demasiado alto, donde no se veía más que la cara; en los cortinajes de las ventanas, hechos por ella, á cuadros, con un pajarito y una palma alternando en cada uno; en los dos únicos cuadros, con marco de madera negra, representando los desposorios de la Virgen María.

Pero, más que todo, la mirada de la señora Soave se detuvo complacida en un Niño de cera cubierto por un fanal de vidrio. Aquel Niño amarillento, con dos puntitos negros encima y á los lados de un pequeño relieve que simulaba la nariz; aquel Niño, de expresión dulce y resignada, echado más de veinte años ha en medio de las flores de papel y las cintitas de plata que adornaban su cuna; aquel Niño desnudo y santo, atraíase de un modo particular la ternura de la señora Soave, que se consumía de amor y de respeto, ¡con más ganas de llorar y de besarle y de encomendarse á sus benditas manitas! La grandeza de Dios, representada por aquel Niño pequeñín, llenábala de un estupor piadoso y devoto. Levantóse del sillón y moviéndose con trabajo fué á dar un beso al fanal de vidrio; permaneciendo luego inmóvil, juntas las manos, absorta en una contemplación dolorosa.

La puerta de junto á la cama se abrió poquito á poco, y una cabeza de niña, pasando por el resquicio, exclamó:

—¡Mamá!

Estremecióse la señora Soave.

—¿Qué quieres, Teresita? ¿No te has acostado un poco?

—¡Oh? ¿Cómo es posible? Estoy á la ventana con Carlitos; aguardamos á papá. Ha pasado Caramella y me ha dicho que estemos tranquilos, que no hay peligro por ahora. Papá vendrá pronto.

—¡Alabado sea Dios! Vete á la cama, Teresa, vete á la cama.

—¿Y tú, mamá?

—Dentro de poco iré.

La niña hizo ademán de retirarse; pero antes de que se

cerrase la puerta, acercósele perpleja la madre, poniéndola una mano en el hombro y diciendo en voz baja, con acento tembloroso:

—Ruega por mí.....

—¡Mamá!..... ¡Mamá!.....

La señora Soave se puso un dedo en los labios, compungida, con una solemnidad misteriosa y dulce.

—Esta noche tendrás otro hermanito..... Estas son cosas que comprenderás más tarde..... pero ya eres tú mayorcita y debes saberlo. Ahora, vete á la cama.

Echóla afuera con cariño y cerró la puerta.

A la otra parte, en un estrecho corredor que separaba la alcoba matrimonial del dormitorio de las niñas, Teresita permaneció inmóvil, apoyada en el quicio de la puerta, con la garganta oprimida y una repentina turbación.

Tenía quince años. Había crecido en el tranquilo ambiente de la familia, en aquella ciudaducha de provincia, lejos de todas las emociones. Era el primer año que estaba en la casa desde que salió del colegio, y en sus deberes de ama jóven tenía aún la incertidumbre de la inexperiencia; pero se sentía cortada de su misión de ayudar á su mamá. Su temperamento la llevaba á la seriedad, y su corazón al cariño.

Las pocas palabras de la madre, dichas á ella junto á la puerta, en la turbación de aquella noche, habíanla impresionado profundamente.

De pronto se sentía mujer, con un presentimiento de dolores lejanos, con una responsabilidad nueva, con un raro pudor mezclado de extraordinaria dulcedumbre.

Parecía que en aquel momento, sólo en aquel momento, reconocía su propio sexo, sintiendo discurrir por sus venas una onda de languidez nunca notada antes, y surgir en su cerebro una curiosidad viva y punzante, la cual cesó de pronto al advertir el rubor que le subía á las mejillas.

Todo esto duró el espacio de cinco minutos, cual si hubiera vuelto á correrse el velo que la había hecho vislumbrar lo

futuro. Sosegóse otra vez, con una calma más melancólica, más intensa; entró de nuevo en su alcobita; su hermano, que la esperaba apoyado en el alféizar de la ventana, miró con una intuición nueva; y habiendo pronunciado él algunas palabras, estremeciósese Teresa al oír el sonido de aquella voz de hombre y le miró á hurtadillas, temiendo que pudiera leer en su cara su secreto.

Pero Carlitos no se ocupaba más que de la riada. Hubiera querido estar también en el dique con los demás, y sacaba el cuerpo fuera de la ventana por ver si pasaba alguien á quien pedir noticias.

Algunas otras ventanas, como la de ambos muchachos, estaban abiertas. Mujeres medrosas se asomaban por ellas á la escucha, temiendo siempre que llegase á tocar la campana que había de advertirlas la huída.

—¿Sabes?—dijo Carlitos, con la risa un poco fatua de los muchachotes de catorce años.—La vieja Tisbe está en pie desde hace dos horas, con los cubiertos de plata en el delantal y el perrito debajo del brazo.

Teresita no se rió.

—Si pudiese hacer una escapatoria, nada más que por ver.....—volvió á decir Carlitos pasando una pierna por encima del alféizar.—¿Crees que no sería capaz de descolgarme por la ventana?

—Vamos, fuera; ¡no faltaría otra cosa!—le respondió Teresa entre dientes, erguida en el hueco de la ventana, con la mirada tercamente fija en las tinieblas.

De pronto se aproximó á su hermano, pasándole un brazo alrededor del cuello, inclinándose levemente hasta acariciar con las mejillas los cabellos de él, cortos y tiesos como las crines de un cepillo.

Carlitos no advirtió la caricia. Con medio cuerpo fuera, apoyándose en los brazos, mirando en dirección á la plaza, decía:

—¡Si viniese desde allá lejos hasta aquí! ¡Uf, qué estrépito allá abajo, allá abajo!.....

No le agitaba el miedo al peligro, sino la emoción de aquel entretenimiento nuevo.

—¡Todo el río desde allí lejos hasta la ciudad!

Y se reía pensando aún en la vieja Tisbe, con el perrito debajo del brazo y los cubiertos en el delantal.

—¡Qué desgracia tan grande!—murmuró Teresita, temblando y estrechándose contra el muchacho, con una necesidad irresistible de ternura.

—¡Quita!—exclamó él, dándola un empujón con la espalda.—¡Me sofocas!

Y esquivó el abrazo, rezongando.

Resentida la niña, retiróse al fondo del aposento, donde estaba su cama. Se sentó en la silla, junto á la cabecera, y dejó caer la cabeza sobre las almohadas.

Allí cerca estaba la cama de las gemelas, acostadas una en la cabecera y la otra en los pies, vestidas, con un mantón echado á través de sus cuerpos. Dormían á pierna suelta.

De allí á poco, un ir y venir, un insólito movimiento en el dormitorio de su madre, hizo levantar la cabeza á Teresita, quien se encaminó á la puerta para escuchar.

Siguió un breve silencio. Estaba para regresar á su sitio, junto á la cama, cuando el vagido de una criatura la hizo prorrumpir en una exclamación; y de repente, obedeciendo á un impulso del corazón, entró en el aposento contiguo.

—¿Me permites, mamá?

La señora Catalina se presentó en la puerta, seria, con un dedo puesto delante de los labios.

—Déjela usted entrar—murmuró débilmente, desde debajo de la colcha de flores, la voz de la señora Soave.

Teresita entró de puntillas, conmovida, conteniendo el aliento. La señora Catalina la presentó una niña recién nacida, roja toda, envuelta en un pañal.

—¡Oh, qué pequeñita es!

Quería cogerla en brazos, pero la señora Catalina no lo permitió.

—Después, cuando esté fajada.

Teresita la besó con cuidado en el pelo; luego, aproximándose á la cama de su madre, se inclinó sobre ella, reverente, llena de ternura, con un recóndito sentimiento de temor.

—¡Déjala estar á mamá!—dijo bruscamente la señora Catalina.

—Estoy bien—volvió á murmurar la señora Soave, devolviendo con una mirada las caricias de su hija; y añadió:—Teresa es mi mujercita, tendrá que hacer de segunda madre.....

—Sí, sí—respondió la niña, tan conmovida que casi sollozaba.

La señora Catalina, sin decir palabra, la cogió por un brazo y la hizo salir del dormitorio.

Acercóse Carlitos al encuentro de su hermanita, gritando:

—Ya está aquí papá. Ahora sabremos las noticias; ya me ha dicho que han derribado todas las casas próximas á San Roque.

Teresita no se fijó en nada; también ella tenía su noticia que dar, y se la dijo á su hermano, temblorosa, pálida:

—Nos ha nacido una hermanita.

—¡Ah! ¿Sí?—exclamó Carlitos.—Ya lo sabía yo que tenía que nacer.

Y bajó corriendo por la escalera, al encuentro de su padre.

Teresita permaneció inmóvil, extrañándose de las últimas palabras de su hermano. ¿Cómo lo sabía?

### III

El miedo de la inundación había pasado. La ciudad recobraba poco á poco su calma de enfermo resignado con su suerte y á quien nada sonríe en el porvenir. Las anchas y larguísimas calles volvieron á quedar desiertas, silenciosas tras la

doble fila de celosías cerradas y de las altas murallas negras á cuyos pies verdeaba una alfombra de hierba immaculada. El esqueleto grandioso de aquella que había sido una gran ciudad, contrastando con la escasez numérica de los habitantes, daba al conjunto una entonación triste, bajo aquel cielo opaco del valle del Po, en la atmósfera húmeda y muelle, á lo largo del río bordeado por melancólicos bosques deshojados por Noviembre.

El cojo Caramella, que habitaba en el comienzo de la ciudad, donde tenía el huerto, empezaba su correría matutina, empujando ante sí la carretilla, cargada de manzanas y de peras.

—¡Qué ricas peras!.... ¡Peras!.... ¡Peras!....

La calle de San Francisco estaba enteramente despoblada, silenciosas todas las casas; había en el aire un vapor gris, algo como de tenebroso y adormecido.

Caramella se detuvo delante del estanco, abandonando la carretilla en la acera, y entró á beber una copa de aguardiente de guindas.

—Pronto quiere venir el invierno; — dijo la estanquera, empinándose sobre la punta de los pies para alcanzar la botella puesta en el estante.

El frutero no respondió al pronto, ocupado en atarse los calzones alrededor de la cintura. Tomó luego la copa de encima de la vasera de lata y se la echó al colete de un trago, abriendo una boca de á palmo y haciendo castañetear después la lengua.

—¡Bah!—dijo entonces.—El peor de todos los inviernos es el que sentimos en las espaldas.

Echó una ojeada fuera, á la carretilla, y otra al cielo gris parduzco.

—¿No quiere usted manzanas para su niña?

—Hoy no; la tengo en cama, la voy á purgar.

Caramella se recostó en el quicio de la puerta, con las manos en el bolsillo. Acercósele la estanquera con cara misteriosa, semisonriéndose.

—Usted que va á casa de los señores de Portalupi, ¿no sabe nada?

—¿De qué?

—De la hija segunda..... Dicen que la corteja el Subgobernador.

—¡Es increíble!

El cojo no dijo más. Echó mano lentamente á la carretilla, con la nariz al aire y los ojos fijos en las ventanas de las casas.

La estanquera le vió alejarse y le siguió con vista distraída, pensando en otra cosa, hasta que otro parroquiano la hizo volver á entrar en su tienducha.

—¡Qué ricas peras..... peras..... peras!.....

Sin embargo, Caramella no miró al palacio Varisi, ni tampoco á la casa contigua, donde vivía la Calliope, aquella chiflada enemiga de los hombres, á quienes hacía muecas como un pilluelo, detrás de las rejas de la planta baja.

En cambio, se detuvo frente á la casa del juez municipal y tocó á la puerta como hombre seguro. En efecto, allí le compraban siempre peras; porque el juez tenía seis ó siete chicuelos en edad de ir á la escuela, y las peras cocidas sientan bien á los niños.

También en el palacio Portalupi, el émulo del palacio Varisi, el cojo tenía entrada libre: proveía la despensa de los señores Portalupi, marido y mujer, ricachones, con tres pollas casaderas, y servía á la vieja Tisbe, doncella retirada, á quien los Portalupi habían cedido un par de piececitas en el piso segundo.

Nada tenía que hacer con D. Juan Boccabadati, un don Juan de nombre y de hecho, cuya vida misteriosa y equívoca le señalaba á la curiosidad de las mujeres y á la envidia de los hombres.

En la casa donde vivía, sólo con un criado viejo, veíanse algunas veces entrar y salir sombras femeninas, á las cuales en vano la anciana Tisbe dirigía los anteojos y á quienes las tres jóvenes Portalupi miraban desdeñosamente, mordiéndose los labios.



Entre la casa Boccabadati y la del juez estaba la de Caccia; y también aquí el cojo hizo una breve parada, porque al oírle pasar la señora Soave había dicho á Teresita:

—Compra unas peras para las gemelas.

Teresita, medio dormida aún, arreglándose el pelo con las manos, había mandado á la criada á la puerta, y ella se había puesto á la ventana, mirando á Caramella, que escogía delicadamente las peras y las iba poniendo en la balanza; bellas peras pequeñas y dulces, de piel suave que se había dorado al cocer, y que aún humeaban en un baño de caldillo espeso.

—¡Qué ricas peras..... peras..... peras!....

El cojo se aleja por allá abajo, hacia la plaza, con la carretilla, que iba dejando en pos de sí un buen olor y casi como un dulce calor de familia, de hogares encendidos, de niños alegres con el delantalito abierto y terso; olor y calor que se fundían en una sensación compleja de bienestar, difundiéndose ligera, subiendo, en aquella rigidez gris de una mañana de otoño.

Teresita seguía desde la ventana con los ojos la carretilla. Y cuando dejó de verla ya, siguió mirando aún la larga calle, con sus casas alineadas: la blanca de la Calliope; la de los Varisi, ennegrecida; la de los Portalupi, toda amarilla, con los dinteles de las ventanas imitando á mármol; la casucha larga y baja, pintada de color rosa, donde habitaba el juez con su numerosa familia; la misteriosa casita de D. Juan, con las celosías verdes y la puertecita estrecha, y luego todas las demás, en hilera, apretadas, perdiéndose á lo lejos á derecha é izquierda, bajo la línea irregular de las techumbres, en la faja de cielo pálido que aparecía en lo alto.

Teresita, apenas cubierta con un trajecillo de percal, sentía correr por sus brazos un frescor penetrante, no molesto, casi simpático, y sus cabellos juvenilmente descompuestos le bailaban por la frente y el cuello, produciéndole un grato cosquilleo, como de caricias. Si cesaba la brisa sacudía la cabeza, para sentir aún aquellas leves ondas á través del cuello, y pro-

longaba su impresión con una ingenuidad infantil, con la mirada siempre errante por la larga calle, observando con interés el empedrado de cuña y la escasa hierbecilla y las dos ace-  
ras rojizas, hechas de ladrillitos puestos de canto, hundidas en muchos puntos.

Por el fondo, desde la plaza, apareció el cartero, arrastrando de mala gana los zapatones de punta cuadrada, con la cartera de piel al costado, con cara de pocos amigos. Desapareció por un momento. Teresita creyó al pronto si habría entrado en la farmacia. Reapareció, recorriendo la calle en sesgos de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, dejando *La Mode nouvelle* á las señoritas Portalupi y el *Corriere di Cremona* á su papá, tres cartas á D. Juan Boccabadati. Pasó por delante de su casa sin detenerse; echó una gruesa carta amarilla y algunos impresos por debajo de la puerta del juez; luego volvió á cruzar la calle y fué á levantar el herrumbroso aldabón de la casa de la Calliope.

Un sentimiento incompleto, indeterminado, pero nuevo, se apoderó de Teresita: una especie de mortificación y de disgusto.

Todos aquellos periódicos, todas aquellas cartas llevaban á sus destinatarios un mundo de sensaciones.

En la cartera negra del cartero iban alegrías, dolores, esperanzas, embriagueces, promesas, curiosidades, fantasías, afectos: todo lo desconocido, lo deseado, aquello que la niña no sabía. Era la vida lejana, los hilos simpáticos que unen á los ausentes, el principio de historias futuras, la última palabra de cien historias pasadas. En aquella vulgar cartera que un indiferente iba llevando de puerta en puerta, se estremecían mil corazones, se entrecruzaban mil intereses: negocios y pasiones, arte y hambre, nobles sacrificios, refinadas venganzas, vilezas innobles, santos heroísmos.

Iba allí todo secreto de la vida. Teresita no se dijo todo esto á sí misma, pero lo pensó vagamente, con un recóndito sentimiento de envidia, con una avidez desconocida, que sur-

gía en aquel instante dentro de ella por primera vez, y que henchía su pecho con un suspiro hondo y amargo.

La casa de la Calliope continuaba cerrada á piedra y lodo, silenciosa, semejante á un sepulcro.

El cartero, apoyado en la pared, escogía entre tanto las cartas, sacándolas del fondo de la cartera: cartas anchas, con el sobrescrito breve, claro, de caracteres alargados, comerciales; cartas blancas, lindas, cuidadas, escritas con falsilla, puesto el sello de franqueo simétricamente, como suelen mandarlas las colegialas; cartas cerradas en sobre inglés, de papel fuerte, de color perla, perfumadas, misteriosas; cartas con tinta violeta, bien escritas, de larga inicial dorada, correspondencia entre mujeres; cartas grandonas, mal plegadas, de tinta diluída, con huellas de manos poco pulcras, con dos líneas de sobrescrito y cuatro errores.

Y una multitud de tarjetas escritas vertical, horizontal y diagonalmente, con muchísimas, muchas, pocas, poquísimas palabras, casi ninguna, una sola; circulares, anuncios, esquelas de invitación, folletos, todo pasaba con rapidez bajo la experta mano del cartero, que volvía á meterlo todo en la cartera, conservando sólo una carta en la mano y llamando por tercera ó cuarta vez en la invencible puerta.

Teresita no conocía á Calliope, no la había visto nunca bien; sólo la había entrevisto por los barrotes de la reja de su ventana, con la cara medio escondida bajo un amplio pañuelo amarillo, hablando sola y diciendo pestes á todos los hombres que pasaban. Harto poco tiempo hacía que Teresita se había hecho mujer, para haber considerado á la Calliope de diversa manera de como la consideraban los muchachos de la ciudad: como una loca que hacía reir. Había oído contar su historia á retazos, con muchas lagunas entre uno y otro episodios; lagunas que la sobria imaginación de la niña nunca se había tomado la molestia de llenar.

Sabía que la recogió de pequeña una condesa, educándola casi como á una hija. Y aquí se le presentaba la primera la-

guna, habiendo muchas personas que afirmaban cómo Calliope era en verdad hija de la condesa, afirmación que á Teresita le parecía absurda. Pero, sea lo que fuere, la condesa la había querido mucho y habíala hecho instruir por un anciano sacerdote, ocupándose ella misma de lo que pudiera ser deficiente en materia de educación femenina.

Habitaban entonces las dos en una hacienda solitaria; y sabíase ya que la Calliope tenía gustos extravagantes, saliendo sola por los campos, con el cabello suelto por la espalda y un pequeño fusil en banderola, atrevida, violenta, salvaje. Los pocos que tenían ocasión de cruzar por la hacienda la oían silbar en los bosques de álamos, imitando el canto de los pajarillos, y algunas veces la veían correr desenfrenada á través de los campos, saltando los setos vivos, con las manos arañadas por las espinas y con los vestidos destrozados.

Había sido hermosa, de una belleza varonil y fuerte.

El doctor Tavecchia, que la asistió una vez, con motivo de haberse roto un brazo por una caída desde un árbol, afirmaba que era una de las mujeres más guapas que jamás vió. Los extraños vestidos que llevaba adaptábanse á su cuerpo de amazona, robusto y ágil. Cuando se cubría la cabeza, hacía lo con un sombrero de hombre, negro y ancho; nunca llevaba cintas, galones ni joyas; vestía de negro ó de blanco; á menudo se cosía todo alrededor del corpiño flores frescas, y sólo con flores se fabricaba un tocado extraño, original, que en cualquiera otra hubiera parecido zafio y con el cual estaba encantadora.

Segunda laguna: Teresita había oído susurrar misteriosamente algo, acerca de un oficial francés, de fuga, de traición, de otras cosas que no comprendía bien, y que nunca la interesaron hasta entonces.

Luego se le aparecía Calliope monja. Había estado en un convento dos años, siendo modelo de abnegación y de penitencia; de repente, la víspera de pronunciar los votos solemnes, desapareció.

Tercera y última laguna, la cual abarcaba unos quince años, y que había conducido á la extraña señora (sola ya en el mundo) á encerrarse en aquella casa, de donde nunca salía y donde la gente de la población tenía la caridad de no ocuparse de ella, dejándola en paz con su inofensiva locura.

Pero toda aquella historia, enmarañada é inverosímil, se presentaba tenazmente á la imaginación de Teresita, mientras el cartero permanecía aguardando; por último, al abrirse las persianas del piso bajo y aparecer tras de la reja la lunática cabeza de la Calliope, la niña la miró intensamente y con nueva lástima.

No tuvo lugar para observarla despacio, porque la alocada, después de coger sin garbo la carta, cerró en seguida las celosías, soltando dos ó tres palabrotas gordas contra el cartero.

Teresita permaneció con los ojos fijos, como una sonámbula, en la cerrada ventana de la Calliope, dejándose mecer por aquel fenómeno común de la mente, en virtud del cual parece que se sueña despierto.

Allá lejos, bajo los rayos del sol, que subía lentamente, iba la calle saliendo de la niebla gris de la mañana, para entrar en un baño de luz. Algunas puertas se habían abierto. La vieja Tisbe, fiel á las costumbres madrugadoras de su antiguo cargo, había extendido sobre el alféizar de la ventana las ropas de su lecho, y de vez en cuando aparecía en el hueco, rasándose por debajo de la cofia, echando de soslayo miradas sospechosas á la casita de enfrente, donde las persianas verdes seguían cerradas en absoluto, con el aislamiento tibio y dulce de misterios desconocidos para los profanos.

Pasó el doctor Tavecchia, un poco encorvado por los años, con el gabán de paño obscuro y cuello de terciopelo; pasó cabizbajo, pensando en sus enfermos.

Pasó la cocinera de su Ilustrísima, una gordinflona, rubia, mal encarada, que parecía dueña de todo el país y pretendía que los tenderos le diesen los mejores géneros, diciendo que eran para su Ilustrísima.

Pasó Luzzi, el secretario del Subgobierno civil, ágil, vivaracho, con pardesú de entretiempos de un bonito color claro, ceñido á los riñones; miró hacia arriba, á todas las ventanas, volviendo un poco la cabeza para observar á Teresita.

Pasó la mujer del Alcalde, arrebujaada toda en un velo negro y llevando en la mano un abultado devocionario de color de pulga, rozado por las puntas; iba á misa, á San Francisco.

Abriéronse de par en par, con gran estruendo, las celosías de casa de los Portalupi; la vieja Tisbe retiró al punto ventana arriba las ropas de su cama, y una tras otra aparecieron las señoritas Portalupi entre las cortinas de encaje, luciendo las tres gorrita de color de rosa. Se asemejan de un modo extraño, á cual más feas todas, sin competencia. Saludaron ligeramente con la cabeza á Teresita, con la boca encogida, tiesas de hombros, con brazos apretados contra el talle, cerrados los ojos, en una postura noble y digna. Estuvieron un momento apoyadas en el alféizar de la ventana (ó más bien en un cojinetete rehenchido y bordado por sus preciosas manos), y luego se retiraron una tras otra, como habían venido.

De la puerta del juez salieron cuatro niños, seguidos por su mamá; la cual (¡pobre señora!), despeinada y en chancleta, se afanaba por tranquilizar al más pequeño, que no quería ir á la escuela y lloraba como un grifo abierto.

La vista de los niños hizo dar un salto á Teresita. ¿Y las niñas? Habíase olvidado de ellas.

Corrió á escape junto á la cama de las gemelas, y las encontró poniéndose los pantalones del revés y peleándose por las peras de Caramella, porque cada una quería la más grande.

Las ayudó á vestirse de prisa, las lavó y peinó, las hizo rezar en voz alta sus oraciones, preparó las peras en la cestita, poniendo al lado dos grandes zoquetes de pan.

—¡Yo no quiero de ese pan!

—¿Por qué no lo quieres?

—No me gusta.

—Y yo quiero queso, además de las peras.

—Mamá no lo ha dicho.

—Yo lo quiero, yo lo quiero.....

—Chito, no gritéis, porque mamá duerme; la pobrecita no ha pegado ojo en toda la noche, á causa de Ida; pero Ida es muy pequeñita, apenas tiene dos meses, y no sabe atender á razones. Pero vosotras debéis ser buenas, ¿sabéis? Ya tenéis ocho años, y ocho años son muchos.

Las mandó á la escuela, recomendándoles que fuesen buenas, besándolas en las mejillas, con uua ternura como de madre joven.

Las miró alejarse, á pie quieto, dejándose acometer por una languidez fantástica, que aquella mañana la inducía á soñar despierta.

#### IV

Apenas pasados los umbrales de casa de los señores de Caccia, había en el portal, á la izquierda, dos escaloncitos y una puertecilla, por donde se entraba en el despacho del recaudador.

Era este un aposento pequeño, con las paredes blanqueadas con cal y embellecidas con esponjazos azules, bajo una cornisa de color de chocolate.

La más absoluta sencillez en el mueblaje uníase á cierta oficinesca importancia, que se revelaba sobre todo en un armario lleno de papeles oficiales, cerrado, ya que no defendido, por una rejilla de alambre; con él hacía juego un estante pequeño, algo apolillado, con algún vidrio roto, y medio lleno de libros viejos, en buen orden. Arrimada á la pared, para no impedir mucho el paso, veíase una mesilla ocupada por papeles escritos é impresos, con un tintero de hueso negro en el

centro, dos plumas y las gafas del recaudador. Encima, el retrato del rey. Cuatro sillas, forradas de piel obscura, completaban el mobiliario, además del vetusto sillón, en forma de carro romano, donde estaba como en un trono el Sr. Caccia, á menudo altanero, siempre imponente.

Fuera de los contribuyentes que acudían en horas fijas á pagar sus cuotas en manos del recaudador (y á quienes acogía con la superioridad de maneras de un Ministro), pocas personas entraban, y nunca inútilmente, en el despacho. La señora Soave, por la mañana, para ponerlo un poco en orden, tímidamente, empleando infinitas precauciones, cuidando de no remover ningún papel y de no cambiar de sitio ni siquiera un milímetro el tintero. Teresita, á las cuatro en punto, entreabriendo nada más la puerta, con los pies fuera, exclamando: «Está en la mesa.» Carlitos dos horas todos los días, cuando llegaba del colegio á casa, con todos sus libros latinos y sus gramáticas.

Estudiaba las lecciones bajo la severa mirada del padre, obligado á una perfecta inmovilidad, frente al estante de los libros, todos los cuales conocía por el lomo. Con la cabeza entre las manos, meditando dolorosamente acerca de Virgilio y Cicerón, fijaba los ojos en aquellos volúmenes alineados, inmóviles, siempre los mismos: *La Divina Comedia*, *Orlando furioso*, *Jerusalén libertada* (todos encuadernados en piel roja), un *Diccionario de la Fábula* (en pergamino), otros dos ó tres diccionarios, *Nicolás de Lapi*, el *Cementerio de la Magdalena*, *Las Noches*, de Young, y la *Historia de Italia*, por Botta (una tabla entera esta última obra: dieciocho tomitos de color de garbanzo, sin encuadernar).

En los ángulos había también libros de aguinaldo, almanaques, dos ó tres tomos descabalados de Walter Scott, los *Remedios seguros contra toda clase de insectos*. Pero Carlitos no miraba más que los primeros, aquellos augustos, serios, que, según dicho de su padre, contenían gran copia del saber humano; y en las horas penosas de sus estudios, como una



amenaza continua, le imponía la obligación de llegar él también á ser un grande hombre, de escribir dieciocho tomos como Botta, ó una colección tan extraordinaria de versos á porrillo como en el *Orlando*.

El Sr. Caccia, lleno de sosiego, enarcando las cejas, estaba á la mira de su único hijo varón, el pimpollo que había de transmitir á las futuras generaciones el ingenio de los Caccia, desconocido hasta entonces. Estaba convencidísimo de que obligando á Carlitos á estudiar, Carlitos hubiera estudiado; que obligándole á comprender, hubiera comprendido; que obligándole á pensar, hubiera pensado. Y no le dejaba á sol ni á sombra, con asiduidad y rigor, aterrorizándole con sus ojazos y con su voz desgarrada de falsete, haciéndole entrar el latín á fuerza de rapapolvos.

El muchacho, que á fuerza de empujones había llegado al cuarto año, procedía cual sucede á veces á algunos, que, hallándose en medio de una muchedumbre, no caminan con sus propias piernas, sino que se dejan llevar por la multitud. Y estudiaba, estudiaba, apretándose con las manos la cabeza, mientras le estaba mirando su terrible papá; salvo tomarse luego el desquite fuera, en los caminos solitarios cubiertos de hierba, donde sus compañeros le aguardaban ganduleando en las tibias horas del medio día, y en la margen del río, hacia los bosques, donde la orilla descende hasta el nivel del agua, donde crecen abundantes zarzamoras bajo la larga sombra de los álamos.

Frente al cuartito de estudio en el cual hacía Carlitos su aprendizaje forzado de genio en agraz, á la otra parte del pasillo, se abría una habitación grande, larga, obscura y triste, el gineceo de la familia; allí estaban las mujeres para coser, repasar la ropa blanca y hacer las cuentas del gasto diario; también allí se comía y se pasaban las noches de invierno alrededor de una vieja lámpara de aceite, arreglada para petróleo. El mobiliario, poco más ó menos, parecíase al del despacho: en vez del estante, un gran armario de madera blanca, una

alacena donde guardaban el pan y las sobras de la comida; la mesa en medio, un pequeño diván incómodo, anguloso, duro como un peñasco; varias sillas de diferentes formas y colores, una de ellas muy baja puesta encima de un escalón de madera, en el hueco de la ventana. Lo que dominaba y apabullaba á aquel modesto mueblaje burgués era un gran cuadro colgado en la pared mayor: cuadro con marco macizo de un palmo de espesor, dentro del cual se escondían los secretos de un mecanismo ingenioso, destinado á poner en movimiento simultáneamente las aspas de un molino, el borriquillo del molinero y el reloj embutido en el campanil.

Reloj y jumento estaban parados desde largo tiempo hacía; pero el molino seguía agitando como un fantasma inquieto sus descarnados brazos, en medio de los árboles de cartón pintado que formaban el fondo del paisaje.

Como adornos volantes, había allí calcetas empezadas, ovillos, pañales extendidos, juguetes viejos, cuadernos, cestillos.

La señora Soave daba de mamar á la pequeñina, sentada en el diván, con un taburete debajo de los pies, pálida siempre, desmadejada por su reciente maternidad. Teresita iba y venía con la papilla, con las ropitas, llevando órdenes y contraórdenes á la criada en la cocina. Cuando podía descansar un momento, poníase en la sillita en lo alto del escalón y aun trabajaba.

Mirábala enternecida la madre, derritiéndose al ver aquella su hijita tan buena.

—¡Quién sabe si sería afortunada, ó á lo menos más afortunada que ella!.....

Cuando la asaltaban estos pensamientos, la señora Soave inclinaba los ojos sobre el flaco seno del cual pendía aún otra niña, y se ponía cada vez más triste.

Difícilmente entraba en el gineceo el Sr. Caccia; y si por casualidad lo hacía, suspendíase de pronto, al parecer, aquella dulce intimidad entre madre é hija. Ambas le miraban atentas, temerosas de verle de mal humor, prontas á obedecerle á la menor señal.

Luego que él se iba, la madre recobraba su calma melancólica, contemplativa; y Teresita, en la feliz serenidad de los quince años, sonreíase como si saliese de una pesadilla.

Carlitos hacía irrupciones tempestuosas, espantando á su madre, poniendo á prueba la paciencia de su hermana, revolviendo los ovillos, armando una batahola irreflexiva, tocándolo todo con sus manos puercas de granujilla y de escolar emborronapapeles.

La paz concluía del todo al regresar del colegio las gemelas. Entonces había pelea segura. La señora Soave perdía los últimos restos de su energía, levantando al cielo sus negros ojos opacos, cruzándose sobre el pecho la toquilla de lana gris con un movimiento descorazonado.

Duraba la rebelión hasta la hora de almorzar; hasta que el Sr. Caccia, sentándose á la mesa, echaba en torno suyo aquellas feroces miradas que infundían terror en toda la familia.

Después, por la tarde, cuando el recaudador iba al café de la plaza á leer los periódicos, reanudábase el barullo entre Carlitos y las gemelas, aumentado por los lastimeros vagidos de la mamoncilla y roto por las súplicas de Teresita y por los gemidos de la señora Soave.

Y así todos los días.

Transcurrió el mes de Noviembre. A las grises nieblas siguieron las nieves; espesa nieve que se hacinaba intacta en la vía pública, cubriendo la hierba y las piedras, apagando los pasos de los rarísimos transeuntes; la nieve blanca que gravitaba sobre los tejados, arrojando en derredor un reflejo fastidioso; la eterna é infatigable nieve, que descendía lenta, igual, sin descanso; tan espesa á veces, que parecía una cortina delante de las ventanas.

Entonces se ponía aún más obscuro el saloncillo de los Caccia; veíase obligada Teresita á estar de pie en el escalón de madera, con los visillos levantados y arrimada la cabeza á las vidrieras, cosiendo deprisa en las breves horas del día. Cansada, de rato en rato levantaba los ojos y miraba á la ca-

lle, á la acera de enfrente, al palacio Virisi, herméticamente cerrado, todo él negro en medio de la nieve.

—Deja de trabajar, muévete un poco—decía la madre.

Pero, ¿dónde moverse? Fuera de la sala, toda la casa estaba como el hielo. Teresita aguantaba el frío; tenía algunos sabañones en las manos, pero prefería estarse en su triste nicho, trabajando y viendo la nieve.

La voz interior de la juventud no hablaba aún á su alma tranquila. Teresita estaba serena y era casta. Apenas si un insensible levantamiento del pecho, en ciertos instantes, y cierta languidez en los ojos, daban indicio del ligero fermento que se formaba sin saberlo ella. Miraba entonces con más intensidad el blanco velo que tenía delante, y las altas paredes y el cielo, con una fijeza prolongada y distraída que la hacía entrever lejanos horizontes indeterminados.

Vino Diciembre con sus fiestas, con el alegre ajetreo de la casa, con las solemnes funciones religiosas; Diciembre, el mes de los niños, en el cual compraron ambas gemelas una muñeca nueva, que Carlitos se encargó de romper en seguida con el pretexto de mejorarla. En Diciembre también echó su primer diente Ida, la pequeñita.

Enero disipó la nieve. Brillaba el sol, pero el frío era más intenso que nunca. El Sr. Caccia advirtió que era preciso economizar la leña, si se quería que llegase al fin del invierno.

En casa de Portalupi había un movimiento insólito. Las tres señoritas iban á los bailes de casa de los de Arese, una vez cada quince días; y era un continuo ir y venir con cajas y cajitas de la oficiala de modista que iba á probar y volver á probar; mientras la modista principal enviaba desde Cremona ciertas expediciones misteriosas, en gran velocidad, y mandaba paquetes de muestras.

Las noches de baile, Teresita espiaba junto á la ventana la salida del coche; y fijando los ojos en las portezuelas, veía hoy un blanquear de velos, mañana un reflejo de raso azul, ya el fulgor de una piedra preciosa, ya un guante de piel son-

rosada mórbidamente provocador; y el coche pasaba con estrépito, al trote de dos buenos caballos de la Romaña, dejando en los ojos de Teresita el rastro luminoso de una visión.

—¡Qué lujo, eh?

Dijo una noche la mujer del juez, que era una parlanchina; iba cada seis ó siete días, con toquilla á la cabeza, como buena vecina; las noches que sus niños se dormían pronto. Y añadió:

—Quieren casar á esos tres escorpiones.

—Creo que se hablaba de la segunda — objetó la señora Soave.

—¿Con el Subgobernador? Se proponen escajarle la primera. Mi opinión es que no se quedará con ninguna. ¡Vaya usted á fiarse de estos meridionales! Yo estuve por allá cuatro años, y los conozco.

—Tienen buena dote.

—Así se dice, por lo menos; pero nosotras, querida, no nos hemos casado por nuestra dote, ¿no es verdad?

La señora Soave se cruzó el pañuelo sobre el pecho, como para ocultar los pesares que ella sola conocía, y respondió:

—Se hace lo que se puede.

—De seguro, lo comprendo, cuando se tienen hijas casaderas... Las mías, por fortuna, son pequeñas aún. Usted no, pues aquí tiene una muchacha mayorcita ya...

Miró á Teresita, la cual se puso muy colorada y se sintió presa de repentina vergüenza.

—Teresita es joven aún.

—Sí; pero, ¿y si se le presentase un buen partido?...

—Todo es cuestión de suerte,—interrumpió gravemente la señora Soave, con aquella lastimera inflexión de voz que corría pareja con la apagada mirada de sus ojos negros.

Y llegó Febrero y vino Marzo.

La primavera no producía ningún cambio en las monótonas costumbres de la familia; pero, abriáanse las ventanas y de la calle entraban un rayo de luz nueva, el rumor de los pasos, el murmullo de las voces.

También las ventanas de las otras casas se abrían, descubriendo los cortinajes de muselina, recién planchados; lucíanse en los alféizares las macetas de flores que se tuvieron encerradas á causa del frío; ramos secos de geranio, tallos polvorientos de cedro; sólo las violetas, verdes y lozanas, brotaban ya los primeros botones.

En la ventana de la vieja Tisbe bailaban al viento los mantones de invierno, los refajos de punto y los justillos de franela.

La casita de D. Juan Boccabadati estaba más cerrada que nunca. Habíase marchado una mañana, elegantemente vestido, con una maleta de piel de Rusia, de candado y cantone-ras niquelados. El viejo sirviente, mudo como una esfinge, le acompañó hasta el dintel; después cerróse herméticamente la puerta, como si el viejo hubiera debido sepultarse allí.

—Don Juan tiene dinero,—dijo entonces la mujer del juez;—tiende el vuelo como las golondrinas...

Teresita pensó un rato en esta frase de la «jueza.» Parecióle que debía de ser muy hermoso eso de volar, volar, volar, como D. Juan, una buena mañana de Abril, con un maletín en la mano, corriendo mundo, en busca de lo desconocido, por campos verdes y floridos, por lagos azules, por montes fantásticos, por ciudades encantadas; ó volar como las golondrinas de su jardín, á los dulces nidos pequeños, tan pequeños que apenas en dos de ellos se podía estar.

Teresita miraba con ternura aquellos nidos, colgados en las vigas del pórtico, alegres con juveniles amores, de fiesta por las nuevas polladas. Uno solo permanecía abandonado en la tristeza de la viudez, en la irreparable tristeza de los días que ya no existen.

Detrás del pórtico se extendía por fuera un irregular espacio de terreno, llamado abusivamente jardín. En realidad, había delante algún arriate que á primera vista podía confirmar la ilusión; sobre todo, en aquella estación del año, puesto que los pensamientos estaban en flor, con sus infinitas gradaciones

de matices en el intenso terciopelo de los pétalos oscuros, en el raso luminoso de los pétalos pálidos; y por encima de ellos ondeaban temblorosos dos arbustos con aquella flor que se asemeja á una nevada.

Pocos metros después comenzaba un conato de huertecillo doméstico, reducido á la exposición rudimentaria de un surco de ensalada, tras masas de salvia, de romero y de hinojo, con la compañía de un escuálido albaricoquero cubierto de escasas florecillas sonrosadas.

Después, ya no había nada más. El terreno arenoso, lleno de escombros, se negaba á la vegetación. Sólo en un ángulo una higuera, el árbol de las tierras estériles, alzaba sus ramas nudosas hasta por encima de las bordas de la tapia.

## V

¿Cómo había hecho para moverse aquella anciana tía de su padre, para dejar á Marcaria donde nació sesenta años antes y donde había transcurrido toda su honesta y obscura vida?

Teresita estaba asombrada y sobre todo, alegre por el cariño que la buena vieja le demostraba; contenta hasta lo increíble, porque obtuvo la promesa de acompañar á la tía en su regreso á Marcaria y detenerse allí una quincena.

Al pronto, el Sr. Caccia dijo que no, moviendo la cabeza y poniendo entrecejo; tanto, que, asustada Teresita, ni siquiera se atrevía á rechistar. Y la señora Soave, con un valor insólito, aun cuando como siempre con lágrimas en los ojos, fué quien acudió en súplica á su marido para convencerle de que esa pequeña distracción inocente vendría bien á la muchacha.

—¿Y cómo te las arreglarás tú, mamá?

Esto lo dijo Teresita, porque se sentía en el deber de decirlo.

—No pienses en ello, Teresa; se trata de pocos días.

—¿Y si la niña no es buena?

—Vaya, será buena.

—¿Y si las gemelas no se dejan peinar?

—Se dejarán; estate tranquila y goza en paz tus vacaciones ¡mientras puedas!..

La señora Soave pronunció tan tristemente estas últimas palabras, como si supiese que son contados los días de goce, que su hija se le echó al cuello besándola.

La tía Rosa, en la serena placidez de una vida vegetativa, conservaba algo de la estatuaria belleza que á los dieciocho años la echó en brazos de un hombre, sin que ni uno ni otro se amasen, porque él tenía necesidad de encontrar mujer para acudir á su tráfico y ella era una jovencita casadera.

Desde entonces estuvo siempre en su establecimiento, serena y fiel, aparentando ignorar las numerosas escapatorias de su consorte, unidas á una relación antigua que casi siempre le tenía fuera de casa. Tuvo dieciséis ó diecisiete hijos, pero sin conocer el amor, pues nunca fué amada. Continuamente estaba criando ó en cinta, absorta en esos cuidados, sin sentir la falta de amor, ilusionada ó pagándose de las apariencias del mismo. Así llegó á verse con el pelo blanco; y después de haber criado tantos hijos, vióse sola, porque casi todos se le murieron y los pocos supervivientes buscaron fortuna lejos.

Permaneció sola detrás del mostrador, siempre tranquila, con los hermosos brazos esculturales puestos en el regazo, hasta que, reclamando asiduamente su presencia los achaques del marido, tuvo que renunciar también á los negocios.

Ahora se llevaba consigo á Teresita, y su bondad pasiva de mujer linfática se complacía en el gozo de la muchacha, como plácido retorno á la juventud, á la juventud que ella perdió sin embriagueces ni pesares. Mirábala con ojos apacibles, siguiendo los movimientos y la casta expresión de su sonrisa y las gracias inconscientes de su persona, hasta sentirse enterrecida por ello.



¡Dieciséis años apenas!

La señora Soave, con la niña en brazos, las acompañó al coche, que esperaba en la calle.

—Adios mamá; pronto volveré.

—Bueno, no pienses en eso.

—Si necesitas el vestido blanco de Ida, está en el último cajón de mi cómoda.

—Bien, bien.

—Te escribiré, mamá.

La señora Soave no pudo ya responder; apoyada en el quicio de la puerta, se quitaba con las amarillas manitas un rayo de sol; pero detrás de las manos relucían los ojos opacos.

—¡Cuánto te quiere mamá!—susurró la tía Rosa.

—¡Oh, sí, sí, me quiere mucho!

Así repitió Teresita, llena de júbilo, tomando puesto en el coche, tan feliz como si subiera las gradas de un trono; y en la embriaguez que la dominaba, levantó los ojos, vió en la ventana á la vieja Tisbe y la saludó con una inclinación muy espetada.

Carlitos, dándole zumba, le dijo al oído:

—Te pareces á la mayor de las Portalupi, cuando saluda al Subgobernador.

Echóse á reir Teresita.

A los primeros vaivenes del coche, cuando se movió el caballo, Teresita sintió palparle el corazón cual si toda su vida cambiase en aquel punto. Echó otro beso á su mamá, mirando á la puerta del juez por si había alguien para verla; y le desagradó que todas las ventanas de las de Portalupi estuviesen cerradas.

Pero luego, al atravesar las calles de la ciudad, aquello fué un triunfo. Luzzi, que estaba en el café fumando un cigarro, le hizo con el sombrero un saludo tan profundo que sintió ponerse toda encendida; D. Juan Boccabadati, que estaba junto á él, indolente y distraído, pensando en las musarañas, también la miró entornando un poco los ojos. El farmacéutico sa-

lió á la puerta de la botica, alargando el cuello. Junto á la iglesia se le sonrieron á Teresa con benevolencia dos señoras: la mujer del Alcalde y la hermana del doctor Tavecchia.

En conclusión, Teresita había inclinado tantas veces la cabeza y mantenídose tan tiesa de talle, que en el momento de llegar á la carretera principal, fuera de la población, dejóse caer descansando sobre los almohadones de piel, con un gran suspiro de felicidad.

Habituada á una continua ocupación, placíanle aquellos momentos de ocio; le parecía ser una gran señora y miraba en derredor con complacencia, observando los árboles, el camino real y el cielo, como si los viese por vez primera.

No era nada romántica; pero aquel sentirse transportar en medio de nubes de polvo, por un camino largo, muy largo, la exaltaba ligeramente; pensaba que todo aquel polvo era levantado por ella, que el caballo corría por ella, y que por ella rechinaban tan alegremente los desvencijados muelles del cochecillo, por ella y por su tía.

Sentía infinito reconocimiento hacia Dios, un impulso de amor á la naturaleza y á sus semejantes. ¡Cuán bello era todo en el mundo! ¡Qué buenos eran todos!

Se interesó por los pueblecillos y casitas desparramados en los campos. De seguro habitaban allí familias tranquilas, papás y mamás amorosos, niños felices.

¡Qué hermosas carreras á lo largo de los setos! ¡Qué alegres cantares en los prados, por la noche, cuando vuelan las luciérnagas! Entre tanto, todo era esplendor, todo refulgía bajo los rayos del sol. El camino amarillento, llano, serpeante, se perdía en medio de la cultivada campiña, de un verde intenso; en toda la llanura no se veía más que verde, el verde uniforme del heno de Mayo, el variado verde de los olmos y nogales, el verde pálido de los sauces; encima, más alto, recortándose sobre el cielo, el temblorero cambiante de los álamos blancos.

—Tía, ¿falta aún mucho?

—Un poco.

Pensaba Teresa cuán contento estaría Carlitos si hubiese podido encontrarse en su lugar; y, con su incorrupta bondad de corazón, casi tuvo remordimiento de su alegría; pero luego se consoló, prometiéndose á sí misma llevar al hermano un ruiseñor desencastado, del cual tenía tantos deseos.

—Habrá ruiseñores en Marcária, ¿no es verdad?

—¿Si los hay allí? Me parece..... sí, sí, debe haberlos.

La tía Rosa contestaba plácidamente, con las manos cruzadas sobre su robusto pecho de matrona, para sujetar la mantilla que la brisa hacía ondear por el aire.

Teresita aspiraba con avidez aquella brisa, con todo el cuerpo fuera de la ventanilla, insensible al sol y al polvo, limitándose á cerrar los ojos cuando no se veía más.

—¿Falta mucho, tía?

—Otro poco.

Un cochecillo, tirado por un potro negro, venía á todo escape, como una exhalación.

—¿Es posible ser más desesperado?—exclamó la tía mientras que, habiendo encontrado un alfiler, se prendía con él metódicamente la mantilla.

El camino en aquel punto era más bien estrecho; el cochecillo, corriendo como un loco, chocó contra una rueda del coche, rompiendo uno de los rayos, que saltó lejos.

El cochero de éste detuvo en seguida su vehículo, y, jurando, se apeó para examinar los desperfectos, mientras la tía Rosa, tranquila y risueña, exhortaba á Teresita para que no tuviese miedo.

—No es nada,—dijo el cochero;—peor pudo haber sido.

También se había parado el cochecillo. Quien lo guiaba, un jovencito moreno, bajó deprisa y se aproximó á informarse de si se habían asustado las señoras.

Las señoras no se habían asustado.

Entonces el jovenzuelo gratificó al cochero en compensación de la rueda, subiése otra vez al cochecillo, y, llevándose ligeramente la mano al sombrero, volvió á poner el potro al trote.

—¡Jóvenes aturdidos!—exclamó la tía Rosa.

—Este es el más atolondrado de todos.

—¿Le conoce usted?

—¿Y cómo no conocerle? Se le encuentra en todas partes: hoy aquí, mañana en Mantua; por la mañana en coche por el campo, á la tarde en Parma ó en Cremona. ¡Es Orlandi!

—¡Ah! ¿Orlandi?—dijo Teresita.—Si hubiera sabido que era Orlandi, le hubiese mirado mejor.

Sacó la cabeza por la ventanilla; pero el cochecillo, ya lejano, sólo se veía como un punto negro en medio del polvo.

—¡Se habló de él tanto el año pasado, cuando hubo la inundación!.....—prosiguió Teresita, con un dejo de amargura por no haberle visto.

Descendía la siesta, ardiente, sobre toda la campiña. Quemaba el sol, quemaba el polvo; sobre la verde llanura se extendía una ligera capa incandescente, como de oro fundido, grave y monótona en aquella amplitud solemne de la vega del Po, bajo un cielo uniforme, lácteo. Ni un piar de pájaros, ni un roce de alas, ni un canto de aldeanas; por todas partes el silencio altísimo del medio día, el silencio de los campos desiertos, de la naturaleza dormida, de los bosques mudos y misteriosos.

Teresita repitió su pregunta.

—¿Falta mucho?

Y esta vez la tía respondió:

—Poco.

Cuando en Marcaria bajaron el puente levadizo y el coche pasó el río Oglio por encima de aquel armatoste herrumbroso, poco faltó á Teresita para dar gritos de asombro. En verdad, hubiera querido que allí estuviese su hermano Carlitos.

En cuanto á ella, tenía una idea muy vaga é incompleta de los puentes levadizos, ni su fantasía limitada podía sugerirle fantasmas medioevales; pero, aun así, túvolo por cosa extraña y digna de recordación cuando contara su viaje en casa.

El tío la esperaba inmóvil, sentado en un sillón, con las piernas estiradas encima de una sillita de paja. Era un vejancón alto y robusto, con espesa cabellera hirsuta, ojos astutos y boca sensual. Miró en seguida á su sobrina, instintivamente, con la rápida y segura ojeada del antiguo mujeriego.

Su mujer se le acercó con mucha premura, preguntándole cómo estaba y si iban bien las piernas.

Dejó él oír un gruñido sordo, meneando la cabeza, mientras con las manos se palpaba las rodillas.

Teresita, con un arranque de bondad, le echó los brazos al cuello, y al besarle encontró por casualidad los helados labios del viejo; echóse ella atrás en seguida, pero él arrojó un leve grito de placer, mirándola con ojos encandilados y dándole gracias, hasta que un sordo reclamo de su mal le hizo llevarse otra vez las manos á las rodillas, doblando la cabeza.

—¿He hecho bien en traerla?—preguntó la tía Rosa en voz baja.

Indicó que sí.

—Próspero disfruta de buena salud, así como su mujer y todos sus hijos. Me han encargado que te salude.

Nueva seña con la cabeza.

—Esta pobrecilla nunca ha visto nada, lleva una vida de vieja en su casa; ya sabes las ideas de Próspero.

El vejestorio levantó la cabeza de pronto, preguntando:

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis cumplidos.

Estas palabras, «dieciséis años», detuviéronse en el aire como suspensas encima de la cabeza de ambos cónyuges, que se miraron un momento, movidos por las mismas reflexiones.

La tía Rosa suspiró plácidamente, con las manos caídas en el regazo. Su marido hizo un gesto rabioso y volvió á restregarse las rodillas, con los ojos fijos y los labios colgando.

Entretanto Teresita había corrido á la puerta que comunicaba aquella planta baja con el jardín.

Era un jaspeado de luz, de verde, de rosales floridos; un

hermoso perro dormía al sol, dos gatitos jóvenes jugueteaban con una ramita seca. Teresa se sonrió, sonrió al sol, á las flores, á la misma juventud que irradiaba sobre cada objeto circunvecino. Sentíase fuerte, con apetito; tenía en las piernas un hormigueo de vida exuberante; los pulsos le latían deliciosamente, con un ritmo alegre y lleno de promesas.

Al llamarla su tía echó á correr, á saltos como un cabritillo, comprometiendo la seriedad de su vestido largo, que por vez primera llevaba; tan feliz, tan feliz, que si le hubieran dicho que volara, en seguida hubiese hecho la prueba.

—¿Qué tal, te aburres?—preguntó la tía Rosa, con su cariñoso acento de madre anciana.—Esta es una casa un poco triste para una jovencilla.

—¡No, no! ¡Oh, no!

Así protestaba Teresita, sinceramente, gustando el goce, nuevo para ella, de un reposo absoluto, mirando en torno suyo, curiosa, aquel gran aposento vacío, un poco frío, un poco enmohecido, donde las serenas figuras de los dos viejos parecían sobrevivir á un sinnúmero de recuerdos extintos.

—Este es el mostrador—dijo la tía, apuntando con el dedo á uno grande, de encina, ennegrecido;—este es el mostrador de la tienda.

—¡Ah! ¿Sí?

—Este es el diván donde mi penúltimo hijo, Juan, estuvo enfermo siete meses.

—¡Pobrecito!

—¿Ves aquel cuadro, aquel cuadro bordado, la Virgen de los Dolores? Fué el trabajo que hizo para los exámenes mi pobre Judith, el último año que estuvo en el colegio.

—¡Qué bonito!

—Observa las manos: sólo para las manos trabajó dos meses y medio.

—¡Oh! ¿De veras?

Y Teresita permaneció extática ante todos aquellos recuerdos, dulcemente conmovida, hasta que el tío, apoyándose á

duras penas en los brazos del sillón, hizo ademán de levantarse.

—Ya es hora de ir á la mesa; han dado el toque, y esta chiquilla debe de tener hambre.

Luego la echó una mirada indefinible, murmurando entre los labios desdentados:

—¡Diez y seis años!

## VI

El despertar por la mañana en otro dormitorio fué para Teresita un manantial de nuevos placeres.

Habíase despertado al pronto sobresaltada, creyendo oír llorar á las gemelas y tirarse del moño una á otra; pero al percatarse de su error sonrióse, y volviendo á meter las piernas, que había sacado ya de la cama, se arrebujo dulcemente entre las sábanas. El blando colchón, puesto sobre un jergón de pluma, había cedido bajo su cuerpo, formando un hoyo caliente, en el cual se hundía con delicia la muchacha. Estaba echada de costado, con las manos recogidas junto al pecho, las rodillas un poco altas, la cabeza encima de una almohada baja, y miraba en derredor suyo.

Nada especial había en aquel aposento; mas para Teresita todo era nuevo, empezando por la cama y concluyendo por la jofaina, de una bonita loza con flores azules. En las paredes, cuatro cuadritos modestos representaban las aventuras de Telémaco: Venus, conduciendo el Amor á la isla de Calipso, estaba allí pintada con un vestido de color de rosa, de hechura á lo *virgen* y con manga *perdida*. Teresita no pensó si aquella indumentaria estaría ó no conforme con las tradiciones clásicas: veía á aquella hermosa señora vestida de color de rosa, en medio de otras varias vestidas de blanco, y al joven Telémaco

entre ellas, y no le pareció antipática la escena, sino todo lo contrario.

En su casa tenía precisamente delante de la cama una imagen de santa Lucía con los ojos en un plato: la comparación era favorable á las aventuras de Telémaco.

Un ligero roce junto á la puerta le hizo dar un grito. Entró la tía Rosa, tranquila, serena, con una tacita de café en las manos.

La vergüenza de verse sorprendida aún en la cama hizo que Teresita balbuciese muchas excusas; pero la tía la interrumpió al punto sonriéndose, diciendo que á su edad gusta mucho dormir y que debía de estar algo cansada por el viaje del día anterior.

—Pero, tía, usted ya está levantada.....

—¡Oh! Eso es diferente. Yo he perdido la costumbre de dormir desde que estuve criando, y luego siempre tuve algún hijo enfermo; además, tengo á mi viejo. Yo no duermo ya.

Dijo «yo no duermo ya» tranquilamente, con un fondo de languidez perenne; como si su vida, lo mismo de día que de noche, sólo respondiese al simple mecanismo de las funciones materiales.

Teresita no quería tomar el café, por no estar acostumbrada á ello. En su casa, solamente la mamá tomaba café.

—No importa, aquí eres forastera—replicó la tía Rosa con su sonrisa de buena, que animaba.

Y así que lo hubo tomado Teresita, por obediencia, sintió dulcemente confortados los nervios, un bienestar en todo el cuerpo, una notable energía, una extraña lucidez mental. La tía había salido. Volvió Teresita á coger la taza que había puesto en la mesilla con un resto de café, y la apuró hasta la última gota, relamiéndose los labios. Luego saltó de la cama, cual despedida por un resorte.

Nadie le metía prisa; su mamá no le gritaba: «¡Teresita, Teresita!», con aquella vocecilla apagada que tan bien conocía; ni las gemelas para que las peinase y les diese el desayu-



no, ni para que arrollase de un modo pasadero las fajas de Ida; ni la áspera voz de su padre gritando: «¡Que nadie toque los papeles de mi oficina!»

Todo el aposento vacío era para ella una extensión sin límites, una libertad absoluta.

Comenzó á vestirse despacio, saboreando el placer de corretear descalza sobre el alfombrín delantero de la cama, y dar vueltas en enaguas, sin chambra, levantándose á cada momento el canesú de la camisa, que se le escurría por un brazo.

¡Qué blancos eran sus brazos! Nunca había tenido tiempo de mirárselos, y aparecíansele ahora como si fuesen los brazos de otra persona, ¡tan finos, redondos y blancos! En verdad, no podía comprender cómo es que eran blancos mientras el color de la cara y hasta del cuello era moreno; sólo descendiendo por bajo de la clavícula, donde principiaba el pecho, reaparecía lo blanco.

Sorprendióla esta desigualdad de su piel; de seguro que eso no debía de ser cosa normal. Entonces le ocurrió de repente un pensamiento extraño: ¿era guapa ó fea?

¡Si fuese guapa!

Se miró al espejo y se puso á examinarse tan detenidamente, tan de cerca, que su aliento empañó el cristal. Con paciencia lo limpió en seguida, primero con la mano y después con la servilleta, hasta que lo dejó del todo brillante; volvió á mirarse su propia cara reflejada, pero la duda no se desvanecía.

No experimentaba al mirarse aquel asombro que causa la belleza; antes, por el contrario, descubría con un poco de disgusto que su nariz no bajaba recta y afilada como la de la tía Rosa, la cual fué una mujer de verdadera hermosura; sus mejillas y su barba tampoco tenían aquella pureza de líneas que hacían asemejarse á su tía á una estatua de mármol.

En ese caso, ¿era fea? Teresita estaba por llegar á tal conclusión, si no fuese porque al dar un postrer vistazo general que abarcaba la armonía entera del rostro, recibió buena im-

presión y sintióse consolada. No creía ser hermosa; pero fea, tan fea como las Portalupi, tampoco.

Anduvo buscando un momento una palabra, una palabra que ella conocía y que en su sentir era aplicable á su propia fisonomía, pero no la encontró en seguida.

Decidió entonces vestirse y lo hizo con un esmero insólito, oprimiéndose el talle, observando bien si tenía los cabellos partidos con igualdad á uno y otro lado.

—¡Yo también comienzo á *presumir*!

Dijo, sonriéndose á sí misma en el espejo, por la bufa idea de que pudiera *presumir* ella: y permaneció inmóvil, chocándole el brillo que vió ante sí en aquellos labios sonrosados y turgentes, en aquella dentadura de una candidez deslumbradora. Volvió á sonreirse. ¡Qué cosa tan estupenda! Todo su rostro cambiaba de expresión. ¿Produciría, pues, aquel efecto ella en los demás al reirse?

Apoderábase de ella un gozo curiosísimo: continuaba riendo y saltando por el aposento, ¡con más ganas de cantar, de bailar, de abrazar á alguien!

De pronto se detuvo haciéndose cargo de su tontera.

Bajó al huertecillo, grave, espetada, dándose aires de señorita, mirando con benevolencia al perro que dormitaba tendido á la larga en su cobija; dió algunos pasos por el jardín, inclinándose para olisquear los rosales, seria, como persona que lo entiende.

—¡Coge rosas!—gritó detrás de ella la voz de su tío.

El vejestorio la observaba desde la ventana del comedor de los criados, apoyándose en el quicio con sus descarnadas manos.

Teresita cortó las rosas escogiéndolas, dejando en las ramas los pequeños capullos no abiertos aún, prefiriendo las rosas dobles y prietas, de matiz intenso y muy aromáticas; iba oliéndolas una por una, antes de juntarlas en un ramo; volvió á olerlas todas juntas, por largo rato, con la cara metida entre los frescos pétalos, mojándose de rocío las mejillas.

—Son bonitas, ¿no es verdad?

—Preciosísimas.

Volvió sobre sus pasos, lentamente, buscando aún entre las matas, apretando contra el pecho todas aquellas rosas que se le escapaban de entre los dedos.

—¡Enséñamelas!

Teresita se acercó á la ventana, donde el vejancón hacía entonces increíbles esfuerzos para sostenerse derecho; y le presentó las rosas, echándose hacia adelante, rozándole con las manos sus manos afiladas.

Tambaleóse él un momento, al oler las rosas en el seno de la muchacha; y después cayó desvanecido en el sillón, con la cabeza inclinada sobre un hombro.

Se asustó la niña, dejó caer las flores encima del alféizar, y corrió en busca de su tía.

—Un leve desmayo y nada más;—dijo ésta levantando con mano ducha la cabeza de su marido.

Una taza de caldo caliente le repuso del todo; y cuando al caldo se agregó una copita de vino de Málaga, los ojos del anciano empezaron á brillar á intervalos, hasta que por fin quedaron inmóviles, codiciosamente atraídos por las rosas esparcidas en torno suyo.

Media hora después dormía.

— Los hombres — dijo plácidamente la tía Rosa, haciendo los puntos de una calceta — son mucho más débiles que nosotras.

—¿Sí?— exclamó incrédula Teresita.

—Sí.

La tía no añadió nada más. Aquella sílaba encerraba una larga experiencia multiforme, segura. En ese aserto, que sintetizaba la debilidad del sexo fuerte, compendiábase el fruto de su vida pasada observando: observando tranquila detrás del mostrador, junto á las camitas de sus dieciséis hijos, en las horas lentas y pacientes de la soledad femenina.

Teresita no podía comprender, y no comprendió; pero le

quedó la impresión de un pensamiento grave, indeterminado, al contemplar á aquellos dos viejos, decrepito y aferrado furiosamente á la vida el uno, serena en su indiferentismo la otra, bella en el sosiego marmóreo de las formas jamás alteradas por soplo ninguno de pasión. El tío le causaba un poco de respetillo y secretamente cierto desagrado; pero no podía saciarse de mirar y remirar á la tía Rosa, sentada con la imponente majestuosidad de una antigua romana, moviendo las agujas de hacer calceta, despacio, con sus regordetas manos, levantando de rato en rato los ojos, de un mirar cristalino, de una limpidez como de agua.

Escribió á su mamá: «La tía Rosa es tan buena como guapa.»

Pero, ¿quién era el jovenzuelo alto y delgado, con pantalón de color de canela, que pasaba por la mañana al pie de su ventana, en el preciso momento de abrir ella las celosías?

Por fin llegó una vez á saberlo, en la mesa; porque, al servir la sopa de fideos, dijo la tía:

—No sé qué tiene Paquito, que le veo pasar por aquí cinco ó seis veces al día; Paquito, el hijo del administrador de correos.

Sabía su nombre, sabía que era hijo del funcionario postal. Mirándole mejor, supo también que no era feo mozo, un poco sufrido, con unos ojazos á flor de cara que parecían querer coger á las personas como con tenazas.

Era una diversión el verle pasar todas las mañanas, y venía bien para saber la hora: la llegada de Paquito significaba lo mismo que las siete y media en punto.

La tía Rosa, relacionada con la familia del administrador de correos, no se negó á acceder cuando una noche fueron á invitar á Teresita á que diese cuatro saltos al son de un organillo; y Teresita, que en su vida había bailado, sintió darle un vuelco la sangre. Ciertamente era feliz, pero hubiera querido ocultarse á todas las miradas. ¡Tan poca seguridad tenía en sí misma, y tanto era su temor de parecer tonta de capirote y no acostumbrada al trato de sociedad!

Al entrar en la sala y ver todas aquellas sillas en fila junto á las paredes, el suelo regado con agua fresca y cuatro velas puestas delante de cuatro espejitos, experimentó un vértigo momentáneo. No vió á nadie, ni miró nada; á paso de sonámbula, llegóse al rincón más obscuro, donde había una humilde sillita olvidada en el hueco de la ventana, después de servir para colgar una colcha blanca á modo de cortinaje.

Sentóse allí Teresita y permaneció como clavada.

Veía confusamente dos ó tres parejas que daban vueltas y le pareció que la tía Rosa, desde el otro lado de la sala, estaba invitándola con señas á salir de aquel rincón y moverse como las demás. Pero había una niebla delante de sus pupilas y no percibía con claridad los contornos; creció la niebla y trocóse en obscuridad absoluta, así que se detuvo precisamente delante de ella una cosa de color canela.

—¿Me permite usted?

¿Qué se quería de ella? ¿Qué cosa le ofrecían? ¿Quién hablaba?

—¡No, no!—respondió ella con viveza, rechazando un cartuchito, toda temblorosa.

—¡Se lo ruego, hágame usted el favor, aunque no sea más que un dulce!

¿Eran dulces, de verdad? ¿No se proponían burlarse de ella? ¿No eran más bien guijarrillos ó bolas de miga de pan? ¡Tantas veces le había hecho su hermano esa jugarreta!

De tal manera insistió la voz, que Teresita se decidió á alargar la mano y cogió un dulce grande.

—¿No baila usted?

Poco á poco iba Teresita saliendo de su estupor y comenzaban sus ojos á ver claro. Paquito tenía un modo de hablar meliflúo y estaba inclinado ante ella con tamaño respeto, que Teresa tuvo una remota intuición de que le causaría placer aceptando sus agasajos corteses.

Respondió, sin embargo, con dulzura:

—Nunca he bailado.

—¿No sabe usted bailar?

—¡Oh! en el colegio..... ó bien con mis hermanitas.....

—Pues lo mismo es. Hágame el favor de una vuelta; estoy convencido de que baila usted divinamente.

Guardóse los dulces en un bolsillo de la americana y le ofreció galantemente la mano.

—Temo que la cabeza me dé vueltas.....

—No tenga usted miedo; tengo firme el brazo, conmigo no puede caerse.

Y para darle al punto una prueba de su fuerza, la cogió con brío por el talle.

Teresita volvió á sumirse en las tinieblas. Ya no tenía noción de sí misma; daba vueltas y más vueltas, cegada por las cuatro velas, que le parecían lámparas deslumbradoras, sintiendo en un costado el cartucho de dulces que Paquito tenía en el bolsillo, y sin atreverse á decirle que no la apretase tanto.

—¿Está cansada?

Estaba medio muerta, pero no tuvo el valor de confesarlo, ebria de movimiento, de música que provocaba á saltar, de calor de aquel cuerpo pegado al suyo, del intensísimo olor á jazmín que exhalaban los cabellos de su pareja.

—Señorita, baila usted como un ángel.

Por fortuna, el organillo dejó de tocar; dejóse caer Teresita sobre la primera silla, con el rostro encendido como un ascua.

La segunda vez y la tercera que bailó con Paquito, ya no tenía tanto reparo; pero iba en aumento su turbación. Al fin de la velada había llegado al extremo de no poder hablarle sin que le temblara la voz; y cuando dijo él, pronunciando con languidez las palabras y poniendo unos ojos muy expresivos:

—¡Cuánto siento que pasen estas horas!

Arrebatada, fuera de sí, preguntó Teresita:

—¿Por qué?

Paquito no esperaba otra cosa.

—Por tener que separarme de una persona tan simpática.

La sala daba vueltas como una devanadera; giraba el organillo, con quien lo tocaba; giraba la tía Rosa; giraba ella misma, Teresita, opresa por los brazos de Paquito.

Y quienes realmente daban vueltas eran ellos dos solos, en los últimos compases del galop final.

—¿Te has divertido?—preguntó la tía Rosa, cuando estuvieron en casa.

—¡Muchísimo!—respondió Teresita con una convicción que le salía por los ojos.

Una vez encerrada en su cuarto, fué feliz por unos instantes, repitiendo con el pensamiento todas las frases de aquel memorable baile, recordando sílaba por sílaba todo aquello que le había dicho Paquito: «*¿Me permite usted? Se lo ruego, hágame el favor de tomar á lo menos un dulce. ¿No baila usted?*» Todo, todo, hasta aquellas palabras: «*una persona simpática.*» Sólo de pensar en éstas, le daba un vuelco el corazón.

Contempló amorosa el dulce, indecisa entre el deseo de comérselo y el de conservarlo eternamente.

Parecióle dura la cama y demasiado pesadas las cubiertas. Estaba rendida y no lograba pegar los ojos; si se le entornaban los párpados, al punto los abría creyendo oír murmurar sobre la almohada: «*una persona tan simpática.*» Y luego acudían á su mente las tocatas del organillo y se agarraba al colchón, con el brazo izquierdo arqueado hacia arriba y el brazo derecho estirado, haciéndose la ilusión de que aún estaba bailando. Al amanecer quedóse dormida.

Al despertar, el primer pensamiento fué para él; pero en vez de ser una idea alegre y risueña, se le presentó casi como un dolor, cual una espina agudísima clavada en la piel.

Conforme iba entrando el día aumentaba su melancolía, sin que jamás hubiera experimentado una tristeza semejante. Sentíase cambiada, como si la hubiesen caído encima gran número de años; tenía tétricos pensamientos de muerte, de enfermedades, un desconsuelo, un vacío.

Se tocaba el vestido acá y allá, donde lo había tocado él, y dábanle grandes antojos de llorar.

A la hora de comer tenía el corazón tan oprimido, que casi no pudo probar bocado.

—Vete á acostarte, pobrecilla; estás cansada.

Teresita no se lo hizo decir dos veces: sufría mucho al tener que dominarse delante de los tíos; sentía la necesidad de estar sola, para encontrarse libre con el nuevo huésped que albergaba dentro de sí, para poder cerrar los ojos y pensar en Paquito.

No fueron mejores la segunda noche ni el día siguiente. Por la mañana le había visto pasar, desde la ventana de su cuarto, y la tenaz mirada que le echó él habíala hecho feliz por un instante; pero después se apoderó de ella otra vez la melancolía, con insistencia atormentadora.

—Esta muchacha está enferma—dijo la tía Rosa, acariciándola con dulzura—tal vez la prueben mal estos aires.

—No, tía, no me hacen daño.

—Estás pálida, intranquila; déjame tomarte el pulso. ¿Te duele la cabeza?

—Un poco.

—Déjala en paz—interrumpió el viejo, echándole á hurtadillas una de sus miradas penetrantes.—No tiene nada.

—Creo que no es nada, pero la juventud necesita de vez en cuando algún refrigerante. A mis hijos, cuando no estaban del todo bien, les daba una cucharada de maná. Es dulce.

Y como Teresita, dando vueltas por la habitación, se hubiese alejado un poco, el viejo hizo una bocina con las manos delante de la boca, en dirección á su mujer, diciendo:

—¡Está enamorada!

Y se echó á reir con sorna, meneando la cabeza al ver la candidez de la buena mujer, la cual no fué capaz de rechistar ni una palabra, quedándose con los ojos absortos: aquellos ojos cristalinos, claros, que habían visto muchas cosas en la vida, pero jamás el amor.



## VII

El señor Caccia vino de punta en blanco á llevarse consigo su hija, la cual ni siquiera intentó resistirse; pero le entró tal tristeza por esa decisión, que á duras penas podía contener las lágrimas.

—Es demasiado sensible— dijo doña Rosa—se parece toda á la bendita de su mamá.

Y el tío, al despedirla, dijo muy quedo:

—Alégrate, todo pasa; el único mal que no tiene remedio, mira, es éste.

Y señaló á sus propias piernas enfermas y á sus blancos cabellos.

Teresita se sonrió á regañadientes: en medio de su dolor, aún sentía los estímulos de la juventud, y las ilusiones cantaban en ella más alto, más fuerte que la breve experiencia humana.

Le vió antes de marcharse. Esperaba él delante de correos el paso del coche. Cruzaron una mirada apasionada, y en todo el viaje Teresita no hizo más que pensar siempre en aquella mirada.

La carretera le pareció muy larga y muy triste; pero al ver las primeras casas de su ciudaducha, la imagen de su mamá y de sus hermanas la absorbió casi por completo.

Al pasar por la plaza, miró en derredor suyo, conmovida. Había allí edificios muy conocidos: la farmacia, el café, las Casas Consistoriales. El sombrerero, como de costumbre, había extendido sus «formas» de fieltro sobre los bancos de la plaza, para que se secasen; la presuntuosa de la modista estaba fisonomando en el quicio de la puerta de su establecimiento.

Todo era lo habitual, todo le era conocido. Sólo Teresa había cambiado: los objetos eran los mismos, pero sus ojos los veían de diversa manera.

La señora Soave advirtió al punto la mudanza de su hija.  
—Te has hecho ya una mujer—le dijo.

Y luego siguieron largas conversaciones. La pequeñita le había dado bastante guerra, no dormía nada por las noches. Las caprichosas gemelas no la dejaban en paz, todo lo hacían trizas. Los trajes de rayas rojas y negras estaban rotos ya por los codos; ¿había algún retal para remendarlos?

Teresita aseguró que sí.

Carlitos, entre tanto, era bueno. Con tal de que le dejaran revolver de arriba á abajo su cuarto, colocar trampas para los ratones, poner ramas cubiertas de liga, destruir alguna silla é irse á paseo de vez en cuando con sus compañeros, se podía ir pasando la vida.

Teresita escuchaba dócilmente y la señora Soave continuó un rato, porque las niñas estaban en la escuela, Ida en la cama, y ella tenía un momento de descanso, sentada en el diván, con el taburete debajo de los pies, la pañoleta gris cruzada sobre el pecho y sus manitas amarillas una sobre otra, siempre adornadas con las pulseras de crin.

—Y tú, ¿te has divertido?

—Sí, mamá.

—¿Eran buenos los tíos?

—Tan buenos; en especial la tía Rosa, que nunca se encoleriza ni de nada se queja. Es feliz, ¿no es verdad?

—¡Quién hay nunca feliz en este mundo!.. Teresita, no lo conoces aún; no, no lo conoces.

Los negros ojos de la señora Soave miraron desconsolados al cielo. Teresita tenía un deseo loco de contarle su secreto, pero en aquel momento no se atrevió.

Poco después, sin ninguna transición, como si una fuerza desconocida le sacase del cuerpo las palabras, exclamó:

—He bailado.

—¿Has bailado? ¿En Marcaria? Supongo que no habrá sido en casa del tío.

—No, en casa del administrador de correos.

—¿Y quién estaba allí?

—El médico y su mujer, el hijo del dueño, dos muchachas apellidadas Cacciamali...

La ocasión era favorable; el nombre de Paquito abrasaba los labios de la muchacha. No había mentado el baile sino para llegar á hablar de él; quería decírselo todo, todo, á su mamá. Pero aquel nombre no salió. Otros dos ó tres esfuerzos permanecieron infructuosos; un nudo inexplicable le apretaba la garganta, y el corazón le palpitaba desordenadamente.

—Tu padre está de mal humor. ¿No lo has notado? Los intereses van mal.

¿Qué intereses? Teresita no sabía nada de eso; sólo comprendió que había pasado la ocasión de hablar.

Llegaron juntos á casa, las gemelas y Carlitos.

—¿Me has traído el ruiseñor?

Teresita tuvo que confesar que no se había acordado de ello, y quedaron en santa paz con el aturdimiento. También las niñas se le echaron encima, preguntándole si había traído alguna cosa de Marcaria.

—Pero, ¿qué tenía yo que traeros, señoritas?

Estaba un poco despechada; por vez primera, sus hermanas le producían una sensación de molestia.

Pero las gemelas no se daban por vencidas; una por un lado y otra por el otro la agarraron por las faldas, acariciándola y registrándola impacientes hasta que por fin descubrieron en el bolsillo el dulce. Entonces, ya no se contuvieron.

—¡Devolvedme mi dulce!—gritaba Teresita con desesperación.

No había que esperar; las niñas se lo disputaban á fuerza de puños.

—¡Quiero mi dulce!—replicó Teresita, con lágrimas en los ojos, haciendo ademán de apoderarse de él á viva fuerza.

La señora Soave, que al pronto creyó que Teresita estaba de broma, al verla iracunda no pudo menos de reprenderle con dulzura. ¿Cómo podía permitir que llorasen las niñas por un dulce?

La joven comprendió lo justo de la reprobación de su conducta, y una intensa llamarada de vergüenza subió á sus mejillas. Ya no dijo nada más, dejando que el dulce fuese repartido á medias entre las gemelas, mientras ahogaba los sollozos con el delantal sobre la cara.

—¡Un papelito, un papelito!—gritaron las niñas.

—Es un dulce parlante—dijo Carlitos.

Teresita miró por entre el delantal, y viendo que Carlitos se precipitaba á coger el papelillo, balbuceó:

—Al menos, dame eso.

—Voy á leerlo antes.

—No, es mío.

—No es tuyo.

—Sí.

—No.

Teresita fué otra vez presa de la cólera, del despecho, del desconsuelo, al perder así la única memoria que le quedaba del baile.

Carlitos, leyó en voz alta, declamando con acento burlesco: *Recuerda, tirana—de pecho cruel,—á quien está muerto por tí, amante fiel.*

Teresita, cuyo corazón estallaba, alargó bruscamente la mano; Carlitos retiró la suya con igual prontitud, y se hizo pedazos el papel.

Incapaz de dominarse más tiempo, la muchacha corrió á su cuarto, donde tuvo una verdadera convulsión nerviosa.

Todo el verano estuvo meciéndose en aquel pensamiento de amor, acariciando ilusiones extravagantes. A veces imaginaba ver pasar á Paquito por la calle de San Francisco, ó que daba vueltas de incógnito por las cercanías, espiando la oca-

sión de verla. Quizá iba á recibir alguna carta. Tal vez se decidiera él á venir para pedirla por esposa.

Todas estas ilusiones la tenían muy ocupada, y cambiaban por completo el orden de sus ideas.

Comenzó en aquella sazón á leer algunas novelas, bajo las indulgentes miradas de su mamá.

—En eso no hay ni pizca de verdad, ¿sabes?—decía lánguidamente la señora Soave.—La vida no es como la describen en los libros; pero á tu edad también á mí me gustaba leer. ¡Cosas de la juventud!

Una vez que hubo una carta del tío de Marcaria, Teresita creyó volverse loca; y como se había dejado la carta encima de la mesa del recaudador, en su despacho, no hacía sino rondar por allá, impaciente, mirándola y tocándola, observando si en el sobre existían transparencias indiscretas.

Cuando el señor Caccia, calándose las antiparras, rompió el sello de goma, y después de leer de un vistazo su breve contenido, se metió la carta en el bolsillo, Teresita se quedó con la boca abierta, con el corazón suspenso; y, como se alejase el señor Caccia, tuvo el inaudito valor de correr tras él:

—¿No dice nada?

El «¿eh?» imperativo de su padre y las terribles cejas fruncidas la hicieron volver en sí, tanto, que añadió confusa, temblando por la mentira:

—¿Pone recuerdos para mí..... de parte de la tía Rosa?

A menudo, por la noche, cuando había acostado á las gemelas y ella misma estaba para irse á la cama, después de rezar las oraciones de costumbre, se sentaba medio desnuda en el borde del colchón, pensando en aquella noche.

Si pasaba un organillo, mientras cosía ella allá abajo sobre el escalón de madera, junto á la ventana, aquel sonido repentino la conmovía toda, recordándole deliciosas emociones.

En las ardorosas siestas del mes de Julio, durante el paseo en el malecón, y más tarde en la plaza, donde los jóvenes del país *daban vueltas á la noria*, trataba de inquirir por intui-

ción el móvil secreto de aquellas idas y venidas, de las paradas, de las medias palabras, de las señas misteriosas. Estaban allí Luzzi, Boccabadati, el teniente de la guardia civil, el farmacéutico; y Teresita buscaba con avidez é inútilmente en medio de todos.

En el mes de Noviembre, con motivo de la feria, se abrió el teatro con una discreta compañía de ópera. Daban *Rigoletto*.

Carlitos, que había ido allí una vez, al paraíso, donde se pagaba ochenta céntimos, canturreaba los principales trozos de la obra. Su hermana se le quedaba escuchando para volver á cantarlos en voz baja, sin olvidar la letra. La declaración amorosa del duque á Magdalena le gustaba, pero aún más de su agrado era, sobre todo, el aria de Gilda: *Tutte le feste al tempio*.

Quería que Carlitos le explicase quién era Rigoletto y quién el joven á quien su hija encontraba en la iglesia.

Carlitos daba algún detalle, de un modo brusco y zafio; describía la terrible cara de Sparafucile y la ridícula joroba del bufón.

—Pero, ¿y Gilda, Gilda?

Carlitos se encogía de hombros:

—Gilda maulla como una gata, y luego, ya sabes, yo no miro á las mujeres.

Teresita, que de ningún modo se hacía ilusiones respecto á poder ir al teatro, tuvo un gozo tal, como desde largo tiempo no experimentara, el día en que vino la jueza á decir á su mamá:

—Tengo la llave de un palco para esta noche; vamos mi cuñada y yo. ¿Deja usted venir también á Teresita?

La señora Soave, por delicadeza, observó que estarían demasiado estrechas tres mujeres en un palco.

Insistió la jueza; pero había que convencer al señor Caccia, porque nada se hacía sin su consentimiento. Entre las razones que daba la jueza, era una de ellas, que, siendo ya Teresita

una joven hecha y derecha, si querían casarla era preciso que se dejase ver.

El señor Caccia consintió, gruñendo. Aún hubo, además, algunas pequeñas dificultades relativas á la cuestión de trapos. La señora Soave dijo que Teresita no tenía un vestido á propósito; pero también aquí cortó el nudo gordiano la mujer del juez, asegurando que una muchacha bien peinada, con un par de guantes nuevos y con una flor, puede ir á todas partes.

Mientras estaba pendiente la cuestión, Teresita sufría como si estuviese en el potro; pero cuando por fin quedaron resueltas todas las dificultades y tuvo la certidumbre de la diversión que le esperaba, dejó rienda suelta á la alegría.

Abrazó á su madre, abrazó á la jueza; subió y bajó las escaleras á escape tres ó cuatro veces, sin necesidad ninguna; fué á la ventana; abrió cajas; comenzó una labor y volvió á dejarla.

—A esa chiquilla se le está encalabrinando la mollera,— dijo sentencioso el señor Caccia.—Cuidado con empezar.

—Pero, ¡si es cosa de su edad, Próspero! También hemos sido jóvenes nosotros.

La señora Soave vió á su hija marcharse, enternecida como cuando se fué á Marcaria, siguiéndola con húmedos ojos, llenos de ternura y de esperanza.

La jueza, que era una mujer muy desenvuelta, aconsejó á Teresa un continente resuelto, y la niña, recordando haber hecho ya su primera aparición en sociedad, le aseguró que no era novata como antes. En efecto, sentía en sí cierta arrogancia segura. Pero otra cosa fué cuando, al asomarse por el antepecho del palco, vió en derredor tres hileras de luces, y allá abajo todas aquellas cabezas, y arriba otras tantas cabezas más.

—Vamos, Teresita, pareces una estatua. Dinos algo.

La cuñada observó que mejor era dejarla serenarse poco á poco, hasta que se acostumbrase á aquel ambiente. Entonces las dos señoras empezaron á charlar una con otra, en el fondo

del palco. Teresita, apoyada en el antepecho, miraba el gentío, viendo acá y allá caras conocidas.

En segunda fila estaban las tres hermanas Portalupi, vestidas de color de canario y con tres abanicos de color de canario. En el palco inmediato el Subgobernador, elegantísimo, distinguido, con unos puños de camisa que brillaban como si de porcelana fuesen, con su hermosa barba de meridional, partida por medio, y los impertinentes ojos miopes que observaban de cerca á las señoras.

Toda la familia Arese, las mujeres con traje de terciopelo y con brillantes, los hombres serios, estirados, con algo de aburrimiento pintado en el rostro.

La mujer del Alcalde, con vestido negro, el mismo que se ponía para ir á misa, concurrente por complacencia, sin entender una pizca, deseando que el espectáculo termine pronto.

En un palquito de primera fila, Don Juan, solo, tendido sobre dos sillas, bostezando.

—¿Quién es aquel señor?—preguntó la cuñada, que era nueva en el país.

La jueza respondió en tono más bajo:

—Es Boccabadati, el querido de la Checca.

—¡No lo parece!

—De seguro, ¡aquí! Conoce á todas. Dicen que viene por la contralto, la que hace de Magdalena.

—¿Es rico?

—Bastante; pero las mujeres no le dejan mucho.

Bajó otro tono la voz, para decir:

—¿Ves aquella figura alta, pálida, allá en la platea?

—¿Con un velito en la cabeza y una rosa encarnada?

—Justo. Es la modista de la plaza. Hace como un año que la..... (pausa), y tuvo que desembolsar una bonita suma.

—¿Sí?

—Para el hijo.

Teresita escucha, tiesa, inmóvil. No podía ver á la modista, que estaba detrás; pero tenía delante á D. Juan, en su si-



barítica indiferencia, gordo y colorado, invadido ya por la languidez que hacia los cuarenta años aguarda á los hombres que han gozado de largo de la vida. Aquel gran sosiego, después de lo que Teresa había oído, la turbaba; estaba secretamente irritada por un misterio que de continuo huía de ella.

Un momento después, toda su atención estaba fija en el espectáculo. No pestañeaba ni alentaba; apenas abría la boca un personaje, era ella toda oídos; apenas se movía uno, ya estaban sus ojos siguiéndole atentamente. Corrido el telón, volvióse de pronto hacia la jueza:

—¿Y Gilda?

—Gilda aparecerá luego, en el segundo acto.

—Me parece malo aquel bufón.

—No, no es malo; después lo verás.

—¿Y el duque?

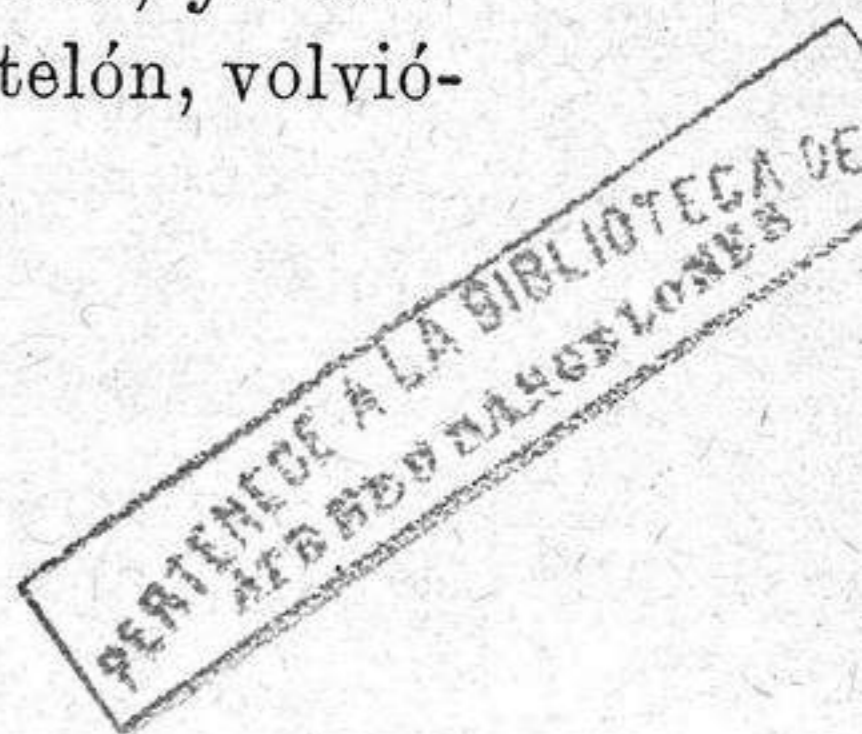
—¡Ah! El duque..... verás, ya verás.

Apareció Gilda, vestida de blanco, feucha, pero bastante joven y con un aire modesto, que al punto fué del agrado de Teresa. Cantó bien, con sentimiento en lugar de voz, floreando con una melancolía suavísima el relato de sus amores con el estudiante.

Teresita estaba arrobada, en éxtasis; la belleza del arte se revelaba á su corazón, abierto ya al amor. Siguió con angustioso anhelo el desarrollo de la acción dramática; espantóse con el rapto de Gilda, lloró con Rigoletto, sintió desdén y desprecio por los cortesanos y aguardó palpitante la nueva aparición de Gilda en la escena.

Aquí volvió á extenderse un velo en su mente. Diéronla tentaciones de preguntar por qué manifestaba Gilda tanta desesperación por encontrarse en casa del duque; un vago instinto la sugirió que su pregunta era ridícula, y callóse, mediatibunda.

Ardió en ira contra el duque, en la escena del bosque. Magdalena le pareció una estúpida, incapaz de inspirar amor. Pero el trágico fin de Gilda, mientras el escéptico pasa por el fondo



canturreando su canción, aquel final le impresionó hondamente. Tuvo que retirarse á la sombra, para disimular sus lágrimas.

—¿Qué haces, niña? ¿Es posible tanta ingenuidad? No es ningún hecho verdadero, ¿sabes? Gilda se irá á cenar, dentro de un rato, enteramente de acuerdo con su amante.

De este modo intentaba la jueza tranquilizar á Teresita, sin conseguirlo, porque su emoción tenía un origen oculto.

La pasión intensa de aquel drama de amor estaba en secreta é íntima correspondencia con el alma de la muchacha, á quien el amor se le había revelado con un sufrimiento. Las poderosas creaciones de Rigoletto y del duque, la suave figura de Gilda eran más que personajes: eran sentimientos, eran pasiones hechas carne; y la grandiosidad terrible y humana de todo aquel trabajo repercutía en todas sus fibras.

Con los golpes de aquella fuerte conmoción la naturaleza espiritual de la joven se templaba, ennobleciéndose, adquiriendo los contornos de un ideal seguro. Fundió mentalmente su propio amor con el amor de Gilda. Los recuerdos que ya principiaban á desvanecerse perdieron la huella personal, mezclándose con otro gran número de impresiones y aspiraciones nuevas.

Desde aquella noche no volvió más á pensar directamente en el joven que por vez primera había hecho palpar su corazón. Pensó en el amor, vago, misterioso, desmedido; en todo un mundo tumultuoso, no revelado aún por completo, pero que iba desarrollándose de un modo paulatino, con resplandores imprevistos, con rápidas heridas, con intuiciones maravillosas, elevándose entre la canción burlona del duque y el estertor de Gilda moribunda.....

NEERA.

*(Se continuará.)*

# CLEOPATRA

---

## I

### INCERTIDUMBRE DE SU HISTORIA

La historia de Cleopatra no está escrita, ni podrá escribirse jamás, porque los autores griegos y romanos que siguieron inmediatamente á su época, parecen enemigos confabulados para la denigración y escarnecimiento de la famosa Soberana del Nilo. No hay vicio, crimen, ni desvario, que no le atribuyan; pero este mismo rencoroso encarnizamiento demuestra su histórica importancia. La pasión no puede obscurecer del todo la verdad de los hechos; y éstos, en su virtual sentido, ponen de manifiesto la acción elevada y transcendental que ejerció Cleopatra en los graves acontecimientos de aquel siglo de profunda y gigantesca transformación.

Cleopatra, con las nebulosidades de la historia, con la ojeriza de los escritores cesarianos y con las invenciones forjadas por la imaginación en la posteridad, ha llegado á ser un personaje legendario que nadie define ni caracteriza con absoluta claridad.

Unos la han presentado como un tipo estruendoso de pro-

caz lascivia; otros como una artera embaucadora de príncipes y guerreros famosos; otros como una princesa altiva y ambiciosa; otros como una Circe irresistible, que fascinaba reyes y pueblos con su ingenio, con su cultura, con su belleza, con su esplendorosa elegancia, con el hechizo de sus palabras, en que nadie la aventajaba; otros, en fin, como un ejemplo singular del amor profundo, infinito, que sólo la muerte puede arrancar del alma.

Aun descartando las calumnias de la pasión política, queda siempre algo enigmático y confuso en esta mujer extraordinaria.

## II

### CALUMNIAS CONTRA CLEOPATRA

Entre las acusaciones y las insultantes invectivas que forjó el resentimiento *romano* y el venenoso espíritu de la calumnia aduladora, es el frío desdén con que suponen que recibió Octavio amorosos halagos de Cleopatra.—¿Cómo no rechazar esta malévola invención, después de leer en el mismo Plutarco la conmovedora entrevista de Octavio y Cleopatra, á poco de la muerte de Antonio?

Plutarco refiere esta escena con el lenguaje implacable de la realidad. Cleopatra, postrada ante Octavio (que engañosamente con siniestros fines la halagaba), nunca aparece más noble, más interesante, más apasionada, más *mujer*. Cleopatra no comprendía la vida sin Antonio, que había sido el único ídolo de su corazón y la esperanza de sus ambiciosos ensueños. En aquel trance doloroso, estaba resuelta á morir: nada quería para sí; y aunque, con sólo treinta y ocho años,

y todavía hermosa, no cabía ya en su mente la imagen de los triunfos mundanos.

Se postró, sí, á los piés de Octavio, á quien odiaba; pero fué para pedir clemencia, no al hombre, sino al árbitro del mundo, en favor de sus hijos, cuya existencia y bienestar no sin fundamento juzgaba amenazados.

No es dable leer sin emoción y lástima la relación de Plutarco. Forzoso es tenerla presente, si ha de buscarse la verdad en el carácter de aquella reina desventurada:

«Eran muchos los reyes y generales que pedían el dar sepultura á Antonio; pero César (Octavio) no quiso privar á Cleopatra de su cadáver: así es que ella lo sepultó regia y magníficamente por sus propias manos. Mas del pesar y de los dolores (pues, de resultas de los golpes que se dió en el pecho, se le inflamó éste y se le formaron llagas) se le levantó calentura: ocasión de que ella se valió con gusto para ir cercenando el sustento y acabar de este modo la vida.....»  
«César (ansioso de que Cleopatra, sierva, realizase su triunfo en Roma) tuvo de ello sospecha, y le hizo amenazas y miedo con sus hijos; con lo cual la sujetó, y hubo de prestarse á que la curaran y alimentaran del modo conveniente.»

«El mismo César pasó después de algunos días á visitarla y consolarla. Hallábase acostada humildemente en el suelo, y al verle entrar corrió en ropas menores y se echó á sus piés, teniendo la cabeza y el rostro lastimosamente desaliñados, trémula la voz y apagada la vista. Descubríase también la incomodidad que en el pecho sufría, y en general se observaba que no se hallaba mejor de cuerpo que de espíritu; y, sin embargo, la gracia y el encanto de su belleza no se habían apagado enteramente..... César empezó á disculparse con atribuir lo ocurrido á la necesidad y al miedo de Antonio; pero la reina al punto recurrió á la compasión y á los ruegos (sin duda en favor de sus hijos, pues ella sólo en morir pensaba), como podría hacerlo quien estuviese muy apegado á la vida..... César creyó que Cleopatra deseaba conservar la

»vida, y diciéndole que sería tratada en todo decorosamente,  
 »más allá de cuanto pudiera esperar, se retiró contento, pen-  
 »sando ser engañador, cuando realmente era engañado.»

«Cornelio Dolabela participó reservadamente á Cleopatra,  
 »que César se disponía á marchar por tierra por la Siria, y á  
 »ella y á sus hijos tenía determinado enviarlos á Roma de allí  
 »á tres días..... La reina, marchando al sepulcro y dejándose  
 »caer sobre el túmulo: —Amado Antonio— exclamó.— Vivos,  
 »nada hubo que nos separara; pero, en muerte, parece que  
 »quieren que cambiemos de lugares: tú, romano, quedando  
 »aquí sepultado, y yo, infeliz de mí, en Italia, participando  
 »sólo en esto de tu patria..... Sepúltame aquí contigo, pues  
 »que con verme agobiada de millares de males, ninguno es  
 »para mí tan grande y tan terrible como este corto tiempo  
 »que sin tí he vivido.»

César recibió un billete de Cleopatra, en el cual le pedía  
 que se le diese sepultura con Antonio. «Al punto comprendió  
 »lo que estaba sucediendo, y envió á toda priesa quien se in-  
 »formara; pero el daño había sido muy pronto, pues por más  
 »que corrieron, se hallaron con que los de la guardia nada ha-  
 »bían sentido; y abriendo las puertas, vieron ya á Cleopatra  
 »muerta, en un lecho de oro, regiamente adornada.....»

«César, aunque muy disgustado con la muerte de Cleopa-  
 »tra, no pudo menos de admirar su grandeza de alma, y mandó  
 »que su cuerpo fuera enterrado magnífica y ostentosamente  
 »con el de Antonio.» (1)

Octavio, sin embargo, llevó en el triunfo, como á reina  
 subyugada y sierva, la estatua de Cleopatra.

Las precedentes palabras de Plutarco prueban cuando  
 menos que el mundo antiguo creía en el inmenso amor que  
 Cleopatra había profesado á Marco Antonio y en el temple  
 elevado y vigoroso de aquella ilustre y fascinadora Soberana.

Mas, como ya hemos visto, vencida, dispuesta á morir,

(1) *Plutarco*. Traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.

calenturienta, desaliñada, con el cabello descompuesto, con el rostro y el pecho heridos por sus propias manos en la desesperación producida por la muerte del idolatrado triunviro, no es la avasalladora Cleopatra, reina de reyes, representación aún gloriosa de la antigua grandeza de los Faraones y de los Tolomeos: es la madre que, al pie de la tumba, exhala el último grito de amor de aquel corazón apasionado.

Pero todavía se hallan en las malevolencias de la historia (que no pocas veces cae en infamantes patrañas) otros regios desdenes, más inverosímiles que los de Octavio César.

Son estos desdenes los del funesto rey Herodes (el *Ascalonita*). Flavio Josefo refiere sin escrúpulo esta extraña invención, asegurando más de una vez, que Cleopatra, cuando estuvo en Judea, en el propio palacio de Herodes, *ofreció su amor* al odioso monarca, que éste rechazó con ánimo constante (1).

Aunque judío de nacimiento, Josefo era romano por predilección y por interés. Pertenece á la falange de los aduladores del Imperio (2).

Describe la actitud desdeñosa del rey hebreo con circunstancias contradictorias, que hacen todavía menos admisibles sus aventuradas afirmaciones. Él mismo dice que Cleopatra aborrecía á Herodes; que había pedido su muerte á Marco An-

---

(1) «Cleopatra (dice Josefo), en sus pláticas con Herodes, le brindaba amor. Como era muy impúdica, acaso lo sentía; pero es más verosímil que emplease este medio para perderlo. Como quiera que sea, ella daba muestras de ardiente pasión. Por el contrario, Herodes, que la aborrecía, no solamente permaneció insensible á sus halagos, sino también le inspiró horror su descaro.»—(*Historia antigua de los judíos*; lib. XV, cap. V.)

(2) Josefo recuerda con visible complacencia, en su *Autobiografía*, las grandes mercedes que debió á Tito y á Vespasiano (tierras considerables en Judea, admisión entre los ciudadanos romanos, habitación en uno de los palacios imperiales, una pensión, etc.) y los testimonios de afecto y protección que le dispensaron el emperador Domiciano y la emperatriz Domicia.

tonio, á fin de apoderarse de sus Estados, y que Herodes festejó mucho á Cleopatra, haciéndole presentes de subido valor, y acompañándola á su regreso á Egipto.

¿Cabe imaginar siquiera que aquella altiva Soberana, sinceramente prendada de Antonio, fuese, por antojo de cortesana, á humillar su dignidad ante un monarca á quien odiaba?

Josefo, aferrado á su indigno propósito de vilipendiar á la gran Reina, desencadena contra ella (aun más que Horacio, Propercio, Plinio y otros) su calumniadora ojeriza. No hay delito ni malvado propósito de que no la juzgue capaz; lamentando siempre que «la pasión que había inspirado á Marco Antonio fuese tan extremada que parecía haberlo hechizado» (1). No fuera cuerdo conceder crédito alguno á tan parcial escritor, en sus juicios concernientes á la antigua enemiga de Augusto.

Por lo demás, parece irrisorio atribuir, por cualquiera razón que fuese, tan rígida continencia, tanta delicadeza de sentimientos y tan pudoroso dominio de sí propio al hombre que llegó á tener nueve mujeres (2); al padre desnaturalizado, que hizo asesinar á cinco de sus hijos; al Rey inhumano y feroz que ordenó el acto inaudito y horrendo de la *Degollación de los Inocentes*.

### III

#### VIOLENTOS ULTRAJES Á CLEOPATRA, DE DOS ILUSTRES POETAS LATINOS (*Horacio, Propercio*).

Hasta las acerbadas palabras de Horacio denotan la extraordinaria importancia histórica de aquella Reina desgraciada. La oda *Ad sodales*, que empieza *Nunc est bibendum*, es un cántico

(1) *Historia antigua de los judíos*; lib. XV, cap. IV.

(2) Las leyes judáicas permitían el casamiento simultáneo con varias mujeres. Josefo cita los nombres de las nueve esposas de Herodes.—(*Historia antigua*; lib. XVII, cap. III.)



al vencimiento de Cleopatra, escrito en el tono jubiloso y sereno de quien se ve libre de un peso abrumador. Al través de los insultos y las frases denigrativas, asoma, á pesar suyo, en la imaginación del gran poeta, cierto luminoso reflejo de la grandeza de los impulsos ambiciosos y del carácter de la poderosa Reina de Egipto. Se ve que el triunfo de Octavio sobre Cleopatra (esto es, sobre el Oriente) fué colosal acontecimiento, que había de acabar con la inquietud política de Roma, y hacer posible la dominación universal (1).

(1) Así habla Horacio:

«No há mucho, nadie se atrevía á sacar el *Cécubo* (vino generoso) de la despensa paternal, cuando una Reina, en el delirio de sus esperanzas y el desvanecimiento de su fortuna, soñaba locamente la ruina del Capitolio y los funerales del Imperio. ¡Sueño que ella vió desaparecer al propio tiempo que su armada!.... Buscando una muerte más generosa, ni á fuer de mujer temió la espada, ni con ligeros bajeles se retiró á escondidas regiones..... Osó contemplar con semblante sereno su ya triste palacio, y manosear, animosa, ponzoñosos áspides para introducir en su cuerpo el negro veneno. Más altiva y brava que nunca con la premeditación de la muerte, no consintió que las crueles naves de los Liburnos la llevasen al orgulloso triunfo que se preparaba.»

«Antehac nefas depromere Cæcubum  
 Cellis avitis; dum Capitolio  
 Regina dementes ruinas,  
 Funus et Imperio parabat.  
 ..... .. . quidlibet impotens  
 Sperare, fortunaque dulci  
 Ebria; sed minuit furorem  
 Vix una sospes navis ab ignibus.  
 ..... ..  
 ..... .. quæ generosius  
 Perire quærens, nec muliebriter  
 Expavit ense, nec latentes  
 Classe cita reparavit oras.  
 Ausa et jacentem visere regiam  
 Vultu sereno, fortis, et asperas  
 Tractare serpentes, ut atrum  
 Corpore combiberet venenum;  
 Deliberata morte ferocior;  
 Sævis Liburnis scilicet invidens  
 Privata deduci superbo  
 Non humilis mulier triumpho.

(Horacio, lib. I, oda XXXVII.)

Otro poeta, famoso en aquellos tiempos, Propercio, ataca asimismo á Cleopatra. Pero era uno de aquellos escritores de ruín espíritu, que con la adulación envilecen la historia, y no supo, como Horacio, dejar traslucir, en medio de las ofensas, la admiración que causaba la memoria de aquella egregia y poderosa enemiga de Roma. En su elegía titulada *Lo que valen las mujeres*, sólo intenta Propercio lisonjear á Augusto y enardecer el rencoroso fanatismo de los romanos contra Marco Antonio y Cleopatra. Propercio extremaba su adulación al César vencedor y al pueblo de Roma, acaso para hacer olvidar que su padre, del orden de los Caballeros, fué condenado á muerte (por la cruel política del mismo Octavio), así como doscientos senadores, por haber seguido la parcialidad de Marco Antonio durante las discordias del triunvirato.

Lo que se columbra claramente en los enconados dísticos de Propercio, es que Roma (que no ignoraba la aspiración de la ambiciosa Reina á dominar todo el mundo romano), se había estremecido ante el formidable poder de Cleopatra y de Antonio, y que con la muerte de estos seres privilegiados habían salido los romanos del angustioso estado de dudas y temores en que se hallaban antes del providencial combate de Accio (1).

(1) Por su significación histórica, merecen recordarse algunos vilipendiosos versos de la singular elegía de Propercio:

«La Reina de la impura Canope, una meretriz, mancha infamante de la sangre de Filipo, osó oponer á nuestro Júpiter el ladrador *Anúbis* (dios egipcio con cabeza de perro); forzar al Tíber á sufrir las amenazas del Nilo; hacer retroceder ante el agudo sistró la trompeta romana..... ¡Goza, oh Roma, de tu triunfo: Augusto te ha salvado!.... Con un ciudadano tan grande ¿qué podías, Roma, temer de una mujer, y de un caudillo cuya lengua estaba, día y noche, anegada en vino?

»¡Cómo la ciudad, que desde lo alto de sus siete colinas domina el mundo entero, ha podido temblar ante las armas y las amenazas de una mujer!»

#### TEXTO LATINO

«Scilicet incesti meretrix regina Canopi,  
una Philippeo sanguine adusta nota,

## IV

CLEOPATRA EN EL DRAMA DE SHAKSPEARE «ANTONY  
AND CLEOPATRA.»

Grandemente se equivocan los que imaginan que la *Cleopatra* de Shakspeare es la admirable Reina de Egipto. Fundó exclusivamente su obra el gran dramaturgo británico en las noticias que, como de soslayo y para formar el cuadro indispensable en la narración, introdujo Plutarco en la vida de Antonio. Cabalmente por eso mismo es harto visible que el concepto que por los datos truncados y á veces contradictorios, por las insultantes diatribas y por las insustanciales anécdotas que á Cleopatra conciernen, no puede dejar de ser arbitrario, incompleto y extremadamente distante de la realidad histórica. Plutarco, preceptor de Adriano, aunque nacido en Queronea, era, como todos los escritores griegos de aquellos tiempos, más romano que heleno. Cleopatra, por su poder y por su absorbente influencia sobre el ánimo del más insigne capitán de la época, y hasta por su especial cultura, bien di-

---

ausa Jovi nostro latrantem obponere Anubim  
 et Tiberim Nili cogere ferre minas;  
 Romanamque tubam crepitanti pellere sistro.  
 .....  
 ..... .. Cape, Roma, triumphum,  
 et longam Augusto salva precare diem!  
 Non hæc, Roma, fuit tanto tibi cive verenda,  
 nec ducis adsiduo lingua sepulta mero.  
 ¡Septem urbs alta jugis, toto quæ præsidet orbi,  
 femineas timuit territa Marte minas!

(Propertio. Lib. III, elegía XI, *Feminæ quantum valeant.*)

ferente de la de Roma, había sido rémora y rival de los desig-  
nios de Octavio César y del pueblo romano; y ya triunfante  
la grandiosa unidad del Imperio, el nombre de Cleopatra, aso-  
ciado á los azarosos vaivenes de las luchas pasadas, era un re-  
cuerdo impopular y odioso.

Shakspeare (excepto en sus dramas históricos, admira-  
bles crónicas heroico-escénicas, en que la verdad absoluta se  
imponía y era, además, conveniente para la impresión tea-  
tral en el público inglés), se cuidaba poco de la exactitud ét-  
nica y local. Acaso deliberadamente la evitaba. Su incompa-  
rable instinto le decía que lo importante, lo esencial en la es-  
cena, es que el público pueda sentirlo y comprenderlo todo.  
Por eso no se paraba en ofrecerle estudios de propiedad ar-  
queológica, sino cuadros de *verdad humana*. Pero no bastaba  
á Shakspeare que esta verdad humana fuese de carácter uni-  
versal: para cautivar de un modo profundo y cabal al pueblo  
de Londres, la *verdad humana* de sus dramas había de ser,  
además, *verdad británica*.

De ello dió Shakspeare el más palpable testimonio en  
*Hamlet*. Bien sabía que era éste un príncipe dinamarqués, de  
tan remotos tiempos, que se perdía en las nebulosidades de  
las leyendas escandinavas; y, sin embargo, porque así con-  
venía á su objeto, tuvo la audacia de convertirlo en un es-  
tudiante de Wittenberg, cuna de la Reforma protestante.

La estructura del drama *Antony and Cleopatra* no puede  
ser más imperfecta. Asombra la temeridad con que el inmor-  
tal dramaturgo se arrojó á formar una obra escénica, siguien-  
do servilmente la pobre, incongruente y descosida narración  
en que Plutarco hace la pintura de Cleopatra. La falta de  
armoniosa ilación se hace más reparable que en la historia, en  
la composición dramática, sujeta á más estrechas leyes de en-  
lace y consecuencia lógica. Para demostrar la ausencia de la  
trabazón conveniente en el desarrollo de la obra, basta hacer  
notar que los actos segundo, tercero y cuarto tienen cada uno  
tantos cambios de decoración como escenas.

El acto tercero tiene *once* escenas y *once* cambios decorativos. El acto cuarto tiene *trece* escenas y *trece* cambios.

Si se hubiesen realizado á la vista de los espectadores tan repentinas y continuas *mutaciones*, el drama habría sido irrepresentable por imposibilidad material.

Es de notar, además, que en algunas cosas no es dable entender bien los conceptos del diálogo, sin haber leído antes la monografía de Plutarco. Por ejemplo, el chasco infantil que Cleopatra intenta dar á Antonio haciéndole sacar con el anzuelo peces desecados.

De este sistema de creación popular nació, sin duda, el extraño carácter que da el poeta á los personajes del drama. Exagerando y tergiversando el espíritu festivo y libre que atribuye Plutarco á la corte de Cleopatra, hace intervenir á Carmión y á Eira, damas favoritas de la reina, en un diálogo ingenioso y penetrante, como todos los del gran poeta, pero genuinamente inglés, del vulgo de ínfima laya, y tan descondado, que más parece de gente baladí que de sociedad cortesana. Así el grosero *humorismo* de este diálogo (1) como las

---

(1) He aquí una muestra del diálogo:

(En una cámara del palacio de Cleopatra.)

UN ADIVINO (*á Carmión*).

Sentirás más amor del que tú inspires.

CARMIÓN

Prefiero inflamarme el hígado á fuerza de beber.

.....

Anúnciame una buenaventura: como casarme con tres reyes en la misma mañana, y llevar el duelo de todos ellos; ó tener á los cincuenta años un hijo, al cual rinda homenaje Herodes el de Judea.

.....

EL ADIVINO

Sobrevirás á tu señora.

CARMIÓN

¡Cuanto me alegro! Más me gusta larga vida que comer higos.

.....

infantiles y sandias preguntas de Cleopatra, en la escena quinta del acto primero, desdicen grandemente de la nobleza y del instinto estético y aristocrático que tanto resaltaban en el palacio de la Reina.

¿Cómo habían de hablar de tal modo en la civilizada Alejandría las inseparables compañeras de una Reina patrocina-

Díme, ¿cuantos hijos he de tener, varones y hembras?

EL ADIVINO

Si cada uno de tus deseos tuviese un útero y fuese prolífico, tendrías un millón.

ALEXAS

¿Piensas que sólo tus sábanas son confidentes de tus deseos?

CHARMIÓN (*al adivino.*)

Vamos, dí á Alexas su buenaventura..... ¡Oh! Que se case con una mujer *inservible* (*that, cannot go*). Buena Isis, te lo pido de rodillas: que esa se muera y él se case con otra peor, y después de ésta, con otra aún peor, hasta que la peor de todas conduzca, riendo, á la sepultura á su marido, cincuenta veces cornudo (*cuckold*).

EIRA

Amén..... Acoge los ruegos de todos; porque si quiebra el corazón ver á un gallardo mozo casado con mujer liviana, es aún más doloroso que un perillán se libre de los cuernos.

ALEXAS

Se ve claro. Si estuviese en sus manos, se harían prostitutas con tal de ponerme cuernos.

TEXTO INGLÉS

Á SOOTHSAYER

You shall be more beloving than belov'd.

CHARMIAN

I had rather heat my liver with drinking.

Good now, some excellent fortune! Led me be married to three kings

dora de las artes y de las letras, que la tradición pinta todavía como prototipo de buen gusto, de elegancia helénica y de refinada cultura, Carmión y Eira, de alma tan elevada que no quisieron sobrevivir un instante á su adorada Soberana?

¿Y el modo de presentar á Cleopatra? Aquella mujer que—según el mismo Plutarco—con su gracia, su discreción, su dis-

in a forenoon, and widow them all: let me have a child at fifty, to whom Herod of Jewry may do homage.

SOOTHSAYER

You shall outlive the lady whom you serve.

CHARMIAN

O excellent! I love long life better than figs.

Pr'ythee, how many boys and wenches must I have?

SOOTHSAYER

If every of your wishes had a womb, and fertile every wish, a million.

ALEXAS

You think none but your sheets are privy to your wishes.

CHARMIAN

Our worser thoughts heaven mend! Alexas—come, his fortune, his fortune!—O let him marry a woman that cannot go, sweet Isis, I beseech thee: and let her die too, and give him á worse! and let worse follow worse till the worst of all follow him laughing to his grave, fifty-fold a cuckold.

IRAS

Amen. Dear goddess, hear that prayer of the people! for, as it is a heart-breaking to see a handsome man loose-wived, so it is a deadly sorrow to behold a foul knave uncuckolded.

ALEXAS

If it lay in their hands to make me a cuckold, they would make themselves whores, but they'd do't!

cernimiento y hasta con la dulzura de su voz, embelesaba á Antonio, aparece en el primer acto del drama de Shakspeare voluble, desabrida, antojadiza y enfadosa, y dice á Antonio pueriles, sandias é impertinentes cavilosas, más propias para infundir fastidio y desvío que para fascinar con las ilusiones del amor á un hombre del temple de Antonio.

Los golpes que da á los mensajeros, y las preguntas que en la escena quinta del acto primero hace Cleopatra al eunuco acerca de sus pasiones, son de tan perverso gusto que apenas se comprende que Shakspeare, aun dejándose llevar del espíritu depresivo de Plutarco, no advirtiese cuán mal cuadraba aquella abyecta actitud á una princesa que, como demostró en su llegada á Tarso, llevaba hasta el idealismo los pulcros refinamientos de su espíritu aristocrático.

Shakspeare incurre en las mismas contradicciones de carácter que Plutarco, y no piensa en formar y meditar un verdadero plan dramático, sino únicamente en seguir con servil puntualidad la entrecortada y defectuosa relación del biógrafo griego. Así es, que no advierte cuán mal se compagina la frívola y degradante trivialidad con que pinta á la reina en algunos pasajes, con la majestad que le atribuye en otros (1).

Por otra parte, el mismo Plutarco, cuando se apacigua algún tanto su espíritu de hostilidad romana, no puede ocultar la esplendorosa y elegante grandeza que enaltecía la vida de la hija de los Ptolomeos. Cuando amenaza el desencadenamiento de la guerra civil, dió Octavio cuenta al Senado de los sucesos que ocurrían en Alejandría. Entre ellos, llamó singularmente la atención el repartimiento de naciones que hizo

---

(1) Enobarbo dice de Cleopatra en la escena segunda del acto 2.º (*Antony and Cleopatra*).

«Antonio jamás la dejará. La edad no puede envejecerla, ni la costumbre de verla embotar el hechizo, siempre nuevo, de sus infinitos encantos... Las cosas menos nobles toman en ella gracia especial y aun en medio de sus desvaríos los sacerdotes la bendicen.»



Antonio á los hijos de Cleopatra, el cual «pareció trágico, orgulloso y anti-romano».

«Había hecho colocar en el Gimnasio (dice Plutarco), sobre una gradería de plata, dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra, y otros más pequeños para los hijos. Allí proclamó á Cleopatra reina de Egipto, de Chipre, del Africa y de la Siria inferior... Ya entonces Cleopatra, y siempre en adelante, no salía en público sino con la ropa sagrada de Isis; y, como nueva Isis, daba oráculos.»

¡Cuánto dista esta ostentación orgullosa de gente endiosada con la elevación del nacimiento, del poder, de la opulencia y de la gloria, de aquellas actitudes de cortesana, antojadiza y baladí, que no se avergüenza de descender á las chocarrerías de la canalla!

Cleopatra era grandemente ambiciosa, y tienen más sentido histórico las pinturas de su ostentoso espíritu que las ruines aficiones, palabras y acciones que le atribuyen sus detractores antiguos, y algunos modernos.

Schlegel, hablando de los dramas de Shakspeare *Julius Cæsar* y *Antony and Cleopatra*, dice, con razón, que la verdadera dificultad del drama histórico consiste en que debe ser á un tiempo extracto conciso y cuadro animado de la historia. Añade que el gran dramático inglés, que vence casi siempre esta dificultad, no lo ha logrado enteramente en la última de las dos obras citadas, sin duda por los escollos inherentes á tan complicado asunto. Los muchos personajes importantes que se presentan un momento en la escena para no volver á ella, producen cierta confusión y cortan á menudo el interés dramático. «Quien no conozca de antemano — añade Schlegel — los hechos indicados en el drama, no podría comprenderlos: defecto grave, porque la inteligencia completa de una obra del arte dramático debe entrar en la obra misma, sin necesidad de estudio anterior. Pero en el drama de Shakspeare, especie de crónica abreviada, como tantas otras obras dramáticas de este grande hombre, resaltan notablemente los carac-

teres principales según los concibe el autor. *Antonio*, conjunto de grandes prendas y de grandes flaquezas. *Cleopatra*, mujer única en el mundo por su belleza y por el hechizo irresistible de su ingenio y de su elegancia, pero históricamente mal comprendida; como que Shakspeare no había consultado más fuentes literarias que la superficial pintura que hace de ella Plutarco, visiblemente inspirado por la tradicional hostilidad romana que profesaban los aduladores del Imperio contra la memoria de aquella ínclita Reina. *Octavio*, frío y egoísta, forma en la obra del dramático inglés vivo contraste con el carácter franco é irreflexivo de Marco Antonio. Shakspeare, dando en ello un testimonio de su noble instinto, no se ha dejado alucinar por la inmensa dicha y el deslumbrador renombre de Augusto.

En cuanto á Cleopatra, no es, no puede ser la mujer antojadiza y hediondamente liviana, que busca impúdicas aventuras con los esclavos marineros del muelle y escandaliza con sus impuros desvaríos á la civilizada Alejandría, que la respetaba y la adoraba (1).

EL MARQUÉS DE VALMAR.

(Continuará.)

---

(1) Entre los detractores modernos puede contarse á Théophile Gautier, el autor de la relación novelesca francesa *Une nuit de Cléopâtre*, la más monstruosa é inverosímil calumnia contra la famosa Reina de Egipto.

# PROPAGANDA REGIONAL EN ESPAÑA

---

## BOJEADA HISTÓRICA HASTA LA EXTINCIÓN DE LA CASA DE AUSTRIA

### V

#### INVASIONES Y MOTINES EN LA REGIÓN VASCONGADA

Hállanse situadas las Provincias eúskaras en las estribaciones occidentales de la cordillera pirenaica, que por ser las menos ásperas y empinadas de tan abrupta cadena de montañas, han ofrecido el mayor peligro para penetrar en nuestro territorio durante las seculares guerras con Francia.

En las postrimerías de la Edad Media eran muy distintas de las actuales las fronteras de los Estados que iban constituyéndose, tanto en la Península Ibérica como en las antiguas Galias: poseían los ingleses la Guyena y la Aquitania; los reyes de Aragón extendían sus dominios por las vertientes orientales de los Pirineos y el Mediodía de Francia, y, á su vez, gobernaban la Navarra española monarcas extranjeros, salvo en un corto período, á partir del fallecimiento de Carlos el

*Noble*, ocurrido en 1425. Trascendía la influencia gascona á San Sebastián y sus contornos, manifestándose en los nombres de las calles y de las montañas, en el fuero y gobierno municipal de las villas, y aun en las ceremonias religiosas, á causa de la jurisdicción ejercida en gran parte de Guipúzcoa por la Sede episcopal de Bayona.

Mas al vislumbrarse los albores de la Edad Moderna, avanzaba la consolidación del reino francés con rápidos é importantes progresos. Se había coronado Carlos VII, el *Victorioso*, en la catedral de Reims, gracias á la leyendaria aventura de Juana de Arco; sólo quedaba á los ingleses en la nación vecina el puerto de Calais, y hallábase tan adelantada la obra de la Reconquista y tan cimentado el poder y el prestigio de Luis XI, que los Reyes de Castilla, de Aragón y Navarra le sometieron en 1463 la sentencia arbitral de sus diferencias. En las entrevistas que con tal motivo celebrara con Enrique IV, el *Impotente*, dejó traslucir el Rey de Francia sus miras ambiciosas sobre Guipúzcoa, y como reconcentrase en la frontera un ejército de 16.000 hombres, cundió la alarma en sus habitantes; pero habiéndose unido la provincia á Castilla, á condición de no ser desmembrada ni cedida, formuló la oportuna protesta contra semejante pretensión.

Y acentuando los guipuzcoanos en tan lejana época su españolismo, entraron en la Liga formada por el Rey de Inglaterra y varios magnates franceses para combatir al citado Luis XI, correspondiéndoles en la contienda la invasión de la vecina tierra de Labord. Se presentó otra prueba del desapego de los Estados vascos hacia aquel monarca cuando el desdichado Enrique IV le concedió la mano de su hija, la *Beltraneja*—niña á la sazón de ocho años—para el duque de Guyena, celebrándose las capitulaciones en Medina del Campo, en Junio de 1470. Olvidó el Rey de Castilla el compromiso de Toros de Guisando, en donde se proclamó Princesa heredera á Isabel—llamada después la *Católica*.—«Vizcaya y Guipúzcoa reclamaron muy enérgicamente al Monarca contra esta boda,

pero todo fué desatendido» (1), y quejosos también los vizcaínos de ciertos propósitos del mismo sobre cesión de algunas villas y territorios, acordaron su destitución como *Señor de Vizcaya*, nombrando en reemplazo á su hermana Isabel. Enrique IV envió al Conde de Haro con el propósito de castigar á los rebeldes; pero las huestes del Señorío, auxiliadas por el Conde de Treviño y el Adelantado Padilla, le derrotaron en los campos de Munguia.

Eran las Provincias Vascongadas, y más especialmente Guipúzcoa, por su situación fronteriza, centinelas avanzados de la integridad del territorio, y condujéronse con tanta lealtad y celo durante los siglos pasados, y aun con tal perspicacia y don de acierto en las contiendas civiles de la Península, que alcanzaron constantes muestras de gratitud de los reyes castellanos.

Inclinóse la mayoría del país vascongado á D. Enrique de Trastámara, contra Don Pedro el *Cruel*, y con completa unanimidad á Isabel la *Católica* contra la *Beltraneja*.

Conquistada Navarra por el Rey *Católico*, con el concurso de los vascongados, intentó recuperarla Francisco I, y fué tan eficaz la cooperación de los guipuzcoanos, que cogieron á los franceses doce cañones, que figuran en el escudo de aquella M. N. y M. L. Provincia, y en la guerra de las Comunidades apoyaron las huestes eúskaras al Emperador, salvo las acaudilladas por el conde de Salvatierra en Alava y algunos grupos de aldeanos en Guipúzcoa. Durante el apogeo de la Casa de Austria no fueron frecuentes las invasiones francesas por el Bidasoa; pero acudían los vascongados á las guerras terrestres y marítimas, lo mismo á Andalucía para reprimir la rebelión de los moriscos, como á las empresas de Italia, Flandes, América, de las islas Terceras, y la Invencible y fué constante en fidelidad á la Corona.

---

(1) Lafuente: *Historia de España*, tomo VIII, parte II, libro III, capítulo XXX.

En las guerras de Felipe IV con Luis XIII fracasó el Príncipe de Condé en 1638 ante las murallas de Fuenterrabía, siendo la heroica defensa de la plaza una de las pocas páginas brillantes de aquel desgraciado período, en que se sublevaron Cataluña y Nápoles, perdiéndose Portugal, el Rosellón y otros importantes dominios españoles.

No faltaron, sin embargo, durante los reinados de los Austrias algunos conflictos en la tierra eúskara, originados por diversas pragmáticas dictadas en contravención de las exenciones forales. Hallándose en Lisboa Felipe II intentaron sus ministros gravar á Vizcaya con el impuesto de un real en fanega de sal, pero el Señorío, reunido en las Juntas de Guernica, entabló la reclamación oportuna, logrando que el Rey mandase recoger los despachos expedidos. Felipe III ordenó en 1601 que se plantease con decisión el *servicio de millones*, que originó una protesta análoga, resuelta también en sentido favorable á los recurrentes.

En cambio, el espíritu de absorbente *unificación* que, según hemos visto, aquejaba al Conde-duque de Olivares provocó en Vizcaya desagradables acaecimientos. No escatimaban sus Juntas á la Corona los servicios de hombres y dinero, cuando en Enero de 1631 se dictó la pragmática disponiendo el estanco de la sal; y las imprudentes órdenes dictadas por el Teniente corregidor para establecer desde luego los alfolíes, sin esperar á que el Señorío entablase previamente los recursos forales contra tan inusada novedad, excitaron los ánimos, promoviéndose serias alteraciones en varios pueblos, y especialmente en Bilbao, en donde adquirió la sedición marcadas tendencias comunistas, según suele ocurrir con frecuencia en las conmociones populares. El motín, basado «en un sentimiento patriótico, cual era la defensa de los derechos de Vizcaya, degeneró al cabo en algo parecido á una guerra social ó de clases» (1).

---

(1) *El Gobierno foral del Señorío de Vizcaya*, por D. Fidel de Sagarminaga. Tomo II, cap. I.

Convocada la Junta general de Guernica en Septiembre del mismo año, estaban los ánimos muy acalorados, y al comenzar la entrega de poderes, se promovió un gran tumulto, tomándose, bajo la presión de las turbas y á pesar de las objeciones del Corregidor, el acuerdo de que no se prestase obediencia á ninguna contravención de los fueros. El descontento y la sobreexcitación eran aún más vivos por el reciente servicio concedido de 250 infantes para Flandes y de dos galeones, más la llegada del Juez mayor de Vizcaya, con objeto de pedir un donativo voluntario para el Rey, destinado á las guerras en que se hallaba comprometido. Una vez soliviantados los procuradores pedían que no fuesen diputados *los que vistiesen calzadas negras*, sino los aldeanos, como más celosos defensores de los derechos del país, y que se hablase en vascuence en las discusiones en vez del romance, pretendiendo esta y otras reformas ya denegadas en otras ocasiones.

Quedó en suspenso la aplicación del gravamen, y cuando parecían serenados los ánimos, las insidiosas acusaciones de los más exaltados contra varias personas principales, enardecieron las malas pasiones, originando atropellos, muertes y otros estragos, «y hubieran sido mayores las atrocidades á no haberlas atajado el cuerpo del Señorío, el Alcalde y Regimiento de Bilbao, los patricios y repúblicos, que unidos superaron la fuerza de los inquietos» (1).

Envió el Gobierno á reprimir el alboroto á D. Juan Alfonso de Idiáquez, Duque de Ciudad Real, heredero de las linajudas casas vizcaínas de Butron y Mújica. Congregó las Juntas en Febrero de 1633, y como los agitadores consiguieron atraerse á los representantes de las anteiglesias, no acertó el Duque á convencer á los descontentos; antes al contrario, la inquieta Asamblea acordó, no solamente que se reclamase de nuevo y con firmeza contra el estanco de la sal, sino denegar el pago del donativo ó tributo hasta la derogación completa

---

(1) *Escudo de la más constante fe y lealtad de Vizcaya*. Núm. 375.

del contrafuero, renovando además la solicitud de varios privilegios.

Mediaron largas y repetidas gestiones para resolver el conflicto, hasta que, por Real cédula dada en 12 de Mayo de 1634, se revocaron las providencias relativas al nuevo impuesto, expresándose el Monarca en estos términos: «Atendiendo á los señalados servicios que tiene hechos ese Señorío, y de presente hace y espera hará más adelante, como tan fieles y leales Vasallos, he tenido por bien mandar que goce de la paz y gobierno con que se gobernaba antes que se embiasen las nuevas Ordenes cerca de lo tocante á la Sal.» Y con fecha del día inmediato se promulgó la cédula de indulto, concediendo amplio perdón á los causantes de los desórdenes, «excepto aquellos jóvenes que trascendiendo la línea de la inculpada defensa de los Fueros havian concitado la multitud, turbado el sosiego público y dado principio á las violencias». El Duque de Ciudad Real prendió sigilosamente á los más comprometidos, á los cuales ajustició en la plaza pública y en la cárcel.

¡Cuánto más acertado hubiera sido para el Gobierno de Felipe IV no intentar el planteamiento de la medida niveladora, causa de tantos trastornos, y por epílogo del desprestigio de la Corona! Y sin embargo, obró Olivares, al corregir su yerro, con más acierto que pocos años después, cuando con su dureza provocó á los catalanes, con olvido del ensayo ya practicado en Vizcaya.

Obsérvese que la alteración del orden ocurrida en el Señorío no tuvo la menor tendencia afrancesada ni separatista. Así se deduce del examen de los documentos custodiados en los archivos vizcaínos, y compruébase también en el interesante estudio del asunto hecho por un escritor diligente, extraño al suelo vascongado. Atribuye á los agitadores esta frase arrogante: «El Monarca no tiene poder ni fuerzas para conquistar á Vizcaya, y aunque todos fueran contra ella, *de Francia, Flandes é Inglaterra vendrían en ocho días los socorros de*



*bastimentos y municiones necesarios, y gente si la quisiesen, aunque ésta nunca la habrían menester, porque bastaban los habitantes del Señorío para defenderse de todo el mundo. Alarmado al principio el Duque de Ciudad Real con aquella confianza, procuró averiguar su fundamento y echó de ver que eran todos sus juicios hijos de la fantasía, que sólo les servían para sustentarse en su daño y llevar adelante sus desatinos» (1).*

Aparte de que estas baladronadas carecían de importancia, por hallarse en contra de la sedición las personas principales del país, más partidarias de las artes de la diplomacia que de las asonadas, se ve que aún la idea remota de proveerse de armas en el extranjero se refería á tres naciones distintas, sin señalar *ninguna preferencia ni conexión*. Tampoco se trasluce ningún síntoma encaminado á promover la independencia de Vizcaya, limitándose el movimiento á una desobediencia pasajera, del mismo género que los motines promovidos en Madrid en 1680 por los zapateros, á consecuencia del bajo precio de la tasa, y en 1699 contra el Presidente Conde de Oropesa, y la Reina, por efecto de las intrigas puestas en juego para recoger la herencia del desventurado Carlos II. Y á pesar del adelanto de nuestra época y de la mayor suavidad de las costumbres, presenciamos en España con harta frecuencia espectáculos tan poco edificantes, ora sea por la supresión ó traslado de un obispado ó de una capitania general, ó bien por cualquier recargo en las tarifas de consumos, y aun por el simple cambio de guarnición de algún regimiento.

---

(1) *Rebeliones de Vizcaya en el siglo XVII*, por D. Eleuterio Delgado y Martín.

## REFORMAS INTRODUCIDAS EN EL RÉGIMEN FORAL

DURANTE EL SIGLO XVIII

### I

#### LA GUERRA DE SUCESIÓN EN ARAGÓN Y CATALUÑA

Llegó á tal extremo la postración de España al extinguirse la Casa de Austria, que fué precisa una crisis extraordinaria y un violento estremecimiento para hacerla resurgir del caos, á donde le condujeron los errores de una política desatentada y desprovista de buen sentido—según cierta ingeniosa frase—á nueva vida, no exenta de vigor, demostrándose así que el gigante vivía, aunque sufriendo transitorio aniquilamiento.

Durante aquel período desdichado, prestaron las regiones aforadas un concurso valioso á la Nación, como lo reconocen los historiadores imparciales. «¿Qué fué lo que nos sostuvo en medio de tanta flaqueza y adversidad como registra la historia del siglo XVII? A más del valor nativo en las poblaciones fronterizas á Francia, como Guipúzcoa y Cataluña, que con auxilio de fuerzas regulares acertaron á rechazar ó contener las invasiones francesas, nos sostuvo la alianza de familia con el Austria, etc.» (1). Y veamos el desarrollo de los sucesos desde la proclamación de Felipe V de Borbón.

---

(1) *Reinado de Don Felipe V*, por D. J. Maldonado Macanaz; obra en publicación. Tomo I, cap. I.

Las Provincias Vascongadas, muy celosas en la defensa de sus instituciones, pero siempre leales hacia Castilla, y más hábiles que otras regiones de la Península en adivinar los arcanos del porvenir, se decidieron desde el principio por el bando que resultó triunfante al término de la contienda, aceptando de buen grado la nueva dinastía; pero el provincialismo, también acentuado en los reinos de la antigua Corona de Aragón la acogió con recelo, porque escarmentada Cataluña de su pasajera veleidad francesa, comprendía, según observa el Conde de Robres en las *Guerras civiles*, «que una Monarquía centralizada y sistemáticamente adversa á toda representación popular, como la de Luis XIV, no podía ser propicia á los fueros. Encontrándose sumamente arruinados los pueblos de Castilla y muy favorecidos con sus exenciones los de Aragón, deseaban los primeros el alivio de los impuestos, y los segundos quien les observase inviolables sus leyes. Y como se persuadiesen en Castilla de *una segurísima paz* si recaía la corona en Don Felipe V, y, en consecuencia, exoneración de los tributos, y constituía para Aragón un golpe mortal un Príncipe *que ya no les respetase como fronterizos*, aplaudieron los castellanos el nombramiento de sucesor y lo sintieron los aragoneses.»

Aun cuando fué proclamado Rey de España el primer Borbón en todas las ciudades en los primeros meses de 1701, la Cuádruple Alianza le suscitó la guerra civil tres años después, comenzando el levantamiento por el reino de Valencia, á raíz del desastroso asedio de Gibraltar, ya ocupado por los ingleses.

No abrazó Cataluña el partido del Archiduque Carlos de Austria desde el advenimiento de Felipe V, el cual celebró Cortes en Barcelona desde el 12 de Octubre de 1701 al 14 de Enero de 1702, en cuya legislatura se dictaron 96 ordenaciones, confirmando en una de ellas «los privilegios, exenciones y libertades de comunes y particulares, eclesiásticos y seculares estilos del presente Principado, y revocando todos los actos y

abusos en contrario hechos» (1). A pesar de una sanción tan explícita de las libertades catalanas, no olvidó el nuevo monarca la tradición cesarista de su abuelo Luis XIV, al expedir varios decretos prohibiendo el cobro de los derechos de la Diputación; «ordenó alojamientos, cerró por tres años la Universidad y demás escuelas de Barcelona; interpuso su mandato en varias elecciones para cargos públicos; empleó la inaudita frase *obedeceréis aunque sea contra constitución*, y hasta en los asuntos de puro ceremonial mostró su propensión, aboliendo el privilegio que tenían los concellers de cubrirse en su presencia. El combustible hacinado con tan imprudente conducta, más manifiesta en numerosas persecuciones, secuestros y destierros, sirvió á Inglaterra y Holanda, aliadas para encender la guerra de sucesión, apoyando las pretensiones del Archiduque, á quien consideraron los catalanes como restaurador de las libertades patrias.»

Cundió la sublevación á Barcelona y Zaragoza, que cayeron en poder de los austriacos; pero la brillante victoria de Almansa, alcanzada en 1707 por las armas españolas y francesas contra los aliados, y la conquista de Zaragoza y de gran parte de Valencia por las tropas de Felipe V, le determinaron á expedir en 29 de Junio el decreto aboliendo los fueros aragoneses y valencianos, y dispuso al efecto que se rigieran en lo sucesivo por las leyes de Castilla, estableciéndose una Chancillería en cada capital.

Las razones consignadas en el preámbulo eran las siguientes: «Considerando haber perdido por la rebelión que cometieron, faltando al juramento de fidelidad que me hicieron como á su legítimo Rey y Señor todos los fueros, privilegios, exenciones y libertades que gozaban, y que con tan liberal mano se les había concedido, particularizándoles en esto de los demás Reynos de mi corona..... He juzgado por conveniente, así

---

(1) *Los Fueros de Cataluña*, por D. José Coroleu y D. José Pella y Forgas. Título V. *De la abolición de los Fueros*.

por esto como por mi deseo de reducir todos mis Reynos de España á la uniformidad de unas mismas leyes, usos, costumbres y tribunales, gobernándose igualmente todos por las leyes de Castilla, doy por abolidos y derogados todos los referidos fueros, etc..... facilitando Yo por este medio á los castellanos motivos de mi gratitud, dispensando en ellos los mayores premios y gracias tan merecidas de su experimentada y acrisolada fidelidad, y dando á los aragoneses y valencianos recíproca é igualmente mayores pruebas de mi benignidad, habilitándoles para lo que no lo estaban en medio de la gran libertad que gozaban antes.» (1) En esto debía aludir á la exclusión del comercio de América, reservado por el testamento de Isabel la Católica á los castellanos, y á los que podrían encontrar en la carrera de las armas y los destinos públicos al cesar la separación mantenida hasta entonces entre los diversos reinos.

Por Real decreto de 3 de Abril de 1711 se estableció en Aragón el nuevo régimen, creando al efecto la Audiencia de Zaragoza con dos Salas para lo civil y una para lo criminal. Se encomendó el gobierno *militar, político y económico* al Comandante general; constituyóse al propio tiempo la Junta ó Tribunal del Erario, y la Corona se reservó, no sólo el nombramiento de todos los vocales de la misma, sino el de las Justicias, Jueces, Corregidores, Alcaldes y subalternos de las ciudades, villas y lugares, salvándose tan sólo la legislación civil en aquel naufragio de las libertades aragonesas.

Los catalanes fueron más tenaces, y aun abandonados en Abril de 1713 por el Archiduque, quien al despedirse les relevó del juramento de fidelidad, se reunieron los brazos en el salón de San Jorge y nombróse una comisión para informar acerca de la conducta que convenía adoptar en tan críticos momentos. Aconsejó á la Asamblea la sumisión del Principado á Felipe de Anjou, recabando por gracia la confirmación de los fue-

---

(1) *Los Códigos Españoles*. Tomo VII Novísima Recopilación, libro III, Ley I.

ros de Cataluña. El Estamento militar y el eclesiástico asintieron sin repugnancia, mas no así el popular, fundado en que, según noticias, se había firmado la paz de Utrech sin dejar á salvo las libertades del Principado, *y en la experiencia trágica de la esclavitud de Aragón* (1). Al tener noticia de este belicoso acuerdo la nobleza catalana, adhirióse á la actitud de los síndicos populares, votando la guerra á España y Francia, que se declaró al son de timbales y clarines.

Para sojuzgar á los valientes defensores de Barcelona se necesitó la llegada del duque de Berwick con 20.000 franceses, en auxilio del ejército de Felipe V, y un terrible asedio con repetidos asaltos y aun el incendio de algunos barrios de la ciudad. En la noche memorable del 11 de Septiembre de 1714, lograron penetrar los aliados en medio de la espesa humareda producida por las llamas, y como epílogo de una lucha feroz sostenida en las calles y en los templos sucumbió la capital del Principado con un heroísmo comparado por los historiadores coetáneos al de Sagunto y Numancia, quedando á merced de Felipe V.

Conquistada la plaza dirigió las obras de la ciudadela el Conde de Roncali, realizándose el plan del Conde-duque de Olivares, el cual había ofrecido retirar las tropas reales de Cataluña, si le permitían levantar en Barcelona una fortaleza en Montjuich y otra en la ciudad. Quedó en suspenso la Diputación general y el Consejo de Ciento, y nombró el Rey una Junta de Gobierno del Principado, como poder interino, hasta que se efectuase con más sosiego la reforma de la Constitución política, y esto tuvo lugar con el decreto de *Nueva Planta*, dictado en 16 de Enero de 1716.

En 9 de Octubre inmediato dispuso Felipe V «que habiendo con la asistencia divina y justicia de mi causa pacificado enteramente mis Armas el Principado, tocaba á mi Soberanía establecer gobierno en él y dar providencias para que sus mo-

---

(1) Corolen y Pellá.

radores vivan en paz, quietud y abundancia: para cuyo fin habiendo precedido madura deliberación y consulta de Ministros de mi mayor confianza, he resuelto que se forme una Audiencia en la qual presida el Capitán General ó Comandante General de mis Armas, de manera que los despachos después de empezar con mi dictado prosigan en su nombre.» (1)

Representaba de antiguo la Audiencia á la jurisdicción regia, y Felipe V sujetó á ella las instituciones provincial y municipal, ó sean la Generalidad y el Consejo de Ciento. «En la ciudad de Barcelona habrá 24 regidores y en las demás ocho *cuya nominación me reservo* y en los demás lugares se nombrarán por la Audiencia. Los regidores no podrán juntarse sin asistencia del Corregidor ó Bayle.» Se mantuvo el Consulado marítimo y en virtud del nuevo régimen, hízose la unión de Cataluña á Castilla con comunidad de ciudadanía, entrando respectivamente unos y otros al desempeño de cargos en ambos reinos. Se conservaron los fueros civiles, es decir, la organización de la familia y de la propiedad; el procedimiento criminal y parte del régimen administrativo, aunque sujeto á una centralización absorbente. Las causas instruídas en la Real Audiencia, que antes se tramitaban y sentenciaban en latín, aunque admitiéndose las demandas y declaraciones en catalán, se substanciaron en lo sucesivo en lengua castellana; se siguió empleando la lengua nativa en los contratos y escrituras públicas, así como en bastantes documentos oficiales. Los impuestos se cobraron en adelante por un sistema parecido al de la Corona de Aragón y distinto del admitido en Castilla, y se mantuvo la exención del servicio militar, pagando en equivalencia por medio de un encabezamiento (2).

La reforma más radical consistió en la supresión de las Cortes catalanas, ó sea del poder esencialmente político, pero observa Dou que no consta taxativamente en la *Nueva Planta*

---

(1) *Los Códigos Españoles*. Tomo VIII, libro V, título IX, ley I.

(2) Ramón L. Dou. *Derecho público*. Tomo I, capítulo 56.

que se mutilase aquel organismo, ni abrigó Felipe V la idea de *unidad*, por cuanto legisló en muchos casos, especialmente para Cataluña, formando una especie de derecho exclusivamente local; pero, correspondiendo á la Corona la convocatoria de los Estamentos, cayó en desuso su reunión.

Consigna D. Manuel Danvila en *El Poder Civil en España*, (1) que desde el ingreso de la Casa de Austria se introdujo en Cataluña el uso más frecuente del sistema de *peticiones* tomado de las Cortes de Castilla, y la facultad en los Reyes de negarlas ó reformarlas de que apenas se encuentra un ejemplo en las épocas anteriores. Por otra parte, la decadencia de aquella institución era bien patente, puesto que habiendo presidido Pedro III *el Ceremonioso* veinticinco veces la reunión de los Estamentos, las redujo al régimen absoluto de los Austrias en el reinado de Felipe III á la única convocatoria de 1599; con Felipe IV á la de 1526, y Carlos II no las llamó ni una sola vez.

A nuestro entender quedaron de hecho muy quebrantados los fueros del Principado, aunque salvándose cierta autonomía en el orden civil y económico. Obsérvese que no estaba apegado el primer Borbón á la máxima cerrada de *un rey y una ley*, según lo demostró más explícitamente en el país vasco-navarro, y es probable que, sin la extremada obstinación é intransigencia de los catalanes en la temeraria lucha contra dos naciones poderosas sostenida desde el abandono por los aliados, se hubiese logrado salvar del naufragio, ya que no el funcionamiento frecuente de aquellas célebres Cortes, como base fundamental del gobierno privativo del Principado y aun de las regiones españolas, por lo menos, una vigorosa autonomía para la Generalidad y la administración municipal.

Son siempre funestas las guerras civiles, pero se agravan sus deplorables consecuencias cuando se mezclan los Gobiernos extranjeros entre los contendientes, y el empeño tenaz de co-

---

(1) Tomo II, título III, capítulo III.



locar en el trono al Príncipe austriaco nos costó la humillación de perder entre las garras británicas el Peñón de Gibraltar. Este hecho infortunado basta por sí sólo para explicar el interés del Reino Unido en la postración de España, y puede servir de clave para levantar el velo de la insidiosa guerra con que los corresponsales y los periódicos ingleses hacen coro á los filibusteros *yankees* en la campaña de difamación contra España y en favor de sus extraviados hijos de la Perla de las Antillas.

## II

### LAS ADUANAS EN VIZCAYA Y GUIPÚZCOA

La alianza de España con Francia durante la guerra de Sucesión, evitó las invasiones por la frontera de Guipúzcoa, y aun cuando el temor de un desembarco de tropas enemigas por la escuadra anglo-holandesa indujo á Luis XIV á ofrecer guarniciones para Fuenterrabía y San Sebastián, no se aceptó la propuesta.

Cada una de las provincias vascongadas facilitó á Felipe V en 1703 un regimiento de 600 plazas, armado y uniformado, guarneciendo además las costas y fronteras con sus tercios. Los buenos servicios hechos por Guipúzcoa los reconoció el Duque de Orleans en carta dirigida á la Diputación en Abril de 1707 en estos términos: «No es esta la primera vez que me consta la fidelidad y adhesión que siempre habéis mostrado á mi sobrino el Rey *Católico* (1).

Mas apenas se afianzó en el trono Felipe V, resentido, sin duda, de la pérdida de varios Estados sancionada por el tratado de Utrecht, é instigado por el Cardenal Alberoni, tuvo la

---

(1) *Historia de la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa*, por D. Nicolás Soraluce. Del año 1700 á 1808.

audacia de emprender la conquista de Sicilia, desafiando la enflaquecida España á la coalición de Inglaterra, Alemania, Holanda y Francia. Y como si no bastase para abatir á nuestros Ministros tan magno conflicto europeo, se intentó simultáneamente la *nacionalización* de las Aduanas de las Provincias Vascongadas, trasladándolas á la orilla del mar, correspondiendo con esta medida impolítica á su correctísima actitud durante la guerra de Sucesión. Claro está que todos los Gobiernos acariciaban el propósito de suprimir las trabas del tráfico interior, uniformando la percepción de derechos en las fronteras marítimas y terrestres; y la reforma de esta índole planteada en las costas de Valencia y de Cataluña, al alterar sus fueros, les indujo probablemente á intentar una innovación de carácter más limitado en la región cantábrica, pero no resultó el proyecto ni tan fácil ni tan llano como debió creerlo Alberoni.

Congregada la Junta general de Guernica en 21 de Octubre de 1717, acordó *acudir á la piedad del Rey antes de dar uso al decreto*, representando «que los vizcaínos tuvieron siempre libertad de comprar y vender todo género de mercancías, sin imposición alguna, dentro ó fuera del Señorío, manteniéndola los Reyes como retribución á sus leales y señalados servicios, y como precisa para la conservación de este territorio frágil; que por tales razones se mantuvieron siempre las Aduanas en Orduña y Balmaseda; que las libertades de los vizcaínos les han servido siempre de estímulo para concurrir voluntariamente en todas las urgencias de la Monarquía y durante el reinado feliz de Felipe V con donativos gratuitos y un regimiento de infantería, reclutado, armado, vestido y puesto en los parajes que designó el rey á costa del Señorío, el cual tiene de la misma manera custodiadas y en buen estado de defensa las fortalezas y baterías de sus costas; que el sostenimiento del comercio de Vizcaya es necesario para el bienestar de sus naturales, etc.....; por lo cual esperaba el Señorío de S. M. que le atienda con su paternal amor, para que con in-

mutable lealtad pueda concurrir con mayores esfuerzos á cuanto sea del mejor servicio y agrado del Rey» (1).

Había en las Provincias Vascas gran aversión al traslado de las Aduanas al litoral, por la creencia de que, encareciendo la vida por la necesaria importación de artículos extranjeros, produciría la ruina del país; y como no recayese resolución favorable en las gestiones practicadas para derogar la Real cédula, comenzó á manifestarse el descontento en los tumultos de Vergara y de Begoña. Reunidos en esta república los labriegos el 4 de Septiembre de 1718, bajó un tropel de gente á Bilbao, dirigiéndose los alborotadores á casa del Corregidor y luego á la del Diputado D. Enrique de Arana, cuyo domicilio saquearon, incendiando también en Begoña el palacio del Marqués de Vargas y en Abando el de Allende.

No pudo reunir el Alcalde de Bilbao durante la noche á los vecinos armados para reprimir con energía el desorden, y en la mañana siguiente se acrecentaron las turbas con aldeanos de todas las anteiglesias próximas, y cada vez más enardecidos y ébrios asesinaron al Diputado foral Arana por acusarle, con evidente falsedad, de cómplice en el establecimiento de las Aduanas, y cegados por la furia y la impunidad cometieron toda clase de atropellos, saqueos y muertes, sin que salvase á las víctimas la inmunidad de los conventos. El intento de incendiar á Bilbao, mirado con no poca ojeriza por el país rural, se conjuró gracias á la actitud resuelta de sus habitantes; pero cundieron los desmanes á otras villas y lugares, pereciendo alevosamente en Ochandiano el Marqués de Rocaverde y D. Antonio Recalde; en Bermeo, el segundo Alcalde de Bilbao y su señora, resultando otras muchas personas maltratadas en diferentes puntos durante aquellos vandálicos sucesos de la *Machinada*.

Antes de que se desbordase la furia popular con ímpetu tan insano, había representado la Diputación á S. M., mani-

---

(1) Sagarminaga, tomo III, capítulo IX.

festándole «que la imprudente conducta del Administrador de la Aduana de Bilbao y el codicioso é indecoroso modo de sus Guardas ha dado motivo á que mis Hijos, havitadores de mi Tierra-llana del Infanzonado, se manifiesten ofendidos de que sus Mujeres é Hijas sean inmodestamente atropelladas con el pretesto de ser registradas á la entrada y salida de dicha mi Villa con verduras y densas viandas que diariamente traen á vender á la Plaza» (1).

En cuanto el Gobierno tuvo conocimiento de los motines de las Vascongadas, envió al General Loya con 3.000 hombres de infantería y caballería, que entraron en Bilbao el día 11 de Noviembre. Llegaron también el Fiscal del Real Supremo Consejo de Castilla y el Juez mayor de Vizcaya, quienes procesaron á los delincuentes y sus cómplices. Instruídas las causas, se ajustició á dieciséis reos, colocándose sus cabezas en varios pueblos del Señorío, algunas de ellas en el Arenal de Bilbao, en la plazuela de la Encarnación y en la Sendreja, y se condenó á presidio, á galeras ó á destierro, á cuantos aparecieron complicados en la rebelión, sufriendo estos castigos hasta el indulto concedido en 22 de Diciembre de 1726.

En este agitado período emprendió Felipe V las conquistas de Italia, que nada interesaban á la Metrópoli, é invadida Guipúzcoa en 1719 por 20.000 franceses á las órdenes del Duque de Berwick—que pocos años antes servía á la causa española—y bloqueada la costa por las escuadras aliadas, olvidaron las Provincias sus resentimientos para levantar los tercios y prepararse á la resistencia. Defendióse Fuenterrabía durante dos meses, alcanzando una honrosa capitulación, y San Sebastián, mal provisto de víveres y de municiones, rechazó con brío un asalto y se entregó después.

Supuso el Marqués de San Felipe que hubo alguna precipitación al rendirse estas plazas fuertes; pero como Felipe V regresó desde Lesaca hacia Pamplona, por no considerarse

---

(1) *Escudo de la más constante fe y lealtad*. Núm. 397.

con fuerzas suficientes para acometer á los invasores, quedó abandonada Guipúzcoa á sus propios recursos y sin esperanza de socorro. Comprendiéndolo así, ordenó el Rey á las autoridades de San Sebastián «que en viendo abierta la brecha capaz de entrarla por asalto, tratase de capitular» (1) y el Ministro Alberoni autorizó por Real orden de 24 de Julio la entrega de Fuenterrabía.

Penetró el ejército francés en Vizcaya, é invitada su Diputación por el General jefe para entablar negociaciones, tomó por único acuerdo el de enviar al Rey la carta original (2). Después de cubrir los deberes del honor militar, prestaron las tres provincias su sumisión al conquistador, y así continuaron hasta el año 1721, en que, ajustada la paz, evacuaron los franceses el territorio español, volviendo al dominio de su Monarca legítimo. Lejos de mostrarse resentido Felipe V por la conducta de Guipúzcoa, cuando al término de la guerra se le presentaron en San Lorenzo los diputados de la provincia, les dijo: *Yo la estimo y la quiero por su fidelidad y amor.*

Continuaban las Aduanas en la lengua del mar, á pesar de las repetidas solicitudes del Señorío para su traslado á Orduña y Balmaseda; pero cambió el giro de las gestiones cuando el Contador de rentas generales del Estado se encontró con una baja en la recaudación de 64,80 millones de maravedís en el período de tres años (3), y después de muchas consultas é informes acordó el Gobierno derogar la providencia, quedando ultimados los detalles en los *Estipulados* de 1727.

---

(1) *Diccionario Geográfico é Histórico de España*, por la Real Academia de la Historia, año 1802; tomo II. San Sebastián.

(2) Sagarminaga. Tomo III, cap. X.

(3) *El Señorío de Bizcaya* por D. Arístides de Artiñano, cuarta parte; capítulo III.

## III

## CAMPAÑAS CONTRA LA REPÚBLICA FRANCESA

Influyó mucho durante el siglo XVII en la decadencia de España la escasa capacidad de nuestros reyes y gobernantes, y, por el contrario, al renacimiento nacional hecho ostensiblemente en los reinados de los primeros Borbones contribuyó, no sólo la mayor aplicación de los monarcas á los negocios públicos, sino su mejor tino, por regla general, para escoger los ministros. Pero como si éste desgraciado país se hallase perpetuamente condenado á sufrir el yugo de enfatuados validos, tuvo la desdicha de caer en 1792—cuando por la revolución francesa se avecinaban guerras y complicaciones sin cuento—en manos del inexperto D. Manuel Godoy, elevado á la temprana edad de veinticinco años, desde modesto guardia de Corps á Teniente general, Duque y jefe del Gobierno de Carlos IV.

Fué el anciano Conde de Aranda partidario acérrimo de la política exterior pacífica, que hoy llamamos de no intervención, pero prevaleció la tendencia guerrera, y formados tres ejércitos para cubrir la frontera pirenaica, se determinó invadir Francia por Cataluña, respondiendo con entusiasmo la Nación á la lucha con los sanguinarios demagogos de la primera República. No pudo ser más brillante para las armas españolas, ni para el insigne General jefe Ricardos, la campaña de 1793 en las faldas francesas de los Pirineos orientales, y en las operaciones dirigidas por D. Ventura Caro, allende el Bidasoa, con menos elementos y la orden de mantenerse á la defensiva, se sostuvo el crédito de nuestras tropas, mientras los

ejércitos austriacos y prusianos sufrían grandes descalabros en las fronteras de Francia.

No se presentó la guerra con tan buenos auspicios en el año siguiente, porque la Convención pudo reforzar considerablemente sus huestes del Pirineo, y el fallecimiento de Ricardos privaba á los españoles de un caudillo de gran prestigio. En efecto, después de la desgraciada batalla de Boulou, invadió el enemigo á Cataluña, y sufrimos la vergüenza de contemplar la entrega de la fortaleza de Figueras, hecha sin oponer la menor resistencia, á pesar de sus 9.000 hombres bien armados y de sus recursos de víveres y material para mucho tiempo (1); debiendo consignarse que la cobardía inaudita procedió de los jefes de la guarnición, mientras los somatenes y miqueletes demostraban en aquellas abruptas montañas su coraje y gran antipatía hacia los franceses.

Se había acrecentado el ejército republicano del Pirineo occidental hasta 60.000 hombres, con el propósito de obligar á España á pedir la paz para atender con mayor desahogo á las campañas de Italia y del Norte. En cambio, no proporcionaba Godoy al General Caro los refuerzos que le pedía, ni pudo reunir más de 20.000 soldados de todas armas—entre los que sólo se contaban 8.000 del ejército regular—para extenderlos en una línea dilatada (2), de manera que era decisiva la desproporción entre las fuerzas beligerantes.

Después de un combate afortunado para nuestras armas entre Vera y Biriatú, debió ver muy comprometido aquel General el resultado de la campaña y dimitió, sustituyéndole el Conde de Colomera, que contaba setenta años. «Era más que temeraria la lucha por el aumento diario de las fuerzas francesas con batallones aguerridos procedentes de la *Vendée* y del Norte, no tardando en dejarse sentir el anuncio de

---

(1) Reinado de Carlos IV, por el general D. J. Gómez Arceche. Tomo I, capítulo VIII.

(2) Arceche. Tomo I, cap. IX.

los proyectos ya decisivos del enemigo, al considerarse con los medios suficientes para invadir nuestro territorio» (1).

Inició el General Moncey el movimiento de avance de tan formidable ejército por Arquinzun, en donde corrió grave peligro de caer prisionera toda la división española; continuó su marcha victoriosa por el Baztán, replegándose los nuestros á Santisteban, y Colomera consideró más prudente que la defensa de la fuerte posición de San Marcial retirarse á Hernani, y poco después á Tolosa.

Solo contaba la guarnición de Fuenterrabía—según varias obras francesas, que, como observa el General Arteche, no dejarían de exagerar el número de sus defensores—con 600 ú 800 soldados, ó sea una guarnición insignificante, y no pudo resistir; intimada la rendición á la plaza de San Sebastián, capituló también, por encontrarse tanto la autoridad militar como la civil en absoluta imposibilidad de una defensa regular.

Originó este hecho graves censuras relativas al comportamiento de los guipuzcoanos en aquella invasión; pero aparte de la defensa fundamentada en los *Registros de las Juntas* y otros documentos oficiales que hizo D. Nicolás Soraluze (2), hay un dato significativo de aquel desgraciado accidente. Al Gobernador militar de San Sebastián y al Alcalde Michelena, se les sometió á un Consejo de guerra que, como veremos después, les impuso castigos de poca monta, aun mediando cierta pasión revelada en los documentos del proceso, mientras se condenaba simultáneamente á la pena de muerte al Brigadier Torres y á otros jefes de la guarnición de Figueras, calificando su conducta en el decreto de indulto de *indecorosa, vil é ignominiosamente criminal*, y no les libró la gracia de la degradación, ni del destierro perpetuo.

El Conde de Colomera participó en 6 de Agosto de 1794 al

---

(1) Arteche. Tomo I, cap. IX.

(2) *Fueros de Guipúzcoa*. Parte III. V. Guerra.



Señorío de Vizcaya: que «habiendo los enemigos, *por sus crecidas fuerzas*, penetrado en Irún, se vió precisado á retirarse hasta Tolosa, en donde había tenido noticia de las capitulaciones de Fuenterrabía y de San Sebastián, no dudando que siguiendo Vizcaya su antigua y acreditada fidelidad, defendería su frontera y le auxiliaría con fuerzas por no ascender las suyas—del General jefe—*á cuatro mil hombres*, á fin de sostenerse y contener los progresos de los enemigos» (1), prueba evidente de que el Gobierno, ya sea por falta de medios ó por otras causas, tenía en el mayor abandono al ejército del Norte.

Vizcaya, en cambio, se condujo con verdadero heroísmo en aquella campaña: había armado en masa el país, y al leerse en las juntas de Guernica el oficio de Colomera, hubo una explosión de entusiasmo, ofreciendo todos los apoderados *derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la religión, de S. M. y del Señorío*, y acordaron que la gente alistada se repartiera en tres tercios: el primero para ir á Tolosa, el segundo para defender la frontera vizcaína y el último de reserva. Cada uno de estos cuerpos contaba con 8.000 hombres, y si no marchó á reunirse con el General jefe el designado para ir á Tolosa, fué *porque éste decidió no mantener aquella posición* (2).

Con las fuerzas vizcaínas, auxiliadas con algunas otras procedentes de Alava y de Guipúzcoa, se riñeron en el invierno de 1794 y la primavera siguiente, varias acciones en Sasiola, el monte Azcárate, Musquirichu é Iciar, *en que con rara excepción salieron siempre mal parados los franceses* (3). Y aquella vigorosa resistencia la expuso Tallien á la Convención, afirmando según consta en el *Manifiesto histórico*, que los ene-

---

(1) *Manifiesto histórico de los servicios que ha hecho el M. N. y Muy Leal Señorío de Vizcaya en la última guerra con Francia*. Año de 1798.

(2) Arteche, t. I, cap. X.

(3) Idem, id. id.

migos de Francia más tenaces eran los vizcaínos, extendidos en número de 14 á 20.000 hombres en los desfiladeros y bosques del país.

Continuaban los combates en la línea del Deva, disputando los franceses con el mayor encarnizamiento la posición de Musquirichu en los días 17 y 24 de Junio, pero simuló Moncey el ataque á Elosua, dirigiendo el 28 á Sasiola el mayor núcleo de sus fuerzas, y consiguió romper la línea del Deva y ocupar á Marquina y Motrico, obligando al General Crespo á retirarse á Mondragón. «Los españoles combatieron bizarramente en aquella jornada; pero los franceses, con muchas fuerzas y maniobrando más reunidos y siguiendo un plan bien meditado, se hicieron irresistibles». Y prueba cuanto antecede que la resistencia presentada por los vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses, detuvo al invasor desde el 6 de Agosto de 1794, hasta fin de Junio del 95, ó sea durante el largo período de once meses.

PABLO DE ALZOLA.

*(Se continuará.)*

# MARRUECOS

---

Renta de impuestos.—Ingresos.—Explicación.—Las aduanas marroquíes por dentro y fuera.—Proyecto de Aduana en Ceuta.—Consejo sanitario.—Mustaf.—Gastos.—Su distribución.—Consideraciones.—La verdad de los tesoros.—Recaudadores de contribuciones.

Q El gran trabajo y el verdadero *busilis* del *Májsen* lo constituye la renta de impuestos; todo lo demás se considera en Marruecos, y en efecto lo es, accesorio. Si ha de creerse que esto significa toda la ciencia infusa que tiene que resolver un Gobierno, séanos lícito decir que el *Mágreb* representa en ello el todo de sus concepciones políticas y administrativas. Sigue, no un sistema, sino una tradición, en cuanto á método y manera de cobrar. ¿Cómo habría de creerse que una sociedad teocrática y fatalista, que no considera como cierto nada de lo que difiera de ambas teorías, podría conocer de Hacienda pública ni de Economía política, en el concepto que las naciones europeas tienen de estas ciencias? En las cuestiones económicas se observan contradicciones frecuentes, allí donde no rige una ley financiera ni hacendista. Contradicciones, que diría Proudhon, capaces de acabar con la paciencia; contradicciones ingénitas en el seno de los partidos militantes, que llevan consigo mudanzas extemporáneas en el modo de apli-

car la balanza mercantil, y que, naturalmente, tienen que producir nefastos resultados en el mercado interior y en el exterior. No son las leyes económicas caprichosas, ya lo sabemos, ni se puede implantar hoy el librecambio y mañana el proteccionismo. Mientras los Estados mantengan unos con otros relaciones de esta índole, mientras haya tratados mercantiles, se impone una mayor fijeza de miras en estas cuestiones; y por lo mismo que existe la estabilidad en las naciones civilizadas, existe también el deber en los Gobiernos de adelantarse á las ocurrencias futuras, prever las contingencias venideras y no arruinar por ende á los pueblos, comprometiendo sus intereses financieros con el azar de imprevistos sucesos. Pero Marruecos, dichoso país en el que sólo se piensa en dormir y cantar, en gozar placeres sensuales y salir á la guerra fratricida, sigue la rutina tradicional, y atentos los aduaneros á lo que ellos creen conveniencia, así aconsejan al *visir* de la Hacienda para que dicte leyes á su capricho.

He aquí la lucha: el pueblo, que no quiere pagar; el sultán, que cobra por la fuerza.

Vivir sin trabajar, aunque sea con detrimento del bienestar, es el placer del moro. Y como la tendencia es la misma en gobernadores y gobernados, administrados y administradores, y, además, las necesidades de la vida palaciega son algo mayores que las de kabileños y *dcháres*, los funcionarios del *Májsen* desconocen las concepciones administrativas que muchos pueblos cultos hoy tienen, y se entregan á punibles actos, que así sólo les facilita el logro de sus aspiraciones.

La mismísima idea tiene formada el sultán de lo que es su pueblo, y en este concepto, el sueldo mayor de que disfruta un primer ministro no excede de cinco pesetas diarias. Así, el sultán da á sus empleados carta de libertad para que moralicen y sean probos en el desempeño de sus destinos.

Creo que ha de ser curioso conocer los ingresos y gastos generales de la nación marroquí. Al efecto, en el *Specchio del Imperio di Marocco*, en los estudios de Lenz, en los de Serruys,

y muy principalmente en los de Kardec, encontramos datos estadísticos y financieros del Gobierno de Marruecos, que valen mucho, máxime cuando es tarea muy difícil esta de echar cuentas, siendo así que ni los mismos gobernantes conocen á ciencia cierta estos problemas.

## Ingresos aproximados.

|                       | <i>Pesetas.</i>   |
|-----------------------|-------------------|
| 1 — Aduanas . . . . . | 6.500.000         |
| 2 — Achúr . . . . .   | 4.500.000         |
| 3 — Náiba . . . . .   | 3.500.000         |
| 4 — N' káss. . . . .  | 3.500.000         |
| 5 — Hedia . . . . .   | 2.500.000         |
| 6 — Deyat . . . . .   | 750.000           |
| 7 — Jesia. . . . .    | 200.000           |
| 8 — Krá . . . . .     | 150.000           |
| <i>Total.</i> . . . . | <u>21.600.000</u> |

La renta de Aduanas es siempre la que ocupa el número uno de los ingresos. Estas son en la actualidad doce, y por orden de importancia en la recaudación se expresan: Mogador, Salé y Rabat, Tetuán, Tánger, Larache, Casablanca, Safí, Mazagán, Azemur, Mamora (Mehedia), Santa Cruz y Arcila.

En cuanto al *Achúr*, es el diezmo prescrito por el Korán. El Código malekita—en práctica en Marruecos—fija este impuesto teocrático en la cuadragésima parte de las cosechas y rebaños. Antiguamente se pagaba este tributo en especies; pero en la actualidad se satisface en dinero. Los territorios de la *soberanía religiosa* pagan todavía, por lo general, en especies cuando el sultán les envía sus tropas á cobrar. La repartición se hace por los *umána*, de acuerdo y aconsejados por los jefes de mezquita y los alcaides, en la pascua del *ansára*, que es una fiesta agrícola muy parecida á la de San Juan en país cristiano. Recientemente, el *achúr* se ha dividido en *achúr* propiamente dicho, impuesto sobre las cosechas, y *zekkát*, im-

puesto sobre las bestias, que comprende asimismo el *Tertib*, ó gravamen sobre las bestias de carga. Debemos hacer observar que las tribus del Guich no pagan más que el *Tertib* en especies, pues en cambio dan la contribución de sangre, á la que aportan numerosos contribuyentes, todos afectos á la causa imperial. En un principio, el *Tertib* era dar una bestia por cada cuarenta; pero como el Gobierno y sus agentes tienen de sobra para los servicios oficiales todas las caballerizas de las tribus del Guich y muchos mulos, camellos y asnos que pertenecen á la Administración sherifiana, que dispone de inmensas dehesas, decidió fijar el impuesto en dinero, bajo las bases siguientes:

Bueyes: el valor de uno por cada treinta cabezas.

Caballos: exentos de impuestos, pero sometidos al *Tertib*, en caso de escaseces.

Ganado mular: ídem.

Cabrío: ídem.

Camellar: uno por veinte.

Asnos: iguales condiciones que el *Tertib*.

La *Naiba* es una contribución que sostiene las obras públicas, entretenimiento de empleados del *Majsen* de viaje, *muna* á los viajeros provistos de documento especial del sultán, á los personajes oficiales extranjeros y á los emisarios del sultán. De ella están exentos, además de los Guich, las tribus seminómadas y nómadas, salvo en el caso de que el mismo sultán sea el viajero. También entran en la *Naiba* las cargas militares extraordinarias, ya en caso de guerra contra una invasión de rebeldes ó ya de cristianos. También bajo el mismo nombre figura la contribución de regalos al sultán cuando se verifican ciertas festividades religiosas y las bodas del emperador ó de sus hijos. Estas contribuciones que engloba la *Naiba* son causa constante de revoluciones y disgustos, por lo mismo que generalmente resulta arbitraria la distribución del impuesto y que á ellas se amparan los del *Majsen* para pretestar gastos que no existen. Muy amargos fueron los días últi-

mos del reinado de Solimán, que hubo de luchar encarnizada-mente con muchos rebeldes á satisfacer una exagerada *muna*. Abd Erkahusén y el Hassan también tuvieron que sofocar importantes sublevaciones con el mismo motivo. Actualmente, son causa de serios disgustos las variables cantidades que señala la *Naiba*.

El impuesto más productivo que antiguamente gozaba el Gobierno marroquí, era el llamado *N'kass*. Hoy, como llevamos dicho, el número uno pertenece á las Aduanas. *En-n'káss* serían los *consumos* en España, unidos á la contribución industrial. Es la renta de las mercancías al entrar en determinadas poblaciones, el tanto por ciento de zoco, y una tarifa especial aplicada sobre los almacenes, molinos, fábricas de babuchas, de hilados, de cerámica, sedas, harinas, pólvora, etcétera, etc. En la costa fué suprimido este arbitrio, incluso la ciudad de Tetuán que está separada del mar unos siete kilómetros; bien es verdad que la supresión *in partibus* de esta contribución obedecía á una de las bases estipuladas en el convenio de Madrid de 1880.

*Hedia* es el *regalo* que voluntariamente hacen los habitantes del Imperio al sultán en la fiesta del *Aid El-Quebir*, y, por regla general, los propietarios señalan una cantidad fija, por lo que el cálculo aproximado del total fluctúa en dos millones y medio de pesetas. Unos le regalan como emperador y otros como jefe supremo de la religión del Magreb; de manera que de adictos y rebeldes saca *hedia* el monarca musulmán. En la tarde de la Pascua recibe solemnemente el sultán á los representantes de Fez y demás ciudades y tribus que van á llevarle el *regalo*.

La *Jesia* es un impuesto de capitación que pagan los judíos establecidos en el territorio del Gobierno imperial. Desde la edad de trece años paga cada israelista cuatro pesetas anuales.

La historia de este tributo, cuyo argumento conocíamos sin detalles, hé aquí como nos la explica el ilustrado autor de *Un Boulevard de l'Islam*: «Cuando los Reyes Católicos expul-

saron á los israelitas, en aquella ocasión muy numerosos en España y acusados de haber hecho traición á los cristianos en favor de los musulmanes, las comunidades judías enviaron una gran diputación al sultán de Marruecos, pidiéndole asilo. La petición fué bien recibida en la corte y los judíos autorizados para establecerse bajo la protección de S. M. Cherifiana entraron en Marruecos, aceptando ciertas obligaciones, como vivir en barrio separado, pagar una contribución, recompensa anual, no usar babuchas como las de los musulmanes y practicar determinadas costumbres de menos importancia. Permittedseles el culto talmúdico en comunidad, y toda libertad religiosa, privilegios á los que jamás han faltado los Gobiernos.» El acta fué firmada ante *adules* ó notarios, y colocada sobre la tumba de Idris, fundador de Fez, donde aún se encuentra, en la principal mezquita feci.

Permítasenos hacer una observación, que exceptúa este caso de la regla general. En el siglo pasado, uno de los sultanes hizo destrozarse la judería de Tetuán antes de que entrasen los españoles que tenían cercada la población, y así eran ellos los que se aprovechaban de las primicias del botín. Cuando se fueron de Tetuán los españoles y la población volvió á ser musulmana, el sultán concedió, después de muchas peticiones y disputas, que se reconstruyera la judería en terrenos de un particular, cuya familia aún vive en dicha ciudad, pagándole un canon muy reducido por su propiedad; pero, á condición de que no se construyeran edificios para sinagogas. En efecto, las 19 que hay en Tetuán se hallan en otras tantas casas particulares, en cuyas habitaciones, las más amplias, sirven de templos. En ellos se cumplen tan precisamente las leyes religiosas israelitas, que el *mel-lah* de Tetuán tiene fama de ser su más religioso y exacto cumplidor. Los hebreos de Tetuán viven en tan estrechos lazos que, aunque exceden de 10.000, más bien semejan cariñosa familia que pueblo.

Las confiscaciones, derechos de tribunales y multas, se conocen bajo la denominación de *Deyat*.



El *kra* es el seis por ciento de interés al año que devengan los alquileres de casas y propiedades del Gobierno.

\*  
\* \*

Los derechos aduaneros se fijan en artículos de importación y exportación. Las tarifas, si bien varían en las de exportación, son necesariamente fijas en las de importación, para responder de los compromisos comerciales de país á país. Estas son el diez por ciento *ad valorem*, aunque en determinados artículos ha habido modificaciones con posterioridad al año de 1890.

Sin embargo, no calcule el lector á partir de esta tarifa especial; porque, en realidad, el Estado no cobra más que un cinco ó seis por ciento, ya que hay la escandalosa costumbre, aceptada por aduaneros y comerciantes, de presentar facturas *ad hoc* á mitad de precio, con lo que resultan mermados en un cuarenta ó cincuenta por ciento los derechos. Esta causa, unida á la movilidad frecuente de los empleados, que por lo común no se sostienen más de un par de años en sus cargos, facilita el fraude, y no ha de ser escaso, por cuanto que es fama que los aduaneros son los que con más lujo viven y más pronto aportan un capital, que en manera alguna podrían reunirlo con un sueldo de diez á doce reales diarios.

Hay verdadero pugilato en la corte por optar á la provisión de destinos, y personas que están perfectamente informadas conocen detalles de estas oposiciones, que delatan á las claras la inmoralidad que desde los altos poderes trasciende á los ramos todos de la política y de la administración del Estado marroquí. Es cosa corriente y moliente que la destitución de un gobernador ó alcaide ó bajá se haga en cuanto deja de hacer regalos á visires y magnates, nombrando inmediatamente al opositor que más dinero y regalos presente al Gobierno.

E. M.—Julio 1897.

Por lo común lleva con su nombramiento una autorización para prender y encarcelar al gobernador, alcaide ó bajá saliente, que sin otro delito, ni acusación, ni motivo, ni procedimiento judicial, pasa á las cárceles, donde concluye su existencia entre hambres y miseria, sin ver la luz del día ni fiar esperanzas en la suspirada libertad que todos bendecimos.

Otro tanto ocurre con los notarios, cuyo distintivo es un sellito de plata para lacre, en el que van grabados el nombre y rúbrica del sultán, la fecha y algunas alabanzas al Ser Supremo; pero si el nombramiento es arbitrario y untoso, son los empleados más estables y rara vez se ven destituídos de manera tan brusca y frecuente.

En cuanto á los administradores de las Aduanas ya se sabe. Preséntanse ante el mismo sultán, ante los visires y demás cortesanos, dispuesta la bolsa y franco el dinero. Conseguida su colocación, empiezan á recaudar sus pérdidas y logran una fortunita en poco tiempo. Acuden también los aduaneros al procedimiento de cobrar en especie, vendiendo luego en pública subasta las existencias de esta renta, negocio quizá el más pingüe que presenta la administración de las Aduanas marroquíes.

Los impuestos sobre los artículos de exportación generalmente fluctúan entre el diez ó el doce por ciento del valor de la mercancía, y constituye una buena renta para el Estado, contando el comercio con Melilla y Argelia, que en cuanto á exportación da un producto de tres á cuatro millones de pesetas. Sin embargo, en cuanto á esta renta, los cálculos posibles dependen de la cosecha más ó menos abundante, pues que la exportación de Marruecos prepondera y casi la monopoliza el grano. En las escaseces, dicta el sultán orden prohibitiva de exportación; así se concibe que estos derechos sean tan desiguales, que á veces constituyen cantidad insignificante y otros años ascienden á seis ú ocho millones de pesetas.

Téngase en cuenta que en estas cifras no entra el fraude escandaloso que se verifica tanto por las costas como por el

interior á espaldas de los administradores de las Aduanas, y si sumamos el que favorecen dichos empleados hay que suponer una mitad de fraude y otra mitad de obvenciones declaradas.

No hace mucho tiempo, las Aduanas estaban arrendadas por comerciantes indígenas, generalmente israelitas; pero esta práctica, que de antiguo venía cumpliéndose, fué abolida por el Hassan, padre del actual monarca, que rehuyó también de la venta de monopolios, clasificados bajo el nombre de *Tahuit*. Lo cierto es que los monopolios y la renta de Aduanas daban al Gobierno peor resultado que su actual administración.

Inclúyese también en las rentas aduaneras el tributo, que resulta nominal para el Gobierno, llamado *Mustaf*. Es el derecho que satisfacen los buques por anclaje en puertos. El *Mustaf* está administrado por el cuerpo diplomático de Tánger, para atender á los gastos del llamado *Consejo sanitario*, en el que delega el sultán sus poderes para todas las cuestiones marítimas y costeras.

Este Consejo sanitario atiende á la higiene pública en Tánger, al pago de empleados sanitarios europeos en puertos de mar y ríos, á las medidas cuarentenarias, despacho de papeles de buques y conservación reglamentada del lazareto oficial establecido en la Uzleta, que da frente á la bahía de Mogador. Goza de verdadero prestigio, y es quizá la única renta marroquí que ni sufre merma, ni está expuesta á fraudes, ni sometida al escarnio de la sociedad, como las anteriormente enumeradas.

Hablar aquí del régimen interior de las Aduanas marroquíes sería repetir lo que todos sabemos perfectamente, porque de alguna utilidad nos ha sido la intervención española en aquellos establecimientos cuando, á raíz de la guerra gloriosa de 1860, cobró nuestro Gobierno la famosa indemnización.

Un artículo cuya exportación produce bastante al Gobierno de Marruecos, es el de las sanguijuelas. España importa de

nuestro vecino país tripa salada, que utilizan en Extremadura, ganado vacuno y lanar, pieles y otros productos; pero su comercio con Marruecos es muy reducido, llevando la primacía el Reino Unido de la Gran Bretaña.

El comercio general de Marruecos, según datos de Oscar Leuz, fué:

|                     |                     |
|---------------------|---------------------|
| Importaciones ..... | 20.114 725 francos. |
| Exportaciones ..... | 17.332.950 id.      |
| Que suman.....      | <u>34.447 675</u>   |

Y el movimiento marítimo, según el mismo estadista, 1.130 buques con 322.625 toneladas.

\*  
\* \*

Los detalles más precisos de la distribución de gastos del Gobierno marroquí, son los siguientes, por orden de importancia numérica:

|                                                                                                                                                                                                          | <u>Pesetas.</u>   |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------|
| Tropas. — Entretenimiento, sueldos, material, encargos de municiones y armas al Extranjero.....                                                                                                          | 7 000.000         |
| Sueldos de dignatarios, funcionarios, representantes del sultán en Tánger, de los <i>umaua</i> , aduaneros, tesoreros receptores, regalos á funcionarios por servicios especiales y extraordinarios..... | 1.550.000         |
| Gastos de la casa del sultán... ..                                                                                                                                                                       | 700.000           |
| Jardines, cuadras, almacenes, edificios, residencias imperiales, casas, marabuts, garitones, atalayas y <i>burchs</i> : su entretenimiento.—Baterías de los puertos y del interior.....                  | 600.000           |
| Ofrendas á las grandes mezquitas y santuarios, á las hermandades religiosas, á las cofradías mahometanas y á los cherifes de Taflete y Tuat.—Regalo á la Meca. . . . .                                   | 400.000           |
| Regalos á los jefes de los Gobiernos extranjeros, á los emba-                                                                                                                                            | <u>10.250.000</u> |

|                                                                                                                                                                           | Pesetas.   |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------|
| <i>Suma anterior</i> . . . . .                                                                                                                                            | 10.250.000 |
| jadores, á las embajadas al Extranjero, misiones políticas y<br>confidenciales. . . . .                                                                                   | 250 000    |
| Gastos secretos de política interior, fondos secretos, gastos<br>políticos, correos, gastos secretos de política exterior. . . . .                                        | 200.000    |
| Recibimiento y manutención de embajadores, cónsules en-<br>cargados de misión á la Corte, personajes de distinción,<br>musulmanes y extranjeros. ( <i>Muna</i> ). . . . . | 200.000    |
| Sostenimiento de buques, remolcadores de puertos, ponto-<br>nes, capitanes de puertos. . . . .                                                                            | 250.000    |
| Sueldos de diversos agentes oficiales.—Misiones confidencia-<br>les en los pueblos islámicos. . . . .                                                                     | 170.000    |
| TOTAL. . . . .                                                                                                                                                            | 11.320.000 |

No llega completo este dinero á sus respectivos destinos. Ya sabemos en lo que consiste.

La Hacienda resulta beneficiosa para el sultán, porque, si comparamos, resulta que sus ingresos fluctúan entre los 21.600.000 pesetas que hemos dicho, y los gastos aproximados alcanzan solamente 11.320.000, quedando un beneficio anual de pesetas 10.280.000 á favor de los sultanes.

Este sobrante se reparte entre el tesoro de Guerra, reserva metálica afecta al sostenimiento de la dinastía reinante, depósito para atender á compromisos de política interior ó exterior, que luego se reintegra á la corona y, por último, tesoro particular del sultán, de sus hijos y familia, que sostiene á los numerosos *schúrfa* pobres de la dinastía hasta el tercer grado consanguíneo.

Hablemos ahora de ese famoso tesoro, falseado en cuanto á cantidades y lugar que ocupa por muchos escritores europeos.

Ese gran tesoro se encuentra en Tafiote, bajo la custodia de libertos de toda la confianza del sultán. Da guardia al tesoro un centenar de *buéjer*. Aquel oasis es la cuna de la actual dinastía, y el Hassán, pocos meses antes de su muerte, ordenó

la construcción de un soberbio palacio en los alrededores del edificio donde se encuentran dichas cantidades, palacio que no sabemos si se habrá concluído. Ahíto el Hassán de reclamaciones y embargos, de visitas é influencias extranjeras, creía, y creía muy bien, que trasladándose á treinta y cinco días de la costa, se libraría de percances y conflictos nuevos y podría cumplir á más y mejor sus decantados y conocidos planes políticos del «tarde, mal y nunca», en que estriban las tres gracias de las gestiones diplomáticas cerca de los marroquíes. Pero, astuto y sagaz el monarca, porque no le convenía alejarse por mucho tiempo de Fez, corazón y cabeza del Imperio, hizo saber su decisión de pasar la primavera en Tafílete, época del año en que suelen ir las embajadas á Fez, por ser el tiempo en que más facilidades presentan al viajero los caminos y temperatura. La muerte acabó con todos sus placeres, que no eran pocos.

En el tesoro de Tafílete ingresan las cantidades cada tres ó cuatro años, ya preparadas para dormir largo sueño, y la alta inspección y responsabilidad principal de ellas están á cargo de una familia de *schúrfa*, parientes cercanos del sultán.

Otra parte de las reservas, pero no tan grande, se halla en Mequinez bajo la guardia de los *bukkara*. Hempso hacía la descripción siguiente, á todas luces algo exageradilla, de la tesorería de Mequinez:

«..... El edificio que encierra en Mequinez el tesoro está confiado á la guardia de 2.000 negros descendientes de los *bukkára* (Hempso les llama *bókaris*). Exteriormente está protegido por espeso muro que lo circunvala, construído de piedras enormes, ligadas por cementos y llaves de hierro. El edificio está hecho de grandes piezas de hierro con buena envoltura de albañilería, modelo de perfección. El primer pabellón encierra un segundo, construído en las mismas condiciones de solidez y á toda prueba de inviolabilidad. Allí se encierran las habitaciones donde hay barras de oro, oro y plata en monedas, y piedras preciosas. Para abrir cada habitación hay cinco

puertas que salvar, con cinco cerraduras cada una, que son modelo de ingenio y resistencia.»

La llave principal se encuentra en poder del sultán, y las demás bajo la guardia de esclavos favoritos, que tienen á grande honra heredar el cargo.

En Fez y en Marraquech hay también tesoros imperiales, pero de menos importancia, siendo el de Fez más rico y para el servicio exclusivo de los gastos particulares extraordinarios del sultán.

En resúmen. El tesoro antiguo, el famoso, dinástico y religioso, se encuentra en Tafilete. Otro dinástico está repartido entre Fez, Mequinez y Marraquech. Y, todos, suman unos 250 millones de duros, si hemos de creer las palabras que el Garnit dirigió á un amigo íntimo en ocasión que el lector conocerá perfectamente:

«Si es necesario, les haremos la guerra. Tenemos 250 millones de duros en reserva, con los cuales el sultán puede dar muna durante más de cinco años á todas las tribus bereberes y montañesas, para la guerra contra los..... si nos llevan á tal extremo.»

En Tafilete hay mucho oro francés, alguna cantidad de doblas de oro españolas, y, sobre todo, muchos miles de duros en plata española, si son ciertas las hablillas de la corte. También hay respetable cantidad en piedras preciosas, que se heredan de dinastía en dinastía.

---

Los recaudadores de contribución necesitan en muchos casos la ayuda de soldados que, imponiéndose por la fuerza, consiguen hacer cumplir las disposiciones emanadas del sultán.

Kábilas hay donde un verdadero ejército sostiene lucha abierta con los contribuyentes, se encarniza la pelea y, por lo general, siempre salen perdiendo los paganos, que además se ven en la necesidad de dar *muna* al ejército invasor.

FELIPE RIZZO Y ALMELA.

# CRÓNICA LITERARIA

---

## ALGO SOBRE LA PRENSA PERIÓDICA

En el curso de la historia literaria (no en alguno de los *Cursos* que se imprimen y dan como textos universitarios, sino en el curso real de los hechos) adviértese una como vida de los géneros. De principios oscuros y pequeños levántanse á gran altura las principales de estas divisiones literarias; después mudan y se transforman; por último decaen y mueren. Hay sin duda algo, y aun mucho, de metáfora en esto de la vida de los géneros, pues un género literario no es en realidad un ser viviente, pero su mudar se asemeja al de los seres vivos. Estas mudanzas opéranse también en las demás artes, aunque son más visibles y fáciles de observar en las Letras.

¿Qué son hoy, por ejemplo, la epopeya y la tragedia clásica? Géneros muertos, como lo están entre las lenguas el latín y el griego antiguo. Y así como es posible que un humanista escriba una epístola ciceroniana ó imite un epigrama de Anacreonte, puede un erudito imitar las formas de la tragedia y la epopeya; mas estas reconstrucciones no dan vida á tales



géneros. Son restauraciones artificiosas, arqueológicas, juegos de espíritus muy cultivados, que suprimen en cierto modo la limitación del tiempo, y saben evocar y *vivir* en lo presente lo pasado. El hecho es que hoy no pueden escribirse *Iliadas* espontáneas, ni nada que se acerque á este tipo de obras. Ni hay público para ellas, ni la inspiración literaria toma ese camino.

El lugar de los géneros muertos, ocúpanlo otros nuevos. De uno de estos, popular por excelencia, y de los más influyentes en las sociedades contemporáneas, quiero decir en esta Crónica algunas palabras para que alternen con los juicios acerca de determinadas obras literarias (que forman comunmente el objeto de estos artículos) apreciaciones generales sobre los fenómenos literarios que á nuestra vista se desarrollan, y sobre los diversos géneros y las varias tendencias de la literatura contemporánea.

El género á que me refiero es la prensa periódica. ¿Es la prensa un género? Desde luego puede afirmarse que es algo más que una forma especial de publicidad. Los escritos más genuinamente periodísticos presentan ciertos caracteres genéricos que permiten ver en ellos una unidad colectiva: una especie, un género. La tendencia enciclopédica de los periódicos hace que estén representados en sus columnas géneros literarios que no son *per se* periodísticos (v. gr., cuando insertan cuentos ó poesías líricas, etc.); pero esto es accidental en los *papeles públicos*, y lo genuino y propio de ellos tiene caracteres especiales bien determinados.

Al hablar de la prensa, me refiero á la prensa propiamente dicha, no á todas las clases de publicaciones periódicas: esto es, al periódico diario político y de noticias, en que aparecen también generalmente algunas variedades literarias. Las revistas no tienen una fisonomía tan acentuada como la de los periódicos; son más bien una forma de publicidad, que una especie ó tipo particular de producciones literarias ó científicas. La *Revue des Deux Mondes*, que es, por decirlo así, el

tipo de la revista clásica, inserta novelas, obras históricas y filosóficas, relatos de viajes, etc., que luego aparecen en volúmenes sin variación alguna y sin que se diferencien esencialmente de las obras semejantes que no han sido insertas en revistas antes de publicarse en libros ó folletos. Esto, que puede decirse igualmente de la mayor parte de las revistas, indica que los trabajos de éstas no necesitan revestir una forma especial para hallar cabida en tales publicaciones. Lo peculiar de ellas se reduce á las crónicas de sucesos políticos, de literatura, bibliografía ó ciencias, que es lo que las relaciona con los periódicos y las asemeja á los mismos.

Las revistas modernas, en que predominan los extractos ó resúmenes, se aproximan más todavía á los periódicos; pero ni unas ni otras, ni tampoco los semanarios de literatura, de menor extensión y profundidad que las verdaderas revistas, y los cuales suelen ser recopilaciones de escritos de diferentes géneros, principalmente satíricos, tienen caracteres tan claros y definidos como los del periódico diario.

\*  
\* \*

Nadie niega la importancia grande de la prensa como instrumento político. Hanla llamado algunos cuarto poder, y aparte la determinación del número, no andaban muy desca- minados. La importancia de los periódicos como elemento de información y de publicidad dentro del mecanismo complica- do y la marcha rápida de la vida moderna, no hay tampoco quien no la reconozca, siquiera sea implícitamente; prueba de ello es que hasta los más refractarios á las ideas y costum- bres modernas, los más enemigos de la prensa y del régimen de publicidad que supone, leen periódicos, aunque no sea más que para enterarse de las noticias de interés general que con- tienen.

Mas, por lo que toca al aspecto literario, no se concede, ni con mucho, igual importancia á los periódicos. En realidad, es muy escasa la que se les reconoce. La masa general de los lectores, sobre todo de los lectores de periódicos de gran circulación, no hace caso de eso. No busca primores literarios en la hoja cotidiana, sino noticias y apreciaciones políticas, prefiriendo en las últimas, al atildamiento y corrección de la forma, la energía, y aun á veces el descaro y el desenfreno. Y en cuanto á las personas leídas, es lo común que muestren no poco desdén hacia la literatura periodística, juzgándola pedestre y superficial, reñida con el saber y con la elegancia retórica.

Antes de procurar poner en claro lo que representa la prensa desde el punto de vista literario, y la influencia que ejerce sobre la literatura, conviene parar la atención un momento sobre lo que es, considerada en conjunto, sobre las funciones que desempeña y los elementos que la componen.

\*  
\* \*

Es verdaderamente maravilloso el progreso realizado por la prensa en un período de tiempo relativamente breve. En la historia de las instituciones sociales acaso no se hallará otro ejemplo de desarrollo tan rápido, de crecimiento tal en recursos, esfera de acción é influencia. Ha llegado á ser la prensa en las sociedades modernas un poder verdadero, uno de esos poderes de opinión, cuya fuerza no es inferior en muchas ocasiones, y aún es superior en algunas, á la de los poderes oficiales establecidos en las leyes, y que representan las manifestaciones superiores de la autoridad pública. Tan es así, que se habla á veces, con algún fundamento, de la dictadura de los periódicos, si bien justo es reconocer que á estas dictaduras elevadas sobre la persuasión es fácil combatirlas y derrocarlas por los mismos medios de donde ellas reciben su fuerza;

que además sólo son posibles en momentos excepcionales, y que las hace efímeras lo tornadizo é inconstante de las muchedumbres; debiéndose advertir también que, cuando la prensa ejerce esas momentáneas dictaduras, casi siempre peligrosas, concurren circunstancias independientes de la acción de los periódicos: fuertes corrientes de opinión, exaltaciones colectivas que aquellos pueden extremar ciertamente, pero que no les es dado producir casi nunca de un modo artificial. La dictadura de la prensa se parece mucho á la de los demagogos antiguos elevados por las multitudes. En uno y otro caso hay una acción recíproca entre el director aparente y los dirigidos. La masa empuja á su caudillo, y éste arrastra á la masa, siendo grande el riesgo de que pare la desordenada carrera en el abismo.

\*  
\* \*

La prensa es muy moderna. Puede decirse que es de este siglo. Ciertó que antes se publicaron Gacetas diferentes, que eran á modo de bocetos de periódicos, y que en la época de la revolución francesa (que históricamente es el principio de este siglo, aunque cronológicamente pertenezca á los últimos años del XVIII), hay un activo periodismo político, mezcla de arengas pseudo clásicas y de escandalosos libelos. Y aún podrían hallarse *precedentes* muchísimo más remotos á la prensa, pues este género de buscas y de hallazgos es de lo más fácil que imaginarse puede, de tal suerte, que hay precedentes de todo y para todo, siempre que haya quien tenga paciencia y curiosidad para buscarlos, y posea también imaginación suficiente para basar sobre algún rasgo de más ó menos lejana semejanza la relación de parentesco entre las cosas añejas y las actuales.

Nació la prensa política con el sistema parlamentario ó de

Asambleas legislativas, y fué en sus principios complemento y auxiliar necesario del nuevo régimen constitucional. En los Estados modernos, compuestos de territorios dilatados y sujetos á un régimen relativamente centralizador, no hubiera habido fácil comunicación entre el país y el Parlamento á no contar éste con un medio eficaz de publicidad que llevase á todas partes el eco de sus deliberaciones y de sus acuerdos; que al propio tiempo difundiera la educación política necesaria para crear un cuerpo electoral, y preparase, *formando opinión* en uno ú otro sentido, las tareas de las Cámaras y la acción de los partidos políticos, que existen en todo sistema de gobierno, pero adquieren mayor importancia en el parlamentario, necesitando dentro de él de una organización estable y de eficaces instrumentos de propaganda.

Era, pues, al principio, el periodismo político una secuela de las nuevas formas de gobierno que sustituyeron al antiguo régimen. Venía á suplir los obstáculos de tiempo y espacio que la extensión territorial de las nacionalidades modernas pone á aquella fácil comunicación entre el pueblo y las Asambleas que vemos en los Estados antiguos, constituídos por una ciudad y por un número relativamente corto de ciudadanos, que se enteraban sin trabajo, en la plaza pública, del curso de los negocios políticos.

Con el tiempo la prensa ha ido adquiriendo importancia propia, y ese primer papel que desempeñó de complemento del régimen parlamentario, no es ya lo principal en los periódicos. Basta comparar el puesto preferente y la extensión que ocupaban en los periódicos de antaño las reseñas de las sesiones de Cortes y el lugar y extensión que ocupan en los actuales, para comprender el cambio operado. La prensa es hoy un elemento político que existe por sí y tiene su razón de ser en sí mismo. Goza de vida propia, ha dejado de ser complemento ó secuela de otra cosa. Tan rápidos han sido su emancipación y encumbramiento que, particularmente en los países donde la representación parlamentaria es en gran parte figurada y

ficticia, por defectos de educación política y de interés general en los negocios públicos ó por otras causas unidas á las anteriores, la prensa ejerce una influencia superior, en ocasiones, á la del Parlamento. Influencia real y efectiva que no se apoya en artículos de la Constitución ni está sujeta á reglas legales y que, por lo mismo, es ejercida con irresponsabilidad casi absoluta, sin otros límites apenas que los de la propia prudencia, pues las sanciones penales no asustan por lo general á los periódicos, ni tienen eficacia (por razón de su excesiva severidad teórica), á menos que no estén interesadas en hacerlas cumplir clases ó instituciones poderosas.

\*  
\* \*

La prensa es un género muy complejo, ó, si se quiere, un compuesto de varios géneros diferentes. Pero ante todo, es oratoria. Oratoria escrita, que viene á sustituir á la discusión de las antiguas Asambleas populares, á las arengas del Foro ó de la Agora. Y este carácter es más marcado en países como España, en cuyas costumbres no han arraigado las reuniones públicas como medio de propaganda, presentando siempre los *meetings* ó Asambleas que se celebran algo de falso y de teatral; de representación arreglada de antemano, en que se va á convencer á los que están ya convencidos y saben sobre poco más ó menos lo que allí va á decirse.

La mayor parte de los defectos de la prensa se explica con sólo fijarse en este aspecto de los periódicos. Tal como ellos son, ha sido siempre la oratoria popular: efectista, apasionada, más obediente á los variables sentimientos de las muchedumbres que á la razón y á la justicia, más atenta á las circunstancias del momento que á los intereses permanentes de la comunidad; vehemente, superficial, inconstante; hábil y terrible en la crítica y la censura, torpe y de cortas miras en

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

las soluciones positivas; arma, en fin, poderosa para destruir y de gran utilidad cuando se aplica á la destrucción de lo malo, pero instrumento débil é ineficaz para edificar cosas sólidas y permanentes.

Han variado tan poco en lo esencial los caracteres de las luchas políticas, á pesar de la mudanza de ideas, de costumbres y de organización de los Estados, que leyendo con atención los periódicos actuales pueden descubrirse en ellos muchos rasgos de los bandos y facciones de las democracias antiguas. Los artículos de los periódicos populares se parecen mucho á los discursos de los demagogos y de los agitadores de la plebe. Adulan las pasiones colectivas (como el deplorable fondo de jactancia que hay en nuestro carácter nacional), piden con frecuencia medidas arbitrarias sin curarse de la observancia de las leyes; proponen remedios estupendos para arreglar las mayores dificultades; deciden á la ligera de la paz y la guerra; crean reputaciones de un día, extremando al principio la lisonja, como extreman luego el olvido, y no están exentos de la inclinación demagógica á la tiranía, á una dictadura irregular é ilegítima que gobierne á gusto de las masas, aunque después venga el diluvio.

Los de enfrente, los periódicos gubernamentales, se parecen á su vez á los oradores de los aristócratas, á los abogados de los ricos. Las vacilaciones y equilibrios son su característica. Tienen inclinación decidida al *justo medio*, á dejar en todo alguna puerta franqueable para la rectificación ó la retirada. Les domina la superstición del *precedente*, de lo *establecido*, de lo *normal*. Inferiores en pasión y en atrevimiento á sus contrarios, suelen ganarles en la habilidad y en la ironía.

El *más eres tú*, la argumentación *ad hominem* figuran entre sus recursos favoritos. Aventajan por lo común á sus adversarios en la solidez de la doctrina; pero éstos les superan á su vez en calor, en atrevimiento y en franqueza.

\*  
\* \*  
\*

Además de esta parte oratoria, contienen los periódicos otra que puede denominarse histórica. Esta parte es la información, el relato de hechos que solicitan la atención de las gentes ó en algún modo las interesan. Es historia recogida al tiempo de hacerse ó antes de llegar *al acto*. Historia menuda, cominera; tomada sin escrúpulo de todas las fuentes y que forma un inmenso repertorio, un enorme almacén de datos contemporáneos, que será probablemente la desesperación de los historiadores del porvenir, obligados á buscar entre este enorme fárrago de referencias contradictorias la verdadera realidad y el verdadero sentido de los acontecimientos. Esta parte es acaso la que mejor aprecia el público en los periódicos y la que más contribuye á la gran difusión de éstos.

Bajo uno y otro aspecto, como oratoria escrita y como crónica cotidiana, la prensa es un género compuesto. Busca, antes que la belleza literaria, la utilidad, fines políticos ó fines de información que prevalecen sobre el fin estético. Con esto queda dicho que es, desde el punto de vista literario, un género subalterno; mas no se sigue de ahí que ejerza poca influencia en la literatura, ni que carezca de todo valor literario.

En países como España, en que apenas se lee otra cosa que periódicos, esta influencia es grandísima. Los géneros literarios superiores influyen menos en los periódicos que éstos en aquéllos. Lo contrario sucede en Francia, por ejemplo. Allí es la literatura propiamente dicha la que influye en los periódicos, y ha llegado á hacerlos verdaderamente literarios y esmeradísimos en el estilo, hasta en la parte política y de información general.

Influye el periodismo en la literatura, en primer término influyendo sobre el lenguaje. Que esta influencia es grande se demuestra con sólo considerar que los periódicos son la lectura más frecuente de la inmensa mayoría de los que leen algo y aun la lectura única de muchos de ellos. Los periódicos, reflejando el tipo corriente de la lengua hablada, han ayudado á que se admita en las obras literarias cierta llaneza de ex-



presión que antes era rara. Prestan la autoridad de lo impreso—poderosa para muchas gentes—á no pocas locuciones familiares y son fácil vehículo de vocablos nuevos, no siempre de formación acertada ni de buen origen. Tal vez la prensa, dando entrada en el lenguaje literario á las formas de uso vulgar, á las locuciones familiares, ha contribuído no poco á modificar el estilo castellano, quitándole majestad y elegancia, dándole acaso mayores naturalidad y viveza, y aproximando de tal suerte la lengua literaria escrita á la lengua familiar hablada, que es lo común escribir como se habla y parece arcaica y artificiosa la magnificencia y riqueza de la retórica tradicional.

Esta influencia de la prensa sobre el lenguaje suele ser juzgada severamente. Es muy común la idea de que los periódicos están mal escritos y corrompen el idioma. Pero la verdad es que, en conjunto, no resultan inferiores á otros géneros que han alcanzado ó alcanzan grande aceptación. Peor escritas estaban las antiguas novelas por entregas; peor escritas están, por lo general, las obras del flamante género chico, y eso que estos son géneros (en la intención al menos) completamente literarios, mientras que la prensa es un género bello-útil, es decir, que no persigue como fin principal el de ofrecer á sus lectores modelos de literatura, sino que tiende á aplicaciones prácticas.

Hay que atender también á las condiciones en que se escriben los periódicos. La necesidad de improvisar se opone al esmero literario y aun á la corrección de estilo. Es seguro que los más famosos literatos, si se vieran obligados á ejercer la función de periodistas, no escribirían tan bien como pueden hacerlo disponiendo de tiempo para limar sus escritos y de libertad para elegir temas y asuntos, libertad que en los escritores de periódicos está frecuentemente coartada por las exigencias de la actualidad.

Hay, por otra parte, en la prensa, una gran desigualdad, así en el estilo como en todo. Depende de que en la compleja

labor de los periódicos toman parte elementos muy diferentes y de valor muy distinto, desde verdaderos literatos que podrían sobresalir en cualquier otro género de Letras, hasta personas que sólo tienen de la gramática la intuición del uso y las vagas reminiscencias de la escuela de primeras letras. Tiene que diferenciarse mucho naturalmente el lenguaje de unos y otros, y no es raro que predominen en número los segundos: ¿en qué género ó en qué profesión no están en mayoría los inferiores?

Influyen también los periódicos en las letras por medio de la crítica. Esta es una de las secciones que han llegado á *especializarse* ó á *diferenciarse* en la prensa. Y aunque no siempre tienen la debida competencia los *especialistas* encargados de esta tarea, ni tampoco son siempre imparciales, no puede negarse que sus juicios ejercen alguna influencia en el público, sobre todo en aquella parte, muy considerable, de él, que no lee los libros de que hablan los críticos, y, por consiguiente, tiene que creer á estos últimos bajo su palabra. Justo es reconocer que en esto se va adelantando algo en la prensa, y que se va distinguiendo en ella la verdadera crítica de las noticias bibliográficas enviadas por los editores, ó redactadas de prisa y corriendo sin leer otra cosa que la portada y el índice de los volúmenes.

A este adelanto de la crítica literaria en los periódicos han contribuído: por una parte la creciente colaboración en la prensa de literatos distinguidos que no son periodistas profesionales; por otra, el uso general de la firma en este género de trabajos.

El anónimo es, en efecto, uno de los obstáculos mayores para el progreso de la prensa. Muchas de las procacidades, muchos de los desaciertos y desatinos de ésta se evitarían si el uso de la firma estableciese de un modo claro é indudable la responsabilidad individual en cada escrito. Y á la vez no se daría el caso, tan frecuente hoy, de que periodistas meritísimos se viesan postergados y obscurecidos, fuera del círculo

limitado de las *gentes del oficio*, después de haber contribuído quizás al injusto encumbramiento de muchas medianías y hasta de algunas nulidades.

El uso de la firma ha contribuído á que sea la prensa francesa la primera del mundo en amenidad, ingenio y perfección literaria. A una medida política de desconfianza, encaminada á restringir la libertad del periodismo francés (como fué la que desterró el anónimo), debe aquél, según han reconocido muchos de sus más autorizados representantes, el grado de progreso á que ha llegado, sin perder por eso parte alguna de su libertad.

Ninguna reforma conviene tanto como ésta á la prensa española. No sólo desde el punto de vista del decoro profesional y desde el punto de vista literario, sino también en lo que toca á la depuración y rectificación de la influencia social de los periódicos, sería el uso de la firma origen de indudables adelantos y remedio de muchos males. Ganarían con ello seguramente el fondo y la forma de los escritos periodísticos y ganarían también sus autores.

Tal vez contribuiría esto á remediar cierta estrechez de horizontes, cierta timidez ó apocamiento intelectual que en las cuestiones de principios se observa con frecuencia en los periódicos, y que sorprende en ellos, osados y aun temerarios en otras cosas. Reina, por lo general, en la prensa un cierto espíritu de rutina, de exagerado respeto á la opinión del vulgo, al *sentido común* de grueso calibre y cortos alcances; una tendencia *oportunista*, que sirve de disculpa á las mayores inconsecuencias y hace que los que se llaman liberales discurren á veces como reaccionarios y los reaccionarios como radicales avanzados. Es frecuente oír, en descargo de estas anomalías, todos los lugares comunes pertinentes al caso: la apología del *espíritu práctico* y del *sentido de la realidad*, la condenación de las *abstracciones* y de las *utopías*; frases huecas, emitidas sin convicción, para encubrir la falta de ella y la carencia de ideas fijas y de verdaderos principios.

Nadie que tenga seso confundirá con el verdadero sentido de la adaptación histórica de las ideas, ni con aquella prudente transacción entre lo tradicional y lo progresivo, que es la base de los verdaderos adelantos, esa subordinación de todo ideal á las impresiones del momento, á las conveniencias de un partido ó de un hombre público, ó, lo que es peor, á los gustos y bajas pasiones de la plebe. Este vicio de la prensa ejerce una verdadera influencia deletérea en el país y tiene su castigo en el descrédito que ha reportado al periodismo.

Es este una gran escuela literaria y una gran escuela política. Ambas cosas por el mismo concepto: porque obliga al contacto continuado con la realidad, y pone al periodista en la situación de un espectador, que, colocado en buen puesto, ve desarrollarse ante sí muchos y variados acontecimientos. «La historia—ha dicho Freman—es la política pasada y la política la historia presente.» En este sentido el periodista ve *hacerse* la historia y contribuye á hacerla..... Pero la realidad y la historia son algo más que el fenómeno fugitivo, que el día en que vivimos, que la apariencia pasajera, que la opinión transitoria del momento.

Es ministerio de la prensa recoger y pesar todos estos fugaces accidentes; mas como datos, no como reglas de conducta ni como inspiraciones de criterio. Si tal autoridad les da, acorta su vista y empequeñece su horizonte: consiente en mirar el mundo por un agujero, pudiendo contemplarle desde la cima de una montaña.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# LA PRENSA INTERNACIONAL.

---

## EL EMPLEO DE LA VIDA.

( Conclusión. )

### XVII

#### LA TRANQUILIDAD DE ÁNIMO Y LA FELICIDAD

La prosperidad y la felicidad distan mucho de ir siempre juntas; y muchas personas son desgraciadas, aunque parecen tener todo lo necesario para ser felices. La naturaleza puede dar sin tasa á «su poderoso preferido», como dice el profesor Huxley, pero no puede hacerle feliz; eso le incumbe á él solo. Una vida de triunfos en la tierra está llena de peligros y de cuidados. El hombre que no tiene en sí los elementos de la dicha, no los encontrará en la belleza, ni en la variedad, ni en los placeres ó los intereses del mundo. «Para unos—dice Schopenhauer,—el mundo está desierto, causa hastío y carece de sentido profundo; para otros es rico, interesante, y está lleno de sentido». Si sabemos conducirnos, la felicidad vendrá por sí sola; pero no debe perseguírsela con demasiado ardor. Nuestra alegría más grande «desciende á los infiernos si, como

Orfeo, nos volvemos para mirarla» (1). Huid de los placeres y os perseguirán.

No penséis continuamente en vosotros mismos; no estais solos en el mundo.

«No busquéis el recreo—dice Ruskin,—pero estad siempre dispuestos á divertiros.» Es una gran cosa el saber convertir la vida en una sucesión de placeres, aunque sean de poca monta.

El sentido humorístico, por ejemplo, es un don que sólo el hombre posee. Pudiera preguntarse si los animales piensan, pero según todas las apariencias no conocen la risa. «El día más perdido de todos es aquel en que no nos hemos reído»—dice Chamfort.—En efecto, ¡qué placer el de oír una risa alegre! ¡Cómo parece regocijarse todo!

«Un corazón alegre anda todo el día; un corazón triste se cansa al cabo de una milla.»

«El buen humor—decía uno de nuestros obispos—forma las nueve décimas partes del espíritu cristiano. Y si os encolerizais, que no se ponga el sol sobre nuestra cólera. Dos no riñen si uno no quiere: no seais el otro de los dos.»

Personas hay que pasan el tiempo quejándose: si nacieran en el Paraíso, aún habrían encontrado medio de quejarse de algo. Por el contrario, las hay que son felices en todas partes; no ven sino belleza y dulzura en cuanto les rodea.

«¡En qué Paraíso podría convertirse la tierra si pudiese quedar enterrado para siempre el temor, si la esperanza fuese duradera y fuese eterno el amor!» (2).

El buen humor es un gran tónico moral. Como el sol hace entreabrirse las flores y madurar los frutos, de igual manera el buen humor, el sentimiento de la libertad y de la vida, desarrolla en nosotros todos los gérmenes de bondad y todo lo que en nosotros hay mejor.

---

(1) Dallas.

(2) Morris.

El buen humor es un deber para con los demás. Hay una antigua tradición que pretende que se puede encontrar una copa de oro allí donde el arco iris toca al suelo; del mismo modo hay personas cuya sonrisa, cuyo timbre de voz, cuya sola presencia parecen, á semejanza de un rayo de sol, trocar en oro todo cuanto tocan.

Los hombres nunca se dejan abatir si conservan su buen humor. «Un corazón alegre es una fiesta continua para los demás como para sí mismo.» La sombra de Florencia Nightingale curaba más enfermos que sus medicamentos; y si compartimos la carga ajena aligeramos la propia.

Ciertas personas parecen creer que el buen humor supone indiferentismo; sin embargo, no hay ningún vínculo necesario entre ellos. «La alegría y el buen humor, que constituyen uno de los mayores beneficios para la humanidad—ha dicho el doctor Arnold—acompañan con frecuencia al pensamiento más profundo, al cariño más tierno, y con mucha mayor gracia que cuando van unidos á la insustancialidad ó á la dureza de quien ante Dios es un majadero.»

Hay muchos hombres cuyo nacimiento es una condena á trabajos forzados perpetuos. Pero esto no se refiere sólo á los pobres. Los ricos trabajan en nuestros días con tanto ahinco y á veces aún más.

Aparte de eso, ¡cuántas personas hay á quienes el dinero mismo hace desgraciadas, y cuya vida no conoce tranquilidad ni paz!

No podemos evitar el sufrimiento en este mundo; pero si lo deseamos podemos elevarnos por encima de él. Para hacerlo, conviene llenar nuestra memoria de bellas imágenes y felices recuerdos.

Todo el mundo querría divertirse, pero pocos saben hacerlo. El hombre no se da cuenta de toda la dignidad y de toda la ventura de la vida.

No abultéis las pequeñas contrariedades de la vida hasta convertirlas en grandes pruebas. «¿Qué penas hay en esta

vida—dice Cicerón—que puedan parecer grandes al hombre conocedor de la eternidad y de la grandeza del universo? Porque ¿hay algo en el conocimiento humano ó en el breve espacio de esta vida que pueda parecerle grande al sabio? Su espíritu está siempre de tal modo sobre sí, que nada inesperado puede acontecerle.»

Con mucha frecuencia nos figuramos estar mortalmente heridos, cuando sólo tenemos un arañazo. «Un médico á quien se llamó para curar una insignificante herida—cuenta Feller—envió por un emplasto á toda prisa.—¿Tan grave es mi herida?—dijo el enfermo.—No,—respondió el médico—sino que podría curarse ella sola antes de que vuelvan.» El tiempo nos cura de nuestros males, como de nuestras heridas.

«Un ingenio cultivado—dice Mill (y no pretendo referirme á un filósofo, sino á toda inteligencia á quien se hayan facilitado las fuentes del conocimiento y hecho ejercitar en cualquier grado sus facultades)—encontrará inagotable interés en todo cuanto le rodea: en los seres de la naturaleza, en las obras del arte, en las fantasías de los poetas, en los hechos de la historia, en las vías de la humanidad pasada y presente y sus perspectivas futuras. Sin duda, es posible llegar á sentir indiferencia por todo eso, aun sin haber agotado su mayor parte; pero sólo es porque desde el comienzo no supo encontrar en ello un interés moral ó humano, por haberse limitado á buscar una satisfacción de la curiosidad.»

Vivimos en un mundo de flores, árboles y hierbas; de ríos, lagos y mares; de montañas y de claro sol. La naturaleza es alegre para quienes están alegres, ofrece un consuelo á quienes saben aceptarlo.

«La mañana estaba esplendente de sol, serena y hermosa; una bruma aromática llenaba los aires; era tan suave el tiempo, que parecía como si hubiese vuelto la primavera para transportar con sus besos el mundo á un ensueño de felicidad» (1).

---

(1) Morris.



Pero para apreciar lo bello hay que tener el sentido de la belleza. Oímos muchas veces hablar de la inteligencia del perro y del elefante; no hay motivo para creer que el más hermoso paisaje del mundo les cause ningún placer.

Personas hay que, no teniendo que hacer otra cosa, se quejan de aburrirse; pero entonces la causa del aburrimiento está en ellas mismas.

«Si un hombre instruído, con buena salud, ojos, manos y tiempo á su disposición no encuentra objetivo á su existencia, es que el Omnipotente ha dado todos esos bienes á quien no los merecía.»

Ni la riqueza ni la alcurnia nos aseguran la felicidad. Sin amor, caridad y paz del alma, quizá seais grandes y poderosos, pero no seréis felices.

Dice un cuento persa, que sintiéndose desgraciado el Gran Rey, consultó á sus astrólogos. Dijéronle éstos cómo el único medio de ser feliz era llevar puesta la camisa de un hombre que, en absoluto, fuese dichoso. Buscóse por la corte y entre todas las clases acomodadas del país, pero en vano: ¡imposible encontrar ese hombre! A la postre se dió con un campesino que volvía de trabajar, quien llenaba todas las condiciones requeridas. Era absolutamente feliz, pero ¡ay! el remedio era más inaccesible que nunca. Porque el hombre..... ¡no tenía camisa!

Ya he demostrado, como los hombres más cuerdos lo han reconocido, que la felicidad no puede comprarse con dinero, ni exigirse por poderío. Las coronas de los reyes están á menudo erizadas de espinas.

«La masa de los hombres — dice Hierón á Simónides en el *Banquete*—se deja engañar por las exterioridades de la tiranía; no me extraña, puesto que la multitud parece juzgar, sobre todo, por los ojos, de la felicidad y la miseria ajenas. Pues bien; la tiranía despliega ante todas las miradas los bienes que parecen de subido precio, haciendo gala y ostentación de ellos; al paso que los tiranos guardan sus penas en el fondo de

su alma, donde, en efecto, residen la felicidad ó la desgracia de los hombres.

«En cuanto á mí, la experiencia me ha demostrado y te lo digo, Simónides, que los tiranos tienen la menor porción de los bienes más grandes, y la parte más amplia de los mayores males.»

Si sois desgraciados, hallaréis consuelo en las palabras de Massillón: «¿De dónde proviene esto, oh hombre? ¿No dependerá de que aquí abajo estás desterrado, de que estás hecho para el cielo y no es la tierra tu patria, y de que cuanto no fuere Dios nada es para tí?»

«Supera á nuestro poder el indicar los mil matices del placer y todas las atractivas maneras de la virtud; todo lo que podríamos decir de la virtud más alta es que hay en ella un encanto indefinible, y de la felicidad más honda que es inenarrable» (1).

Si consideramos las cosas como es debido, todos podemos repetir con Dante:

«Y lo que vi era universal felicidad, un júbilo que excede á toda comprensión, una felicidad que nadie sabría describir, una vida imperecedera de paz y de amor, riquezas inagotables y una ventura sin límites.»

En la naturaleza, todo se rige por una ley sabia y bienhechora, todo está unido para el bien y contribuye á realizarlo. Si sufrimos es por culpa nuestra ó para asegurar la dicha de los demás.

Según Cicerón, «tres especies de codicias distinguió Epicuro en el hombre: apetitos naturales y necesarios á la vez; apetitos naturales no necesarios, y apetitos que no son ni lo uno ni lo otro. Respecto á los necesarios, según él, casi nada hace falta para satisfacerlos, puesto que en todas partes se encuentran en abundancia los tesoros de la naturaleza. Respec-

---

(1) Bacon.

to á los de la segunda clase, cree también fácil satisfacerlos ó prescindir de ellos; respecto á los últimos, ni los exige la necesidad, ni los pide la naturaleza.»

Para gozar por completo de la vida, es preciso que estemos dispuestos á privarnos de muchos placeres atractivos. Gánase más renunciando á los deseos, que satisfaciendo las pasiones. Aunque los sentidos nos proporcionan sanas delicias, si cedemos á ellos nos conducirán á los escollos y remolinos de la vida, como las sirenas de antaño.

Una de las desdichas de nuestra época consiste en dejarnos tan poco vagar; vivimos en un torbellino perpetuo. ¡Cuántas mujeres, y hasta cuántos hombres han sentido lo que dijo Porcia: «¡Mi pequeño cuerpo está cansado de este gran mundo!»— «Sé que lo que á todos nos falta—dice Kingsley—es la paz interior, la paz del corazón y del alma; un carácter tranquilo, potente, resignado y lleno de abnegación, que no necesite estimulantes, porque no conozca el abatimiento; ni narcóticos, porque ignore la excitación febril; ni rigores ascéticos, puesto que debe ser lo suficiente fuerte para servirse de los dones de Dios sin abusar de ellos; en una palabra, un carácter que sea realmente moderado, no sólo para el alimento y la bebida, sino en todos sus deseos, pensamientos y actos, que esté libre de los apetitos y ambiciones á los cuales se dobló Adán, quien buscó la vida y la luz por medios prohibidos y no halló más que calamidades y la muerte. Sí, sé todo esto; y también sé que el descanso no se encuentra sino allí donde ya lo habéis hallado.»

«Seguid la voluntad de Júpiter—dice Epicteto.—Si no lo hiciéreis, sufriréis las consecuencias de vuestra desobediencia. ¿Y cuál será vuestra pena, por no haber cumplido con vuestro deber? Perderéis lo que da la modestia, la fidelidad y el justo sentido de las cosas. ¿Puede haber penas más grandes que estas?»

«Nos quejamos—dice Ruskin—de no tener muchas cosas: votos, libertad, diversiones, dinero. ¿Quién de nosotros sabe

que necesita paz? Hay dos maneras de adquirirla. La primera está por completo en nuestro poder: consiste en atesorar ideas agradables. Ninguno de nosotros sabe aún, porque á nadie nos lo enseñaron en nuestra juventud, que palacios encantados podemos construir con bellos pensamientos, palacios á prueba de toda adversidad. Hermosas fantasías, recuerdos tranquilos, nobles historias, sinceras palabras, tesoros de pensamientos preciosos y aquietadores, que el cuidado no puede turbar, que el dolor no puede ajar, que la miseria no puede quitarnos: esas son las moradas, construídas sin manos, para mansión de nuestras almas.»

La última consigna dada al morir por Antonino, en quien la bondad competía con la grandeza, fué: «*Æquanimitas.*» Nada perturbó nunca la serenidad de la vida de Cristo.

«Renuncia al deseo y encontrarás la paz», dice Thomas A. Kempis.

Nos vemos contrariados en la vida por las cosas pequeñas, tanto como nos afligimos por las grandes pruebas.

«De todas las cosas malas que afligen á la humanidad, seguramente la peor es el mal humor.»

No es necesario que busquemos fuera de nosotros mismos para encontrar la felicidad, sino dentro de nosotros, en nuestros propios corazones. «El reino de los cielos está en vosotros.» Si aquí abajo no somos felices, ¿cómo podemos esperar serlo en otra parte? ¿Velará más la Providencia por nosotros allí que aquí? Si nosotros no creamos nuestra felicidad en la tierra, ¿cómo podemos esperar hallarla en el cielo!

Sin duda, así como la felicidad puede ser triple (por la idea anticipada, por el goce mismo y por su recuerdo), también puede haber para nosotros un gran manantial de felicidad en el hecho mismo de poder mirar adelante y esperar ver otra vez á aquellos á quienes amamos y perdimos, y conocer muchas cosas que ahora están ocultas para nosotros.

Nada tengo que decir contra esta fuente de felicidad, pero no debe hacernos menospreciar nuestros bienes terrenos.

Para tener una vida feliz y tranquila es preciso llenar nuestro espíritu de sensatos y nobles pensamientos. «Lo divino—decía Platón en el *Fedon*—es lo bello, verdadero, bueno, y todo cuanto posee cualidades análogas á éstas; y eso es también lo que alimenta y fortalece las alas del alma, mientras que las marchitan y desmedran todas las cualidades contrarias, tales como la fealdad y el mal.»

Por último—dice Sócrates—el hombre más virtuoso es aquel que trata de perfeccionarse; y el más feliz, quien advierte que realmente se perfecciona.

## XVIII

### DE LA RELIGIÓN

Si la religión de la teología es aún un misterio hasta para los más sabios, la religión del deber es inteligible hasta para un niño. Lo que decía Locke de los niños puede aplicarse á la mayoría de las personas. «Es preciso inspirarles amor y respeto á un Ser tan perfecto y tan bueno. Al principio, hay que limitarse á eso, sin explicarles nada más esta materia, por temor á que hablando demasiado pronto de los espíritus á los niños y apresurándose fuera de sazón á darles á conocer la naturaleza de este Ser infinito se formen de El ideas falsas ó ininteligibles. Por tanto, cuando les habléis de Dios, decidles solamente que Dios ha hecho y gobierna todas las cosas, que todo lo oye y lo ve, que colma de toda especie de bienes á los que le aman y obedecen su voluntad. Habiendo aprendido los niños á formarse tal idea de Dios, veréis que por sí mismos tendrán muy pronto nuevos pensamientos acerca de este soberano Ser. Si notais que no son del todo exactos, es preciso corregirlos en seguida. Creo que sería mucho mejor, en ge-

neral, que los hombres se detuviesen en la idea de Dios que acabamos de proponer, sin informarse con sobrada curiosidad de las propiedades de un Ser á quien todo el mundo debe mirar como incomprendible; pues hay muchas personas que careciendo de suficiente fuerza y claridad de entendimiento para distinguir de antemano lo que pueden conocer y lo que sobrepaja á su inteligencia, por esta curiosidad mal entendida van á dar en la superstición ó en el ateísmo, haciendo á Dios semejante á ellas ó negándolo en redondo porque no pueden representárselo con ninguna otra idea.»

Lowell citaba con particularísima admiración estas palabras de Johnson: «Todo lo que nos eleva sobre el poder de nuestros sentidos, todo lo que hace más importante para nosotros el pasado, el porvenir y las cosas lejanas que el momento presente, aumenta nuestra dignidad de seres pensadores.»

La religión, en cierto sentido, debe ocuparse del cuerpo lo mismo que del espíritu. Importa que ambos sean tratados con igual honor.

La teología y el dogma constituyen la ciencia, pero no la esencia, de la religión. La religión en la vida cotidiana es una regla de conducta, una salvaguardia en la prosperidad, un consuelo en la desgracia, un sostén en las penas, un asilo contra el peligro, un apoyo en la tristeza, un refugio de paz.

«La religión—dijo Fichte, no sin fundamento,—no es asunto que existe por sí y para sí, que pueda ejercitarse á la vez que las demás ocupaciones, en ciertas horas ó en determinados días. Por el contrario, es el espíritu más íntimo que penetra todos nuestros pensamientos y actos y se extiende sobre todos ellos; los cuales, además, pueden seguir su curso corriente sin cambios ni interrupciones.»

La Biblia no nos confunde con definiciones obscuras, sino que más bien nos aparta el pensamiento de semejante tendencia.

«Porque este pensamiento que hoy te prescribo, no está demasiado elevado por encima de tí, y no está lejos de tí.»

«No está en los cielos para que no se diga: ¿quién subirá por nosotros á los cielos y nos lo traerá para hacérselo oír y que lo cumplamos?»

«Porque esta palabra está muy cerca de tí: está en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.»

Jesús dijo al doctor de la ley, que le interrogaba: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu pensamiento.»

Y este es el segundo mandamiento, semejante á él: «Amarás á tu prójimo como á tí mismo. Toda la ley y los profetas se refieren á estos dos mandamientos» (1).

«La religión pura—dice Santiago—y sin mancha ante Dios vuestro Padre, consiste en visitar á los huérfanos y viudas en sus aflicciones, y perseverarse de la inmundicia del mundo.»

Puede que no sepamos de dónde venimos y á dónde vamos, podemos estar inseguros en nuestros pensamientos y en nuestras creencias; pero en nuestros corazones sabemos casi siempre cuál es nuestro deber. Nuestros deberes para con el prójimo forman parte de nuestros deberes para con Dios. El bandido de la Edad Media, que se llamaba «amigo de Dios y enemigo de los hombres», no se equivocó más completamente acerca del verdadero espíritu cristiano, que muchas personas menos excusables. Amando á tus semejantes, es como mejor se manifiesta el amor que se tiene á Dios. A veces propendemos á quejarnos de otro, y debiéramos recordar, que «si no puedes hacerte como quisieras, ¿cómo puedes prometerte encontrar otra persona en todo, según tus deseos?»

Y aun cuando tuviésemos justas razones para quejarnos, preciso es perdonar, como esperamos que se nos perdone, no hasta siete veces, como decía San Pedro, sino «hasta setenta veces siete.»

---

1) San Mateo.

El miedo al dolor, obra con más eficacia sobre muchos espíritus que la esperanza de la felicidad.

Hay en la iglesia de Faversham un antiguo epitafio que dice:

«Quien ha pensado á solas y á menudo cuán penoso es pasar de la cama al infierno, del infierno á los tormentos que nunca cesarán, ese no cometería un pecado por ganar el mundo entero.»

No deben descuidarse las promesas ni las advertencias celestes: «La luz está aún con vosotros por un poco de tiempo: caminad mientras tengais luz, por temor de que no os sorprendan las tinieblas, porque quien anda entre tinieblas no sabe á dónde va» (1). «Cualquiera que oiga estas palabras que digo y no las ponga en práctica, será un hombre insensato que edificó su casa encima de la arena; y cayó la lluvia, y se desbordaron los torrentes, y soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa. Cayó y grande fué su ruína.»

Mas, por otra parte: «A cualquiera que oiga estas palabras que digo y las ponga en práctica, le compararé á un hombre prudente que edificó su casa encima de la roca; y cayó la lluvia, y se desbordaron los torrentes, y soplaron los vientos y arremetieron contra aquella casa: no ha caído, porque estaba cimentada sobre la roca» (2).

Y, sobre todo, ¡ay de aquel que induzca á otros á error, principalmente á los jóvenes!

«Más le valdría que le pusieran al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar, que escandalizar á uno de estos niños» (3). Porque, «¿de qué le serviría á un hombre todo el mundo si perdía su alma, ó qué daría el hombre en cambio de su alma?» (4).

---

(1) San Juan.

(2) San Mateo.

(3) San Lucas.

(4) San Mateo.



El cristianismo es la religión de la esperanza más bien que del temor; pero convendría que combinásemos en nuestro pensamiento la esperanza y el temor, como dice Raleigh:

«Quien piensa á menudo en la muerte y en el juicio final, en el cielo y en el infierno, no puede dejar de conducirse bien.»

Pero es más fácil conducir á los hombres por la dulzura que por la fuerza. Los ejemplos valen más que los preceptos. Muchas personas que despreciarían los terrores de la Inquisición comprenderán la verdad de la observación de Drummond: «Diez minutos pasados todos los días en sociedad con Jesucristo (¿qué digo? aun dos minutos si está frente á frente con él y corazón con corazón) cambiarían la vida entera.»

Pensad en lo bueno y no haréis lo malo: «Que todas las cosas verdaderas, honradas, de buena reputación, de alguna virtud y dignas de alabanza, ocupen vuestro pensamiento» (1).

Dice Séneca: «No pidais á Dios lo que no quisiérais que los hombres supiesen, ni á los hombres nada que quisiérais ocultarle á Dios.» Cuando consideramos cuán efímeros é insignificantes somos en lo infinito del tiempo y del espacio, podemos preguntarnos con Spencer: «¿Se ocupan de nosotros en el cielo? ¿Hay en esos espíritus celestiales algo de amor á criaturas tan viles?»

El autor de los Salmos tiene razón al decir: «Cuando miro tus cielos, la obra de tus dedos, la luna y las estrellas que creaste, digo: ¿Qué es el hombre mortal para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que tú le visites?»

Pero, la respuesta de Coleridge nos tranquiliza:

«Los santos acudirán en auxilio nuestro si los hombres les llaman, porque la bóveda azulada del cielo se extiende con igualdad sobre todos.»

Se nos ha dicho: «Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá». Y en otra parte:

---

(1) San Pablo.

«Y lo que pidiéreis en mi nombre lo haré». También se nos dice que «para Dios todos los corazones están abiertos y todos los deseos son conocidos»; que no desprecia los suspiros de un corazón oprimido, ni los deseos de los tristes; que podemos descargarnos en él «de todos nuestros cuidados, puesto que cuida de nosotros» (1).

No debe pedirse una ayuda celestial por pereza. Sin embargo, no sólo se nos promete auxilio, sino que se nos dice: «Si el Eterno no edifica la casa, los que la edifiquen trabajan en vano. Si el Eterno no guarda á la ciudad, quien la guarde vela en vano». — «Toda gracia excelente y todo don perfecto vienen de arriba y descienden del Padre de las luces, en quien no hay variación ni sombra ninguna de mudanza» (2).

El cristianismo no nos ordena hacer el sacrificio de este mundo para ganar el otro. Por el contrario, «amar lo que está mandado, desear lo que está prometido», aumentaría nuestra felicidad aquí como en otra parte. No hay diferencia entre la felicidad terrena y la felicidad celestial, porque la religión hace sagrada la vida cotidiana.

«No es necesario abandonar por algún claustro á nuestros vecinos ni nuestro trabajo; la faena diaria nos proporciona todas las ocasiones que podemos pedir para hacer bien, y todo el tiempo preciso para consagrarnos á los demás» (3).

«No te ruego que los quites del mundo, dice Cristo hablando de sus discípulos, sino que los preserves del mal.»

Hay nobles sentimientos expresados en Platón, Aristóteles, Epicteto, Séneca y Marco Aurelio; pero no hay un evangelio de amor como el que contiene el Nuevo Testamento.

Cristo dijo con razón que su religión era una nueva religión. «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos á los otros». Y más adelante: «Os he dicho estas cosas á fin de

---

(1) San Pedro.

(2) Santiago.

(3) Keble.

que mi alegría permanezca en vosotros y vuestro gozo se vea cumplido. Este es mi mandamiento: que os améis unos á otros como yo os he amado. Nadie tiene un amor más grande que el de dar su vida por sus amigos. Seréis mis amigos si hacéis todo lo que os mando. No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado mis amigos porque os he hecho conocer todo lo que he oído á mi Padre» (1).

La venida del cristianismo fué anunciada así: «Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad» (2).

Cristo hizo comprender claramente la diferencia entre la doctrina de Moisés y la suya, ordenando en absoluto el perdón repetido y el amor hasta á nuestros enemigos. «Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos, bendecid á quienes os maldicen, haced bien á quienes os aborrecen y orad por quienes os ultrajan y persiguen.

«A fin de que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque hace levantar su sol sobre los malos y los buenos, y hace llover sobre los justos y los injustos.

»Porque si no amais más que á quienes os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen otro tanto los publicanos?

»Y si sólo acogéis á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen otro tanto los publicanos?

»Sed, pues, perfectos; como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (3).

Es de esperar que conozcamos las penas y los cuidados; pero podemos «glorificarnos hasta en las aficciones, sabiendo que la aficción produce paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba experiencia.» Aseguremos también que: «Hay cosas

---

(1) San Juan.

(2) San Lucas.

(3) San Pablo.

que el ojo no había visto, que el oído no había escuchado, que no habían acudido á la mente del hombre, y que Dios había preparado á quienes le aman.»

«En el lugar de todos los demás placeres—dice Epicteto—poned uno sólo: el de saber que obedecéis á Dios, y que hacéis lo que conviene á un hombre prudente y virtuoso.»

«Para ganar muy poco, se emprenderá un largo viaje—dice Thomas A-Kempis;—mas para ganar una vida eterna muchos no se moverán de su sitio.» Y en otra parte: «Escribid, leed, lamentaos, guardad silencio, orad, sufrid virilmente: la vida eterna bien vale que se sufran todas estas cosas y otras aún peores.» Sin embargo, ¡cuán poco se nos pide en realidad! Porque: «¿Qué te pide el Eterno, sino que hagas lo que es recto, ames la misericordia y camines en la humanidad con tu Dios?»

Pero aun en el caso de que se nos exigiesen mayores sacrificios, aunque se nos pidiese que renunciáramos á todo lo que tenemos en el mundo, ¿no es bastante breve la vida para que en ello consintamos?

Por otra parte: «Dios es fiel; no permitirá que seais tentados más allá de vuestras fuerzas; con la tentación os dará también la salida, de suerte que podais soportarla» (1).

Pero el hombre es tan débil que también se nos dice: «Velad y orad, por miedo á que no caigais en la tentación; porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil» (2).

Hay que tener puesta la mira en la perfección: «Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.»

La recompensa es inmediata y sin límites.

La religión nos promete el descanso y la tranquilidad, la paz del alma y un alivio en los cuidados, aun en este mundo. El cielo no está solamente en el mundo por venir; el cielo está en vosotros.

---

(1) San Pablo.

(2) San Mateo.

Si estais fatigados, ya se os ha dicho: Venid á mí los que estais trabajados y rendidos, yo os aliviaré» (1).

Se nos asegura que no hay verdadera razón de temor ó de inquietud: «Ved las aves del aire: no siembran, ni cosechan, ni guardan nada en los graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho más excelentes que ellas?... ¿Y por qué estais con cuidado respecto al vestido? Mirad cómo crecen los lirios del campo, no trabajan, ni hilan; sin embargo, os digo que el mismo Salomón, en toda su gloria, no fué vestido como uno de ellos.

«Por tanto, si Dios viste así á la hierba del campo, que hoy es y mañana será arrojada al horno, ¿no os vestiría mucho mejor á vosotros, gente de poca fé?» (2)

«Así, pues, no paseis afanes acerca de lo que comeréis ó de lo que beberéis, y no tengais inquieto el espíritu. Porque las naciones del mundo son quienes buscan todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe las que necesitais. Pero buscad más bien el reino de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura» (3).

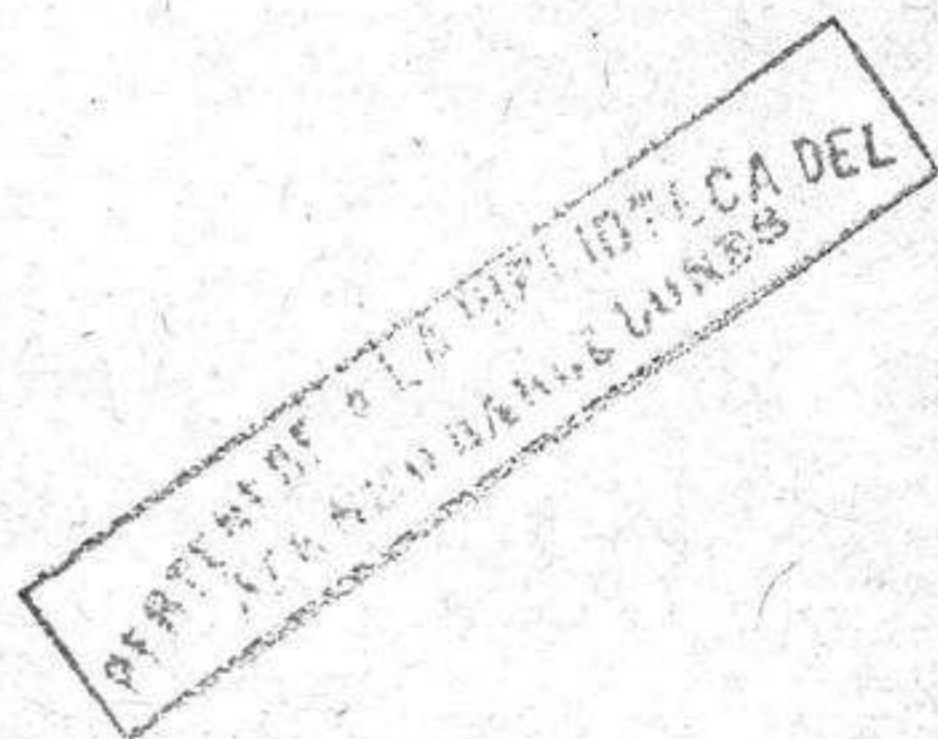
Y no se acaba de hacernos las mismas promesas.

«No amontonéis tesoros en la tierra, donde los gusanos y la herrumbe lo echan todo á perder y donde los ladrones entran con fractura y roban. Sino amontonaos tesoros en el cielo, donde ni los gusanos ni la herrumbe echan á perder nada, y donde los ladrones no entran con fractura ni roban; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.» Y más adelante: «Si las riquezas aumentan, no se adhiera á ellas vuestro corazón»: las riquezas, más bien que la indigencia, son lo que debiera ponernos en cuidado. «¡Cuán difícil es á los que se confían á las riquezas entrar en el reino de Dios!»

(1) San Mateo.

(2) San Mateo.

(3) San Lucas.



Se promete el cielo en el Sermón de la Montaña sólo á los misericordiosos, á los humildes, á los que aman la paz y á los limpios de corazón.

Se nos dice que no temamos á Dios, porque es nuestro Padre; y el amor echa de todas partes todo temor.

No tenemos que temer al hombre: «Me afirmo en Dios, nada temeré de lo que me hiciere el hombre» (1).

En verdad, nada podrá dañarnos: Sabemos que todas las cosas contribuyen juntas al bien de los que aman á Dios.»

También se nos repite que, entre todas nuestras penas, dificultades é inquietudes, «la paz de Dios, que excede á toda comprensión, guardará vuestros corazones y vuestros espíritus en el conocimiento y el amor de Dios; y la bendición de Dios estará en medio de vosotros y permanecerá con vosotros por toda la eternidad.»

Y estas promesas son para todos igualmente y no sólo para los ricos, los grandes de la tierra, los sabios y los hombres de genio, porque «Dios no distingue entre sus criaturas.»

«Dejad á los niños y no les impidais venir á mí, porque el reino de los cielos es para los que se asemejan á ellos» (2)

No podemos despojarnos nosotros mismos de esas ventajas:

«Porque seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni las dominaciones, ni las potencias, ni las cosas presentes, ni las cosas futuras, ni las cosas elevadas, ni las cosas bajas, ni ninguna otra criatura, nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Jesucristo Nuestro Señor.» (3)

Así, sólo así, será serena, apacible y feliz la vida.

«Conservad la inocencia y velad por el bien, porque esto conducirá finalmente á un hombre á la paz.»

---

(1) *Salmos.*

(2) *San Mateo.*

(3) *San Pablo.*

«Y así podréis estar en el número de aquellos cuyos nombres están inscritos en el Libro de la Vida.»

Y, por último, así podréis esperar ser felices, cualesquiera que sean vuestro destino y vuestra situación de fortuna.

«Porque todos los lugares que ve el cielo son para el sabio puertos y refugios de felicidad.»

Sed buenos, para citar las nobles palabras de Kingsley:

«Y que los demás brillen, si quieren. Haced nobles cosas, en lugar de pensarlas todo el día. Y así haréis de la vida, la muerte y el inmenso porvenir un solo ritmo poderoso y dulce.»

JOHN LUBBOCK.

---

## EL TELÉGRAFO SIN HILOS

---

Puede afirmarse que la electricidad nos proporciona cada día nuevas sorpresas, y sus descubrimientos se multiplican con tal fecundidad, que la utopía de ayer se trueca mañana en una cosa corriente. Desde que Röntgen publicó el relato de sus experiencias acerca de los rayos que llevan su nombre, los inventores se han propuesto conseguir la transmisión de las ondas eléctricas á través de los medios resistentes; tanto, que, desde algunos meses ha, podía preverse el momento en que sería fácil prescindir de los hilos conductores en las transmisiones telegráficas. Sin embargo, dudo que los más audaces hayan soñado nunca consecuencias tan maravillosas como las que hoy se nos presentan.

Dos hombres de muy diversos orígenes y caracteres acababan de lograr simultáneamente resultados idénticos. Uno de ellos es un indio educado é instruído en Inglaterra, el doctor

Jagadis Chunder Bose; el otro es un joven italiano, de veintidós años, Guillermo Marconi, nacido en Bolonia en Abril de 1875. Sus descubrimientos son expuestos en las revistas *Mac Clur's* y *Strand* de Marzo último, por el sabio vulgarizador M. J. W. Dam.

Antes de ocuparnos de la nueva invención en sí, son indispensables algunas explicaciones preliminares. Sabido es que con el nombre de *éter* se designa esa substancia infinitamente tenue, junto á la cual parecería nuestro aire atmosférico infinitamente más pesado que el plomo, y que llena los espacios interplanetarios. Invisible, incoloro, inodoro é imponderable, preciso es decir que el éter sólo existe en virtud de una hipótesis cósmica. Hásele inventado para explicar la transmisión de la luz á través del infinito, transmisión que sería inexplicable si una substancia cualquiera no sirviese de vehículo á las ondas luminosas. Ya se había reconocido en tiempo de Platón la necesidad de su existencia. Newton y Descartes lo admitieron, y los sabios modernos han seguido en este punto el ejemplo de sus predecesores.

Tratemos de explicar, lo más sencilla y claramente posible, cuál es el papel representado por el éter; y, para eso, supongamos que el conjunto del Universo, incluyendo las estrellas más lejanas, las que brillan en el límite extremo del campo de penetración de nuestros más poderosos telescopios, está formado por una jalea incolora y transparente, análoga á esas que recubren las *galantinas* de nuestros salchicheros. Los mundos están, pues, bañados todos completamente en esa substancia, que los penetra de tal manera, que también está bañado cada uno de los átomos que los componen. Claro es que esa substancia no tiene ninguna solución de continuidad. Por consiguiente, un choque dado en cualquiera de sus partes repercute en la masa entera. Los mundos en ella contenidos no se remueven, pero la substancia que los compenetra transmite la sacudida á través de ellos con tanta facilidad como á través de la masa misma. En efecto, esa substancia es tan tenue, que



atraviesa y penetra todo, el vidrio, la piedra, el metal, la madera, la carne, el agua, etc. Así es como los rayos Röntgen pueden atravesar cuerpos opacos; así también la luz y la electricidad, excitando ondulaciones en la masa del éter, viajan á través de los espacios. La ondulación luminosa pasa á través del vidrio: es decir, se comunica á las moléculas de éter que rellenan el vidrio mismo. Por tanto, el éter transmitirá los rayos luminosos á través de ciertas substancias, pero no podrá hacer que estas mismas substancias sean atravesadas por los rayos Röntgen. Estos últimos circulan por los cuerpos que no dejan paso á la luz. Desde este punto de vista, los rayos eléctricos de pequeñas vibraciones difieren de los rayos luminosos y de los rayos Röntgen. Por el contrario, los que son de anchas oscilaciones difieren á su vez de los primeros. Por último, hay otras clases de rayos ó de ondulaciones, aún por descubrir, que tienen propiedades diferentes, es decir, que son tratados diferentemente por el éter.

Se ha calculado la densidad del éter según la energía con que la luz del sol hiere á la tierra: es menor que toda cantidad imaginable, lo mismo que su rigidez. Sin embargo, se considera que el éter es una substancia existente en verdad, y hasta se declara que es incompresible, porque de no serlo no podría transmitir las ondulaciones. Dicho se está que el éter contenido en los cuerpos sólidos transmite mucho menos libremente las ondulaciones que el éter del aire. Así, el vidrio sólo transmite los rayos luminosos con una velocidad de unos 4 kilómetros por segundo; el éter en el vidrio los transmite 40 veces más deprisa, ó sea á razón de 160 kilómetros por segundo, y el éter del aire á la de 260 kilómetros por segundo. Aún es un misterio la causa de esta diferencia en la rapidez de transmisión, pero hoy no tienen larga vida esta clase de misterios.

Las ondulaciones eléctricas fueron descubiertas en 1842 por un americano, Joseph Henry, de Washington.

Este descubrimiento, cuya inmediata consecuencia fué el

de los fenómenos de inducción, ha sido explotado por Edison para telegrafiar á un tren en marcha: en este caso, la corriente eléctrica *saltaba* literalmente desde los hilos que costeaban la vía hasta el receptor puesto en el tren. El sabio alemán Hertz ha proseguido el estudio de estas ondulaciones y sido el primero en advertir que podían atravesar la madera y el ladrillo, pero no los metales. Al joven italiano Guillermo Marconi, de quien hablamos más arriba, corresponde el honor de haber ampliado el concepto de las ondulaciones eléctricas é imaginado los instrumentos propios para conseguir este fin. La historia del joven Marconi tiene todo el aspecto de un cuento de hadas; y tal vez fuese tenida como tal, si cuatro graves comisiones, representando al Ejército, la Marina, Correos y Telégrafos y la Dirección de Faros de Inglaterra, no estuviesen ahí para responder de su perfecta autenticidad.

## I

Pronto nos ocuparemos de Guillermo Marconi. Entre tanto, hablemos un poco de su inmediato predecesor en Londres, el Dr. Jagadis Chunder Bose, hoy profesor de Física en el *Presidency College* de Calcutta. El Dr. Bose es un indio que estudió en la Universidad de Cambridge y es conocidísimo en Inglaterra por sus trabajos acerca de las ondulaciones eléctricas, trabajos que le han valido las mayores recompensas en la *Royal Society*, en la *British Association* y en otras corporaciones más. Los descubrimientos del Dr. Bose pueden ser considerados á la vez como una preparación, al mismo tiempo que como una confirmación de los de Marconi.

—Desde hace tres años,—dice á M. Dam,—he estudiado especialmente la radiación eléctrica, y en particular las ondulaciones de velocidad mínima. Acerca de este asunto, he pre-

sentado á la *British Association* un aparato para comprobar las leyes de reflexión, refracción, interferencia, refracción doble y polarización de esas ondulaciones. Mi radiador es una bolita de platino entre otras dos más pequeñas del mismo metal, accionadas por una batería de 2 volts. Dando vuelta á una llave, envío una ondulación eléctrica que se propaga á través del éter del aire. Para emplear un lenguaje en extremo popular, una ondulación eléctrica se mueve en el éter de dentro á fuera, como las ondulaciones producidas al tirar una piedra á un estanque. Puede verse la ondulación del agua, al paso que permanece invisible la ondulación eléctrica. Supongamos que un trozo de corcho sobrenade en el agua, á alguna distancia del sitio donde se arroja la piedra. En seguida que á él llegue la ondulación, lo sacudirá con violencia. Igual acontece con los efectos de la ondulación eléctrica; y podemos hallar un medio de notarlos, como el corcho lo hace respecto á las ondulaciones del agua. Tal es, sencillamente expresada, la idea madre de mi aparato. Consta de un receptor colocado en un aposento, á 25 metros de distancia del radiador y separado de él por tres tabiques de ladrillo y mortero, de 20 centímetros de espesor cada tabique. La ondulación eléctrica atraviesa las paredes y llega al receptor, con una energía suficiente para hacer sonar una campana ó disparar una pistola.

—¿Pretende usted decir que la ondulación, desparramándose en todas direcciones, produce todo su efecto cuando sólo llega al receptor una parte de ella nada más?

—No. Se concentran los rayos eléctricos, como los luminosos, por medio de una lente puesta muy próxima al radiador. Esa lente recibe la mayor parte de la ondulación y dirige todos los rayos incidentes en líneas paralelas, de modo que llegan en derechura al receptor á través de las paredes. He ensayado gran número de esas lentes de concentración: las mejores son las de azufre y las de resina.

—En vez de hacer que suene una campana ó que se dispa-

re una pistola, ¿podría usted hacer pasar un parte telegráfico á través de esas paredes?

—Ciertamente; no hay en eso dificultad ninguna.

—¿Cuál es la ley de intensidad de la ondulación á una distancia dada?

—Exactamente la misma que para la luz. Por lo demás, esas ondulaciones eléctricas obran como los rayos luminosos.

—¿Podría usted, pues, telegrafiar de esta manera á través de las casas tan lejos como llega un rayo luminoso?

—No quisiera asegurarlo de un modo afirmativo; pero así es, en general.

—¿A qué distancia podría enviarse ese telegrama á través del éter?

—A una distancia ilimitada; todo depende de la energía de excitación. Me han dicho que en Salisbury Plain se enviaban los rayos eléctricos con un reflector parabólico á un cuarto de milla á través del éter y que luego se reproducían como los signos de Morse.

—Pero, al telegrafiar á través de las casas, en el supuesto de que las lentes y el reflector estén dirigidos convenientemente hacia el receptor, ¿qué cosa podría detener á esos rayos?

—El metal detiene las ondulaciones acerca de las cuales he trabajado; igual acontece con el agua. Pero atraviesan la madera, el ladrillo, el vidrio, el granito, las rocas, la tierra, y conservan sus propiedades.

—¿A qué distancia puede enviárseles con buen éxito?

—¿A través del aire? Creo que á una milla. ¿A través de las paredes? Por lo que yo sé, á 25 metros.

Conviene añadir acerca de esto que hay rayos de diferentes géneros. Los que emplea el Dr. Bose tienen vibraciones relativamente lentas: de 50 billones de vibraciones por segundo. Las vibraciones del éter que oscilan entre 200 y 400 trillones por segundo, producen la sensación de calor. Entre 400 y 800 trillones producen la sensación de luz. Estos rayos luminosos

varían de color al mismo tiempo que de rapidez. Los números más bajos dan á nuestros ojos la impresión del rojo, y la escala sube al amarillo, después al verde, luego al azul y, por último, al violado. Cuando el número de vibraciones excede de 800 trillones por segundo, los rayos se hacen invisibles. El límite de percepción del ojo humano oscila entre 400 y 800 trillones de vibraciones. Lo mismo acontece con las vibraciones del sonido: cuando no llegan á 16 ó pasan de 32.000 por segundo, no producen ninguna impresión en nuestros órganos auditivos.

—El éter—dijo el Dr. Bose para terminar—es el campo de los grandes descubrimientos del porvenir; y nadie puede concebir ó imaginar los misterios que reserva, hasta el día, próximo sin duda, en que sepamos arrancárselos.

## II

Guillermo Marconi no se las echa de sabio. Limitase á decir que ha observado ciertos hechos y que ha inventado instrumentos para examinarlos. Por tanto, ha operado en un dominio absolutamente nuevo, ayudándole el distinguidísimo director de Correos de Inglaterra, mister W. Preece, quien también lleva mucho tiempo estudiando el problema de la transmisión telegráfica sin hilos. El año pasado prodújose una rotura en el cable entre Inglaterra y la isla de Mull. Montando líneas telegráficas una frente á otra en ambas costas opuestas, púdose telegrafiar por inducción á una distancia de 4 y media millas: se expidieron y recibieron así 156 telegramas, uno de los cuales de 120 palabras nada menos; la operación se hizo á través del aire, por medio de los signos del alfabeto Morse. En una conferencia dada recientemente en Toynbee por W. Preece, proclamó éste que el invento de Marconi (que es el

electroestático), era muy superior al suyo propio (que es electromagnético). Gracias á Preece son examinados en la actualidad los descubrimientos de Marconi por los ingenieros del Ejército, de la Armada, de Telégrafos y de Faros, en Inglaterra.

Marconi trabajaba el año pasado en construir un aparato para estudiar la distancia á la cual pueden viajar las ondulaciones eléctricas por el aire, cuando hizo otro descubrimiento: la ondulación que enviaba á través del aire, á la distancia de una milla, influía también sobre otro receptor puesto al otro lado de la colina; en otros términos: esas ondulaciones podían atravesar montañas.

—¿Cree usted—le pregunta M. Dam—que las ondulaciones atravesaban en realidad el monte?

—Lo creo, pero sin asegurarlo. Las ondulaciones pasaban á través ó por encima. La colina tenía un espesor de tres cuartos de milla y pude enviar fácilmente un despacho, en signos de Morse, al otro lado. Tal es el punto de partida de mis investigaciones ulteriores. He visto que, al paso que tenían limitadísimo poder de penetración las ondulaciones de Hertz, había otras que podían ser excitadas con la misma suma de energía y capaces de atravesar *no importa qué substancias*.

—¿Qué diferencia hay entre esas ondulaciones y las de Hertz?

—Lo ignoro; hasta imagino que la diferencia quizá esté por completo en la forma de las ondulaciones. Las mías daban 250 millones por segundo: no van más lejos que las de Hertz, pero tienen superior fuerza de penetración. Al paso que las de Hertz quedan detenidas por los metales y por el agua, las mías parecen penetrar con la misma facilidad á través de todas las substancias. No olvide usted que la suma de energía excitante es igual en ambos casos: sólo difiere la manera de producir la excitación. Mi receptor no puede obrar con el transmisor de Hertz, ni mi transmisor con su receptor. Es un aparato enteramente nuevo.

He conseguido enviar un telegrama *aéreo* á una milla y tres cuartos; he obtenido resultado también á dos millas, pero no era absolutamente satisfactorio. Empleé una batería de tres amperes á ocho volts, cuatro acumuladores en una caja.

—¿Se valía usted de algún reflector?

—Sí; de un reflector de cobre, burdamente hecho. Era un reflector parabólico, con un error de dos y medio centímetros en la curva. Pero no volveré á emplearlo más; no sirve para nada.

—¿Ni lentes?

—Tampoco. Las ondulaciones de que hablo no están sujetas á reflexión ni á refracción; he comprobado este hecho. Con la misma batería, el mismo transmisor y el mismo receptor, hemos emitido y recibido las ondulaciones á y desde la Administración central de Correos, á través de siete ú ocho paredes y á una distancia de 100 metros. No conozco con exactitud el grueso de las paredes, pero ya ha visto usted el edificio: está sólidamente construído.

—¿Cree usted que desde esta estancia podría usted enviar un telegrama á través de Londres á la oficina central de Correos?

—Con instrumentos de dimensión y de potencia convenientes, no tengo la menor duda.

—¿A través de todas las casas?

—A través de todas las casas; sí, señor.

Los dos interlocutores estaban en aquel momento en una casa de Talbot Road, Westbourne Park, á cuatro y media millas del despacho central de Correos.

—¿A qué distancia cree usted que se puede telegrafiar de esta manera?

—A 20 millas. Por supuesto la distancia depende simplemente de la suma de energía excitante y de las dimensiones de los dos conductores de donde emana la ondulación.

—¿Cuál es la ley de la intensidad á una distancia dada?

—La misma que la de la luz: inversa al cuadrado de la distancia. Eso significa que, sea cual fuere la energía creadora de

la ondulación, comparado el poder de esta ondulación á 20 metros con ese mismo poder á 10 metros, están en la proporción de  $10 \times 10$  á  $20 \times 20$ , ó sea  $\frac{1}{4}$  en este caso particular.

—¿Cree usted que esas ondulaciones pueden emplearse para los faros eléctricos, cuando las nieblas impiden el paso á la luz?

—Pienso que así es como se utilizarán los faros algún día. Una fuente constante de ondulaciones eléctricas, en lugar de un manantial constante de ondulaciones lumínicas: ¡y, entonces, un receptor puesto á bordo del buque indicará la distancia del faro al mismo tiempo que su dirección!

—Pero, las nieblas ó los metales ¿no interceptarán el paso de las ondulaciones?

—De ninguna manera; hasta creo que atravesarán un acorazado. En este momento Mr. Preece y yo trabajamos con objeto de establecer una comunicación regular, á través del aire, desde la costa á un buque de vapor. Este es el primer uso que pensamos hacer de mi aparato: comunicarse con los vapores á cualquiera distancia de la costa, desde milla y media hasta veinte millas y más.

—¿No podrían servir esas ondulaciones para evitar los choques de buques en tiempo de niebla?

—Creo que se utilizarán con ese objeto. Los buques pueden ir provistos de aparatos que señalen sus posiciones recíprocas, á la distancia que se quiera. En cuanto se aproximen dos buques, sonarán á bordo de ellos las campanas de alarma; una aguja indicará su dirección.

—¿Limitan ustedes la distancia á la cual puedan enviarse esas ondulaciones?

—De ninguna manera. No conocemos esa distancia sino cuando son incitadas por una débil suma de energía.

—Pero, por ejemplo, ¿podrían ustedes enviar un telegrama de aquí á Nueva York?

—No lo sé. Pero este es un campo enteramente nuevo; y la discusión de las posibilidades, que en este caso podrían lla-



marse probabilidades, desprecia las dificultades que puedan presentarse cuando llegue su realización práctica. Por otra parte, no parecen existir imposibilidades visibles hoy.

—¿Qué dimensiones debería tener la estación que enviase un telegrama de aquí á Nueva York?

—Próximamente las dimensiones de este aposento, unos veinte pies cuadrados; y creo que una fuerza de cincuenta á sesenta caballos sería suficiente. El coste de dos estaciones completas no llegaría á 10.000 libras esterlinas (250.000 pesetas, estando el cambio á la par).

—¿Se propagarían las ondulaciones á través del aire ó de la tierra?

—No puedo decirlo de cierto; sólo creo que recorrerían con facilidad esta distancia, de un modo eficaz.

—Pero, no empleando lentes, ni reflectores, las ondulaciones se desparramarían en todas direcciones y llegarían á todos los lugares sitios á la misma distancia que Nueva York.

—Evidentemente.

—¿Qué otras aplicaciones de su invento prevé usted?

—La primera debe ser el reemplazo del actual telégrafo de campaña, para las necesidades militares. No hay ninguna razón para que un general en jefe no pueda comunicarse fácilmente, sin hilos, con sus subordinados, hasta 20 millas de distancia. Si mis compatriotas hubiesen tenido mis instrumentos en Massauah, hubieran podido pedirse los refuerzos en tiempo útil.

—¿Serán voluminosos los aparatos?

—De ninguna manera: un transmisor y un receptor bastarán.

—Entonces, ¿podría un almirante comunicarse cómodamente con los buques de su escuadra?

—Sí, pero.....

—Pero ¿qué?

—No sé aún si habrá alguna dificultad, pero me parece que habrá una. ¿Recuerda usted la experiencia de Hertz para de-

terminar la explosión de la pólvora de cañón por medio de las ondulaciones eléctricas? De igual modo podría yo hacer estallar una caja de pólvora puesta en la casa de enfrente, al otro lado de la calle, si pudiera colocar allí dos hilos ó dos placas á través de los cuales se produjese la chispa para causar la explosión. Bastaría, pues, que en la santabárbara de un acorazado hubiese dos placas ó dos clavos, y volaría la santabárbara.

—Entonces, los faros de que hablábamos antes ¿podrían hacer estallar el pañol de pólvora de los buques desde el punto en que pudiera percibirse su luz?

—Cierto que es posible. Eso dependería del poder de la energía excitante.

—En ese caso, la dificultad de emplear el aparato de usted en la Marina.....

—Esa dificultad consiste en el temor de que las ondulaciones produzcan la explosión de los pañoles de pólvora del mismo buque.

Aquí acabó la conversación de M. J. Dam con el joven sabio. Pero no podemos menos de advertir qué asombrosas consecuencias pueden sacarse de tales premisas. No se trata sólo de una revolución en la telegrafía, sino de una revolución en la guerra naval; revolución que pudiera llegar á una completa supresión. Los ingenieros de la Marina real inglesa han comenzado ya á examinar el invento de Marconi y á considerarlo en sus consecuencias. De todas las defensas costeras en que ha podido pensarse, ninguna sería tan abominablemente eficaz como esa explosión de los buques de guerra por medio de las ondulaciones eléctricas. Ciertamente, la cosa parece tener algo de milagro; pero, con la ciencia en general y la de la electricidad en particular, los milagros van siendo cada día lo más vulgar y común que puede verse.

D. L. CAZE.

*(Revista de las Revistas.)*

## ANATOLIO FRANCE EN LA ACADEMIA FRANCESA

---

En el punto culminante de su carrera agitada y laboriosa, Fernando de Lesseps había tenido la fortuna de ser alabado por el genio más ampliamente comprensivo de nuestro siglo. El 23 de Abril de 1885, al ingresar en la Academia, contestó Ernesto Renán á su discurso; y la continuación de los acontecimientos probó entorces una vez más que la simple aprobación de un poderoso ingenio, si es menos brillante homenaje al orgullo humano que las aclamaciones de todo un pueblo movido por el entusiasmo, también tiene un precio, no sólo más noble, sino aun más sólido, más duradero y más cierto. Dos años después de su muerte (tras haber sufrido los peores reverses del destino y los más trágicos horrores de la ingratitud de las muchedumbres), el que excavó el canal de Suez y fué llamado en un tiempo «el gran francés», habrá comenzado al menos á conocer la imparcial justicia del porvenir en el seno de esa misma Academia que antaño se honró acogiéndole en su seno, y que hoy se honra todavía más celebrando altamente su memoria.

Anatolio France acaba, no ciertamente de rehabilitar al hombre no necesitado de rehabilitación y cuya culpa (que sólo fué un error) hubiera debido desaparecer desde luego á los ojos de todos en el esplendor de una gloria incomparable, sino que ha hecho algo mejor: ha vengado públicamente al ilustre vencido de los bajos ataques que azuzaban en derredor de su nombre las viles pasiones de la multitud, y las más viles cobardías de los políticos de oficio. Por el poder maravillosa-

mente complejo de su pensamiento, el autor de *Tháís* no era menos apto que el autor de los *Orígenes del cristianismo* para comprender lo que fueron la vida, la obra y el carácter de Fernando de Lesseps. Y tendrá el mérito de decir su elogio á una hora en que quizá se necesita alguna valentía para oponerse, tanto á las ciegas corrientes de la opinión ignorante, como á los odios, que se pasan de listos, de los falsos sectarios de la austeridad contemporánea.

A quienes en los libros de Anatolio France no han querido ver nunca sino breviaros de elegante ironía y de universal escepticismo, sólo cabe aconsejarles la lectura de las páginas elocuentemente conmovidas en que el escritor ha hecho revivir ante nosotros «al emprendedor más grande del siglo». El filósofo bastante pesimista á quien debemos las disertaciones morales del ecléctico abate Jerónimo Coignard no gusta ciertamente de ser engañado por los demás ni por sí mismo. La agudeza de su mirada le ha revelado, sin duda, la pobre vanidad de hartas cosas, en las cuales las almas más sencillas que la suya han encontrado manantial de ilusiones respetables. Pero si se esfuerza en no considerar nunca desde un punto de vista demasiado vulgarmente trágico el espectáculo del universo, si se limita á observar con una indulgencia semiburlona sus múltiples aspectos contradictorios, siempre ha sabido tomar en serio lo que vale la pena de admirarse; y su admiración parece tanto más profunda y comunicativa, cuanto que no es pródigo de ella.

Ha admirado con más ardor que nadie á la antigüedad helénica, por el ensueño de belleza inmortal que legó al mundo. Y no la pidió solamente la inspiración de sus primeros poemas, sino que también tomó de ella ese sentimiento de la armonía y de la medida que se afirma hasta en la elección del menor epíteto, y que quizá también no haya dejado de contribuir en algún tanto á asentar entre las inteligencias excesivas y vulgares la leyenda de su incredulidad general y absoluta.

Ha admirado á Juana de Arco, por la grandeza de la ab-

negación y de la fe en un corazón sencillo de campesina ignorante, consagrándole años de trabajo y pacienzudas investigaciones. ¿Y cuántos le consagrarán aún, antes de dar por conclusa esta historia de la heroína, historia de la cual sólo conocemos fragmentos desperdigados, y que podría ser la obra capital de la vida eterna?

Ha admirado á Ernesto Renán, por la suma inmensa de ideas que agitó el fecundo cerebro del maestro; y como tuvo la ventura de frecuentar su trato mucho, no sólo le admiró sino que le amó, hasta el punto de no querer pasar por alto la ocasión que se le presentaba ahora de saludar con respeto en su discurso al creador de los *Diálogos filosóficos*.

Por último, ha admirado con la admiración más sincera á Fernando de Lesseps, por los inagotables tesoros de actividad y de energía que el viejo luchador llevaba dentro de sí, y porque no es menos hermoso haber «retocado la figura de la tierra», que haber modelado el mármol como Fidias, ó paseado por la escena el trágico séquito de las pasiones humanas cual Shakespeare.

Aun sólo desde el punto de vista estético, pocas existencias han sido más admirables que las del vencedor en Suez y vencido en Panamá. Antes del doble proceso que se vió ante el tribunal de apelación y el tribunal ordinario, cerníanse sobre la familia de Lesseps muchas prevenciones sordas, que el desastre del canal interoceánico pareció justificar de sobra. Habíanse pronunciado las palabras abuso de confianza y estafa. Los calificativos más denigrantes iban ligados al nombre del gran anciano. Cuando concluyeron las discusiones judiciales, cuando la magistratura puso en claro las feas interioridades de este misterioso y gigantesco negocio, cuando se oyeron las explicaciones dadas por la defensa, dirigiéronse á otra parte las responsabilidades, y se advirtió que los verdaderos culpables no eran precisamente aquellos que al pronto parecían los más gravemente comprometidos.

Muchos de los que seguimos de cabo á rabo el curso de las

audiencias, experimentamos la sensación de que los interrogatorios, que habían de concluir por sentencia condenatoria penal contra Fernando de Lesseps y su hijo, iban á parar al mismo tiempo en su casi absolución moral. Creo poderlo decir sin paradoja: sufrieron una derrota, más bien que una caída. E instintivamente lo comprendió tan claro la opinión pública, que nunca reclamó, á lo menos respecto del padre, la ejecución de la sentencia dada contra él. Presenciamos el extraño espectáculo de un criminal á quien la inflexibilidad de la ley acababa de ponerle nota de infamia, y á quien se dejó conservar en su pecho las insignias de la Legión de honor.

Hubiera sido imposible arrancárselas. Anatalio France nos ha referido cómo á lo edad de veinticinco años, inmovilizado el joven Lesseps en el lazareto de Alejandría, leyendo la Memoria del ingeniero Lepère acerca de la unión del Mar Rojo con el Mediterráneo, concibió el proyecto de realizar el sueño vagamente entrevisto antaño por Bonaparte. Poco menos de cuarenta años después nos demuestra realizado ese ensueño, y consagrado el triunfo de la temeraria empresa en una fiesta internacional, que fué una especie de apoteosis para el genio de Francia.

«El 16 de Noviembre de 1869 una empavesada flota de buques de guerra y de comercio estaba anclada en Port-Said. En la playa, donde ondeaban los pabellones de los pueblos, donde se alzaban la cruz y la media luna, elevábanse dos altares, uno para el protonotario apostólico, otro para el gran ulema, y de allí subían al cielo la oración cristiana y la oración musulmana, como dos líneas que tiradas por el matemático desde dos puntos del espacio se dirigen á una misma estrella, hartamente remota, sin juntarse jamás.»

El robusto obrero á quien debíamos aquella fiesta y aquel triunfo, cualesquiera que fuesen sus yerros, no debió ser degradado hasta el nivel de los piratas vulgares. Si los vergonzosos rencores políticos no se hubiesen inmiscuído en ello, tal vez hasta hubiera sido más digno de él y de nosotros suspen-

der todas las actuaciones y olvidar por una vez los artículos del Código y renunciar al triste privilegio de manchar por nuestras propias manos la gloria de uno de nuestros grandes hombres.

Tanto más cuanto que desde ahora, y á lo menos en la parte más ilustrada del país, comienza á dibujarse un movimiento de reacción en favor suyo. Se pregunta si el infortunio final no fué desproporcionado con respecto al castigo que merecía una imprudencia, después de todo, generosa. Y el día de la recepción de Anatolio France el auditorio académico sintió escalofríos cuando el orador, en términos de una amplitud igual á su asunto, recordaba las horas postrimeras de aquel que subió tan alto y acababa de caer tan hondo:

«En medio de los suyos, en esa mansión rústica de la Chesnaie, donde casi medio siglo antes había trazado en un mapa la breve línea destinada á unir dos mundos, débil, inerte, desolado, subiéndose por encima de las heladas rodillas la manta de viaje, moría en silencio el gran viajero. Pero un día viéronse correr lágrimas por sus apergaminadas mejillas.»

Aunque hubiera sido culpable, tan culpable como lo afirmaron sus ingratos detractores, después de los beneficios con que colmó á su país y á la humanidad, parece que tales lágrimas de agonía y de desesperación hubieran debido bastar para lavarle de sus culpas.

Y, en suma, si los paralelos biográficos, por el estilo de los de Plutarco, no constituyesen generalmente el más estéril de los juegos de ingenio literarios, ¿no sería esta la ocasión oportuna de evocar, con motivo de Fernando de Lesseps, el recuerdo de Cristóbal Colón?

Como el admirable genovés, aquel cuya epopeya se celebraba ayer bajo la cúpula del Instituto, pasmará sobre todo al mundo por el atrevimiento de su imaginación práctica, por la energía y la paciencia que empleó en perseguir su sueño dorado; en una palabra: por el extraordinario temple de un alma que parecía inaccesible á los embites de los hombres y de las

cosas. Como el ilustre navegante del siglo XV, que quiso hallar un camino más corto desde Europa á las Indias, y que, confundiendo las Antillas con las islas del Japón y el Orinoco con el Ganges, murió sin sospechar que había descubierto un continente nuevo, así también nuestro gran compatriota sólo buscó, á través de los arenales de Suez, un camino más rápido hacia el extremo Oriente, y no hizo sino realizar el proyecto concebido por su precursor.

Como él, no ha triunfado de los obstáculos puestos en derredor de su empresa sino después de largos años de esfuerzos y de luchas. Como él, modificando bruscamente por su audaz iniciativa las condiciones etnológicas del globo terráqueo, ha abierto una era nueva y preparado acontecimientos históricos y económicos cuyo incalculable alcance futuro nadie puede presentir. Por último, como él también, ha conocido en vida la amargura de ver olvidados sus beneficios y calumniado su genio.

Día llegará en que se citen, una junto á otra, la agonía de Fernando de Lesseps y la de Cristóbal Colón, cual memorables ejemplos de la bajeza de los hombres. Día llegará en que vaya á visitarse la hacienda de la Chesnaie con el mismo sentimiento de conmiseración respetuosa que lleva el actual viajero á ese edificio de las afueras de Valladolid, donde la municipalidad ha hecho poner una lápida de mármol con estas sencillas palabras, de una concisión penetrante: «Aquí murió Colón.»

Y aunque, como dice Anatolio France, acordemos «erigir en la margen del canal de Suez una estatua que sea saludada á través de los siglos por los pabellones de todos los países», acaso este tardío homenaje parezca hartó insuficiente para atenuar el justo rigor del fallo que acerca de nosotros den esos siglos venideros.

MAURICIO SPRONCK.

(De la *Revista Azul*.)



# CRÓNICA INTERNACIONAL.

---

Las desgracias de los griegos.—El despotismo asiático representado por Turquía y la libertad occidental representada por Grecia.—El mundo cristiano sumergido en el mundo musulmán.—Aspiraciones universales contra el Korán.—Atávica permanencia de las cualidades helenas.—Responsabilidad de la dinastía.—Mala dirección diplomática.—Mala dirección militar.—Estado de Europa.—Estado de España.—Su crisis política.—Su crisis ministerial.—Consideraciones.—Conclusión.

## I

Las desgracias de Grecia nos traen profundamente conmovidos. Nunca imagináramos que hubiesen llegado tan lejos los adelantos de Turquía y las retrogradaciones de su rival ilustre. El corazón se parte al considerar cómo, habiéndose abierto esta centuria con una llave de oro por los jóvenes filohelenos llamados, desde aquella época, Byron, Goethe, Chateaubriand, Víctor Hugo, llegue á cerrarse, apagados estos genios en nuestros horizontes sensibles, con un ímpetu regresivo de naturaleza tan espantosa como el que acabaría marcando con hierro candente la media luna en el brazo de los griegos, amarrados á las galeras turquesas, cual nuestros antiguos cautivos, ó amontonados, como el pueblo de Dios, bajo los sauces y los cipreces del extranjero río en las mazmorras de nuevas

Babilonias. Creemos exageración de la leyenda el colosal despotismo personificado en los seculares colosos de Faraón, de Baltasar, de Nabucodonosor, de Sardanápalo. Y, sin embargo, á nuestros mismos ojos, en nuestra misma historia y vida, sobre las tierras del europeo continente, que imaginamos esencial parte del cerebro humano, donde habita el pensamiento, á cuya luz se esclarecen y á cuyo calor se animan todos los pueblos, aún hay déspotas, como los que vivían en un palacio, templo, cuartel, ciudad, por las orillas del Eufrates, ó como aquellos á quienes guardaban el sueño las esfinges en pórfido levantadas sobre los arenales de Menfis y de Tebas. Donde Constantino dejó el Imperio heleno fundado, para que fuese sobre las familias y tribus de Oriente como el Imperio romano sobre las familias y tribus de Occidente, un foco luminosísimo esparciendo ideas y un verdadero núcleo de razas disciplinando fuerzas; allí, ante Asia y Europa, cerca de los archipiélagos, en cuyas islas amaneciera la cultura humana, yace un tirano sobre su lecho asiático, déspota dementado por los vapores de una omniscencia que cree divina él, pues ofende al cielo todo despotismo en el mundo; déspota viciado por una omnipotencia, pagada, en su soberbia, de que puede alterar, no solamente las leyes morales, violables por el humano albedrío, las leyes físicas fundadas en la fatalidad, pues le falta desde la razón hasta la conciencia; déspota generalísimo, aunque nunca se vea en cabeza de los ejércitos; déspota, pontífice ó califa, siquier nunca pontifique; déspota ulema, intérprete del Korán y depositario del saber, aunque los mismos adoradores de su despotismo civil rechacen su despotismo religioso, por creerlo vínculo de los verdaderos creyentes, ó sea de los árabes, adscritos por sus ascendencias á Mahoma y Alí, no de los mongoles, descendiendo éstos de Atila y de Tamerlán, azotes de Dios, por lo cual á la continua muestra su ascendencia y atavismo desde su harén, donde los pebeteros le trastornan el seso con sus ponzoñosos perfumes y las odaliscas le beben la sangre con sus torpes sensua-

lidades, diezmando un día los armenios, otro los anatolios y los cretentes y los griegos, cual si fueran sus ejércitos legiones de ángeles exterminadores, y su primer ministro la muerte. Y este déspota, después de haber estado en un delirio consecutivo renovando las matanzas de los tiempos y de los pueblos carniceros, desde las fuentes del Eufrates y las raíces del Ararat hasta las aguas del Mediterráneo y las raíces del Yda, hociquea hoy en los cuerpos de aquellos que fundaron la civilización universal y que nos dieron el alma esencialísima de nuestro espíritu, aterrándonos con un retroceso á la barbarie y prometiéndonos por todo puerto la reacción hacia una guerra perenne que genere por toda solución á nuestros problemas sociales, el bárbaro y asiático régimen de una perenne conquista. El progreso jamás se desarrolló en una línea tan derecha que alguna vez no sufra oscilaciones regresivas, y la libertad jamás tuvo luz tan perenne que desafiara el eclipse y la noche á que se halla expuesto este astro moral, como todos los astros materiales; y no es cosa de que, así como los reyes del siglo diez y ocho pagaron en cien revoluciones y en cien guerras revolucionarias el crimen de haber enterrado bajo sus tronos esa triste Polonia muerta, perdiendo sus coronas históricas, trocadas en coronas parlamentarias, los pueblos paguen al fin del siglo décimonono, en cien reacciones tremendas y guerras reaccionarias, el crimen de haber asesinado á Grecia, rediviva otros días entre los derechos y las libertades populares, próximos á trocarse, bajo tal retroceso, en amarras que nos aten al más feroz despotismo.

## II

Y, para que no parezcan exageraciones más estos temores de retrogradación fatal, necesitamos traer á nuestro recuerdo la naturaleza del islamismo, y decir que aún ocupa considerable parte del planeta, obscurecido por esa mancha sangrienta, y forma una confederación de razas, á cuyos tremendos golpes puede peligrar toda la cristiandad, pues llegan desde el istmo de Suez hasta el gaditano estrecho sus huestes, y desde los desiertos tártaros, en el fondo de la mongólica barbarie, hasta los mares adriáticos, en el seno de nuestra más antigua y más espléndida civilización europea. Un temperamento secular como el temperamento bélico de los musulmanes, se despierta y se rehace así que lo provoca la menor externa excitación á mostrar la entraña de su pensamiento. El califato no ha sido en la tierra y en la historia otra cosa que un sacerdocio pontificando en armas, el cual oponía, como contraste con la cruz de los apóstoles y de los humildes, el corvo alfanje de los guerreros y de los conquistadores. Quien cree la predicación cosa vana, el apostolado inútil, femenina é impropia de varones la persuasión, conquistador por su naturaleza el Estado, guerra la religión, sacerdotes los generales, soldados los pueblos, la trasmundana surrección segura para quien muere batallando, el servicio militar y la obediencia pasiva instrumentos de todo imperio, ha producido estos dogmas y tomado estos temperamentos, creándose un alma en lo interior, y en lo exterior un cuerpo, apercebidos á conquistar el mundo todo y, si posible fuese, hasta el cielo. Así, desde la Persia, dominada por los fieles á Zoroastro, hasta la Bética, dominada ya por el catolicismo romano, y desde la Bética y sus godos hasta la Sici-

lia y sus heleno-romanos, constituyóse al empuje de los primeros mahometanos una civilización, la cual acababa por arrastrar entonces en los ríos de sangre derramados por sus armas Egipto y Siria y Arabia y Palestina, que no pudieron resistir á la fuerza y á la conquista. Y no solamente los musulmanes tienen tal carácter impetuoso y bélico y conquistador de por vida; conservan esta vida mucho, muchísimo tiempo, en una perseverancia que ha pasado á ser histórica y secular, como los más altos y más enormes poderes cuyos recuerdos guarden los anales de la humana memoria. Por consiguiente, no puede darse aliento alguno al islamismo en parte ninguna del mundo sin que salte á la vista inmediatamente un peligro, y peligro muy grave, para toda la cristiandad. En los últimos días, los mahometanos redoblaban sus plegarias y sus maceraciones y sus ayunos para que Alah concediese al estandarte verde del sabio profeta Mahoma y á la media luna del califa Ostman la victoria decretada por el destino á los fieles creyentes sobre los perros cristianos. Y como aquellos fanáticos crean que Dios está donde cualquier victorioso esté, y el victorioso está con ellos, el victorioso es Edem Bajá, erguido sobre la frágil persona del Diodoko griego, resuena el Imperio turco todo entero con himnos de victoria, y estos himnos despiertan en el corazón de los últimos musulmanes, sentados en el desierto á la sombra de sus camellos, la indestructible aspiración hacia una guerra santa y hacia una conquista universal. Viajeros llegados á mi casa del Oriente y del Occidente, unos que han visto el hervidero de las pasiones musulmanas al pie mismo del Tabor, y otros que lo han visto en los aduares de Tánger, confiesan haber corrido de un extremo á otro extremo del mundo musulmán el eco de las recientes victorias mahometanas como un excitante al combate inmediato y como una esperanza muy cierta y muy fundada de segura é inmediata victoria.

## III

Y no hay pueblo europeo que deje de temer alguna complicación grave con pueblos, ó de religión islamita ó de sangre africana. El más distante de toda política, magüer sus pasos últimos de adquisiciones transmarinas, el pueblo alemán, ha tenido muchas dificultades con Inglaterra por el sultán de Zanzíbar y muchas más por la noble República de los boeros, trasplantados desde las marismas del boreal territorio báta-vo á los arenales de su austral territorio africano. Esta es la hora en que corren peligro de partir en guerra los dos Estados liberales del centro, británico y francés, por la tutela sobre los egipcios y el Egipto, como esta es la hora en que no han podido reconciliarse Italia y Francia, hija y madre, por la francesa conquista de Túnez. El célebre albanés, vestido todavía como lo enseña la leyenda, con su gorro griego á la cabeza y su cartuchera bordada de colores al cinto, pone su trabuco en el ojo y requiere su yatagán en el costado, buscando la ocasión propicia de por el suelo derribar los soldados austriacos, que sojuzgan la Bosnia y la Herzegovina. No puede haber paz entre Rusia y Turquía en adelante, aunque haya hoy un extraño armisticio. Turquía posee Armenia, que Rusia desea toda entera, después de haber puesto para esta reivindicación jalones y más jalones en su territorio; Turquía posee Anatolia, que Rusia desea, por estar enclavada una península tan hermosa y tan histórica como la península moscovita de Crimea entre Anatolia y Armenia; Turquía posee la cuenca del Jordán, que Rusia juzga como línea estratégica, militarmente considerada, superior á la cuenca del Nilo, y la tierra de Palestina, en cuyos senos encuentran los rusos satisfacciones

religiosas parecidas á las encontradas por los musulmanes en la Meca; Turquía posee Constantinopla, cuyas formas están dibujadas en la retina de todos los eslavos, quienes remedan las rotondas bizantinas en su Danubio y en su Neva, y ponen las cruces áureas de los tres brazos sobre las multicolores rotondas, y esperan ver, entrando por la misteriosa puerta que trazaron los ángeles, el sacerdote de la postrer mañana de Bizancio, todavía vivo, para continuar la misa cortada por el alfanje turco, entonando el Credo y el *Te-Deum* los griegos en Santa Sofía, resucitada tras cuatro siglos de servidumbre, peores que la muerte y más oscuros que el sepulcro, en una Pascua de Resurrección, semejante á la Resurrección celebrada en todas las iglesias. Y lo que digo de Rusia, digo de Inglaterra, protectora de las altas planicies del Afghánistan, en cuyos senos brotaran las primeras tribus mongólicas; soberana en el Ganges de más musulmanes que tiene reunidos en sus dominios el sultán mismo; primer potencia islamita, como ella se llama, protectora del Nilo y del canal de Suez, más importantes para el mundo musulmán y hasta para el mundo europeo que la Tracia, que el Bósforo de Tracia, que los codiciados Dardanelos. Y no hablemos de las naciones latinas, sabiendo, como sabemos, cuántos asedios y asechanzas han puesto los mahedíes á la Kassala de los italianos, y cómo desean éstos el dominio de Trípoli; cuáles sublevaciones musulmanas teme Francia dentro de su Argelia, y cuántas guerras sospecha tener con Marruecos; cuán reciente se halla en la memoria española su guerra de Africa, y cómo nos envanece-mos de nuestra epopeya nacional, en que mostramos, combatiendo desde los Pirineos hasta Ceuta, el ardor con que sabemos aterrar á los conquistadores musulmanes y la constancia con que hicimos retroceder el Islam á sus guaridas en el desierto libico y en los desfiladeros del Atlas.

## IV

Así no hay más remedio, ya que no por culto á los progresivos ideales, como nuestros padres, por interés de nuestra seguridad propia, como amenazada la civilización cristiana por el alud enorme de la barbarie islamita, sino defender Grecia en todos los consejos europeos y salvarla del turco, dejándola en la integridad completa de un territorio, del cual necesita para su defensa, pues no podría perder una pulgada sin detrimento propio y sin detrimento también de todos los cristianos. Así, yo, que nunca he conjurado á Grecia para que arrostrase la última guerra, por mi horror á todas las guerras, hoy reclamo de América y Europa, de cuantos pueblos cultos y cristianos hay en el planeta, una intervención á favor de que Grecia quede intangible, tal como estaba en los tiempos anteriores á sus recientes infortunios. Y reclamo, no intervenciones más ó menos diplomáticas, acompañadas de intervenciones más ó menos armadas; reclamo una intervención de cada opinión pública nacional en sus respectivas naciones y Gobiernos para que acorran y salven las tierras donde guarda sus mayores títulos de nobleza el género humano, separado allí del animal, como reivindicador de su personalidad libre, cual enseñan sus humanas estatuas, bien opuestas á las esfinges orientales, quienes muestran á una, con su cabeza de mujer y su cuerpo de tigre, cómo el hombre se hallaba confundido con el animal antes de Grecia, en los senos panteistas del Asia. La opinión pública de todos los pueblos europeos puede y debe hacer mucho. Pues qué, ¿se hubiera jamás creado Grecia sin aquellas legiones de filohelenos, cuyos generales eran poetas? Yo he oído contar á italianos meridionales cómo hicieron más por ellos



los libros de Gladstone que los desembarcos de Garibaldi. Nunca hubiera desenvainado Napoleón III la espada de los Césares franceses en los campos del territorio lombardo, si á ello no le mueven y para ello no le guían el coro de los grandes genios franceses, parecidos á estas legiones de ángeles precediendo desde los cielos á las legiones de los combatientes en las pinturas místicas. Los Czares de Petersburgo, poco inclinados, como buenos germanos, hacia las razas esclavonas, se vieron obligados á emancipar Bulgaria y Servia, porque se lo impusieron y ordenaron en sus libros apocalípticos los dos genios gemelos de Rusia, los leídos y consultados eslavófilos, que se llamaban Katkoff y Atkassoff. De modo que aquella cruzada del año setenta y seis, muy parecida de suyo á las cruzadas medioevales de la cristiandad; el paso franqueado á los rusos en las orillas del Danubio por mano de nuestros consanguíneos latinos los rumanos; el épico escalo de los Balkanes por el audaz Gurko, tan semejante al escalo de los Alpes por Aníbal y Bonaparte; los asedios á Plewna, que pueden llamarse troyanos por la paciencia de los sitiadores y por el coraje de los sitiados; las condiciones impuestas en San Estéfano, barrio de Constantino, donde se olfateaba ya el incienso de Santa Sofía; todos los esfuerzos que glorificaron una de las más grandiosas campañas posibles, tuvieron en los publicistas contemporáneos y en la prensa periódica un ideal como el mostrado por San Bernardo, y un impulso como el impreso por Pedro el Ermitaño á las cruzadas medioevales. Pues hay que seguir tan luminosos ejemplos. No se necesita coger arma ninguna para ir ahora en socorro de Grecia: basta con esgrimir las plumas leídas; tocar á rebato las campanas resonantes de nuestra elocuencia política; erigir desde cada tribuna parlamentaria un pararrayos que arranque al cielo tormentoso la centella vibrante sobre la divina madre del Verbo humano, para que se detenga el bárbaro vencedor, entre en las condiciones de un verdadero armisticio, y renuncie á desangrar de sus últimas gotas las exhaustas venas del pueblo revelador, y no imponga so-

bre su tesoro deudas, deudas inaprontables, exigidas por una codicia inextinguible; y quiera que la tierra de Tesalia, donde se congregaron los dioses redentores de la personalidad humana, y las tierras del Epiro, que convirtieron la luz material en espirituales idealidades, no pasen del cristianismo, que tanto prepararan, al dogma de la fatalidad, que todo lo emponzoña; y si han de hacer alguna rectificación en antiguas fronteras, se haga para preservar Grecia de la barbarie turca, y no para entregar á la barbarie turca Grecia, pues la patria del genio y del arte aparecerá siempre como un contrafuerte opuesto al Asia por Europa, y como el único laboratorio de ideas que puede, con su civilización y con su Iglesia orientales, llevar el Cristianismo al Oriente.

## V

Los griegos han mostrado que las grandes cualidades atávicas, herencia de su nombre y sangre, no se han enflaquecido un ápice, aunque les haya negado el medio ambiente contemporáneo los medios de prosperarlas como prosperaron en los antiguos tiempos. No basta nacer en Roma para conseguir el dominio de la tierra, ni en Cartago para resucitar el comercio y navegación de los cartagineses, ni en España para invenir cada día mundos nuevos, ni en Florencia para pintar hermosos cuadros; y como se necesitan siglos de siglos para producir un verdadero Cervantes ó un Franklin, se necesitan muchas y muy milagrosas circunstancias para producir en Atenas un siglo como el siglo de Pericles. Pero amor á la patria, heroismo capaz de competir con el heroismo de sus progenitores, idealidades artísticas, abnegación de los intere-

ses personales en aras del interés general de su raza y de su gente consanguínea, el entusiasmo por todas sus generaciones pasadas acaban de lucir Grecia; pues si no han estado de su parte los laureles del triunfo, han estado los honores del esfuerzo. Lo que no ha estado ni ha parecido en verdadera congruencia con sus altas cualidades y con su valor nativo, es la dirección y gobierno de las legiones que han ido cual melodiosos seres á la muerte inmortal, como los vencedores de Salamina y de Plectea, resultando de todo ello la frustración del empeño, sobrehumano muchas veces, pero inútil de toda inutilidad, cuando no está dirigido por un formidable poder y por una verdadera competencia. Unas veces se han llevado las irrupciones hasta lo temerario y otras veces hasta el pánico los retrocesos. Después de haber vencido al contrario, se ha declarado la desbandada entre los mismos vencedores; y sobre un campo, donde solamente debió aletear la victoria, se ha extendido la plaga mayor que puede caer sobre los combatientes: el pánico, la declaración de inverosímil rota, engendrada por el terror propio, no por el ajeno triunfo. También la demasiada intervención del elemento popular en las operaciones, si ha dado calor al espíritu y fuerzas al ánimo, remontando en los soldados de la libertad los nervios, que mandan sobre los músculos y desarrollan sobrenaturales fuerzas en todos los héroes, ha impedido el secreto necesario en las operaciones y la pasiva obediencia del pensamiento y de la voluntad, indispensables á todos los ejércitos. El guerrillero, si ha de prestar auxilios en una guerra táctica y regular, ó debe destacarse del núcleo central, defendiendo con escaramuzas los flancos de éste, parando las marchas delante del enemigo, como hacía Garibaldi en la guerra franco-austriaca, engendrada por causa tan sublime como la independencia itálica, ó ha de someterse al resto del ejército con la sumisión ciega que tienen las máquinas y que quita toda espontaneidad así al combatiente como al combate: cosa grave cuando de voluntarios y de guerrilleros se trata. Hubo en los improvisados garibaldinos, llamémoslos así, mucha grandeza

heróica y rasgos de abnegación extraordinarios que se contarán entre los más honrosos á la especie humana siempre; pero no hubo en el regio Estado Mayor del ejército regular ni las fuerzas asimiladoras necesarias para como parte de su propio cuerpo adherírselas, ni aquella superior dirección que suple al número, saca fuerzas de flaqueza, y consigue, con la inteligencia generadora de una táctica y una estrategia provechosa, contrastar las fatalidades mecánicas del combate y trocar en victoria la derrota. No pueden maravillar á nadie ahora los anatemas fulminados sobre la cabeza del Duque de Esparta, cuando, al asumir el mando y la dirección de todo, asumió la responsabilidad en todo, y recoge tantas acerbidades, vencido, como victorioso recogiera provecho y gloria.

## VI

Desde luego había que saber si contaba Grecia ó no con el apoyo europeo; después había que saber si contaba ó no con el auxilio de los pueblos balcánicos, un verdadero complemento al apoyo europeo; después si contaba ó no con profundas complicidades tangibles en los dos pueblos de Macedonia y del Epiro, donde la multitud de razas hace muy difícil, si no imposible, todo cálculo fundado y toda previsión segura, sobre cualquiera de sus inclinaciones; cálculo y previsión necesarios, pues sin ellos no puede ninguna campaña política emprenderse, ni menos ninguna campaña militar. No pudiera Cavour poner en la balanza, donde se decidían, el año cincuenta y seis, los destinos de la Nación itálica, el peso de la espada francesa, si no asegurara que toda Italia se sublevaba en cuanto viera el pantalón rojo de los zuavos resaltar entre las negras male-

zas y las eternas nieves del Monte Cenis. No pudiera cañonear Bismarck las tropas dinamarquesas, como las cañoneó el año sesenta y dos, si no contara con la complicidad manifiesta del Austria, detenida en inestable parálisis por su predominio y su presencia honorarias en la Confederación germánica; y no lanzara al Austria de la Confederación germánica, si no presintiera la escasa resistencia que habían de oponer á su marcha invasora y triunfal por Bohemia los primeros soldados del imperio austriaco, los húngaros, interesadísimos, al igual de los prusianos, en el triunfo de Prusia. Para explicar el apoyo europeo necesitábase con verdadera ciencia saber cuáles caracteres ofrece nuestra Europa contemporánea. Desde luego no hay que contar con el sentimentalismo por las nacionalidades, antaño tan poderoso; pues aunque Francia, en su corazón, dotado de inextinguible generosidad, no se arrepiente del auxilio concedido á Grecia y á Italia, está muy escarmentada en su propia cabeza y lleva el desprecio de las nacionalidades hoy hasta entenderse con el verdugo de Polonia, de esa Polonia mártir por quien hacía revoluciones interiores diarias durante la segunda República, y al extremo estuviera de promover una guerra europea durante el segundo Imperio. Grecia, en verdad, abrió con los heroicos esfuerzos de sus hijos predilectos, los cretenses, el año sesenta y seis, la guerra oriental, que se coronara dos lustros más tarde con un retroceso patente de Turquía en San Estéfano, salvada por Inglaterra merced al pacto de Berlín, y una victoria de la cristiandad oriental, representada por los cruzados que dirigían el pontifical Czar, Emperador político y religioso de la Santa Rusia. En el reparto de los despojos dejados por Turquía esparcidos entre los estremecimientos de su desgracia, acaparó Austria Bosnia con Herzegovina; Inglaterra Chipre; Francia el permiso necesario para su paso á Túnez; Rusia la codiciada Besarabia y una extensión de su territorio en Armenia; sus elevaciones á reino, y la extirpación hasta de sus respectivas nominales dependencias del sultán, Rumania y Servia; su

puerto de Dulciño, arrancado á los albaneses Montenegro; y Grecia solamente obtuvo unas porciones del Epiro y de la Tesalia, tan mal recortadas, que componían aquí una desmembración y allá otra: montones, los cuales habían de concluir, lanzados como pomas de discordia entre la nacionalidad helena y el imperio turco, por traernos horrible guerra, en que reclamara el déspota oriental una sanción por el mundo cristiano de su reconquista musulmana, cuyas tremendas indeclinables consecuencias podrían llevarnos al despotismo que trae consigo aparejado la barbarie. Y luego, cuando Grecia, condenada por los poderosos del mundo á tantos dispendios como cuestan siempre los preparativos de perdurable guerra, quebró, no tanto por su administración interior como por su política inevitable, maltratáronla sus acreedores, queriendo ponerla en tutela económica, como están Turquía ó Egipto, y amenazándola con otras humillaciones, sin darle ninguna compensación territorial, pues si osó reclamarlas, pusieronle por contestación á sus reclamaciones un bloqueo infame y deshonoroso para Europa, en el cual entraron dos pueblos cultos y libres, como la republicana Francia y la parlamentaria Inglaterra, olvidando su obra más gloriosa: la resurrección de Grecia, título justificativo de su predominio en los pueblos civilizados y del reverdecimiento de sus laureles en la moderna Historia.

## VII

Debían los griegos, tan poseedores de una grande inteligencia como de un grande corazón, adivinar las dificultades invencibles con que habían de tropezar, así en los consejos de la Europa contemporánea, como en los campos de su terrible ataque á Turquía, evitando encontrarse á merced, por com-

pleto, de una intervención, la cual menguara su independencia, ó de una derrota, necesariamente inevitable, la cual hiere de muerte su costosa y disputada integridad. No bastaba con tener una dinastía empingorotada y unida con las familias reinantes, si esta dinastía era desairada por tales familias en sus pretensiones, para cuyo logro importan mucho los intereses políticos análogos y poco las afinidades consanguíneas de unos reyes con otros reyes. Y aquí es donde comienza la responsabilidad moral de los monarcas helenos y de su maltrucha dinastía, la cual estaba en el caso de saber que no contaban en el Universo mundo con apoyo ninguno. Aunque reflexionaran poco, aquellos reyes entendieran, de recapacitar un minuto, serles imposible conseguirlo; porque, si bien á su favor estaban los cuatro pueblos occidentales de nuestro Continente, Francia, Inglaterra, Italia, España; Francia se veía paralizada en sus afectos por la terrible amistad con Rusia, exigiéndole servicios en todas partes, y con especialidad en Oriente; Inglaterra, por su incapacidad absoluta de ingerirse á su grado en la política continental, como no tuviera un pie puesto por medio de alianzas en Europa, y no le es dado contar con Francia, la natural aliada suya, mientras no le devolviese, devolución imposible, la deseada cotutela sobre el codiciado Egipto; Italia, por su tradición gibelina y alemana, contradictoria con la tradición güelfa y francesa, que la tiene ceñida indisolublemente al emperador Guillermo; España, por su neutralidad irremisible y por sus dos guerras, al extremo Oriente la una y al extremo Occidente la otra, de nuestro misérrimo planeta, las cuales obligáranle por mucho tiempo á recluirse dentro de sí misma, si quiere con verdadera voluntad rehacerse y confortarse. A los ojos de la dinastía helena estaba patente la complicidad moral entre los dos señores del Norte y del Centro, interesados por igual en la conservación de Turquía, y no pudo arrestarse sino movida por propensión demente al suicidio, hasta el extremo de retar al sultán á una guerra cuando el sultán tenía bien guardadas sus espaldas,

nada menos que por el emperador de Alemania y el emperador de Rusia, dueños del campo, no solamente por los sendos inacabables imperios que mandan, por la incapacidad absoluta en el emperador austriaco de moverse cuando se rompe, y en dos partes, su monarquía, se enciende, asaltada por las cóleras entre sus súbditos, en guerra civil perpetua, que no sólo destruye la unidad del imperio, lo aniquila y lo deshonra. Con dos protectores de Turquía, el uno deseoso, como el czar Nicolás, de que no se mueva hoja ninguna del árbol aquel mientras no pueda para sí acapararlo todo entero; el otro, deseoso de que Turquía no caiga, por haber él fiado su existencia intangible á los banqueros alemanes, tenedores de fondos, y á los oficiales adscritos á la instrucción de su ejército; con dos protectores así, no podía prometerse ningún favor de la fortuna el rey Jorge, tanto más cuanto que tras las ingrati- tudes británicas, en guerra con Abisinia, y tras las competen- cias entre Inglaterra y Francia en todo el orbe colonial, desde el Norte de América hasta el Norte de Africa, ambas nacio- nes participan un poco del pensamiento de los dos jóvenes emperadores, tan maltratados por Gladstone, los cuales dos emperadores propenden á resucitar los sueños de Napoleón acerca del bloqueo continental contra Inglaterra.

## VIII

Y si la parte diplomática de la campaña cae como un ana- tema sobre la imprevisora dinastía, cae con mayor pesadum- bre aún la parte militar. Primeramente se forjaron los reyes muchas ilusiones respecto de su poder marítimo. Creían al sultán amedrentado por las escuadras helénicas y receloso de topar con otra Salamina, mientras, por mala dirección, sin du-



da, la valerosa y fuerte Marina de guerra no respondió á las regias esperanzas, puestas en sus maniobras, y no trajo los provechos preconcebidos y esperados para la hora suprema del apocalíptico trance, que todos los griegos aguardaban de uno á otro instante, como imposición fatal de su geografía y de su historia sobre todas las generaciones helénicas, llamadas, en sus providenciales designios, á preservar Europa del Asia como España está llamada por iguales designios también á preservar Europa del Africa. Y habiéndose apercebido por mar á este día terrible, aunque sin resultado, no se apercebieron los reyes de modo alguno por tierra. El ejemplo de Prusia, su verdadera patria, debió enseñar á la dinastía helena cómo proceden los pueblos relativamente chicos destinados á luchar con imperios grandes; pues así como Prusia estuvo destinada por el movimiento social á tener una guerra con Austria, mientras Austria radicara en la Confederación germánica, Grecia está destinada por el movimiento social á tener una guerra con Turquía mientras radique Turquía en nuestro continente. ¿Por qué no estar preparado el rey á tal trance? No prospera ninguna improvisación. No se improvisa una guerra con Imperio que aterró á los Czares en su choque postrero con Rusia. Desposeído Jorge de alianzas, necesitaba poseer fuerzas. Y para poseer fuerzas, necesitaba con tiempo atesorarlas y luego volverlas contra el enemigo en oportuna sazón. Y este proceder lo imponía el proceder contrario, la preparación tenaz de Turquía, quien, superando en fuerzas de un modo tan desmedido á los griegos, se industriaba en materia militar con el consejo y el ejemplo de Rusia. Los turcos, organizados desde los tiempos del gran Tamerlán para la conquista; nacidos con el temperamento atilesco, propio de una raza cruel y conquistadora; después de haberse descolgado de la Mongolia y sus anejos á los mares de Túnez y á los archipiélagos vénetos, han obedecido á la evidencia, y dando su brazo á torcer, se han desunido de su tradición y provístose de cañones y de generales en Alemania, resueltos á mantener una guerra, y una gue-

rra tremenda con la Europa cristiana, en la cual guerra lo primero que se les aparecía como una Ifigenia propiciatoria era la divina Grecia. Y mientras tanto, la dinastía helénica llegaba en sus despilfarros hasta la bancarrota y en sus imprevisiones hasta dispendiar el valor heroico de los griegos en pelotones, sin la ciencia, sin la disciplina, sin la organización indispensables á todo verdadero ejército. De aquí los pánicos tras los triunfos; las retiradas sin motivo y sin objeto; el abandono de Larissa, cuando todo aconsejaba mantenerse allí á pie firme; los trastrueques de rotas en victorias y de victorias en rotas; las luchas á ciegas entre los ejércitos nacionales, por ignorancia de la posición que ocupaba el enemigo; las retrogradaciones desde los desfiladeros del Tempe hasta los desfiladeros de las Termópilas; el malogro de los heroicos esfuerzos hechos en los campos históricos de Tesalia; el sacrificio inútil de tanto voluntario como han renovado el valor de Milciades y de Temístocles sin renovar sus hazañas; las quejas del coronel Vassos, antes de tiempo expedido á Creta y antes de tiempo reembarcado hacia Grecia; el anatema de Smolenski sobre los militares del cuartel general que rodeaba la figura del Príncipe heredero, y sobre este mismo Príncipe también, que ha estado á pique de saltarse los sesos y vístose obligado á partirse hacia Inglaterra para gastar en ceremonias cortesanas la grande actividad que debió emplear en los conflictos militares; la inmólación inútil de unos guerrilleros mártires que recordaban las huestes de Mina, inmortalizados por la ciencia táctica moderna; el naufragio deshecho que ha corrido la dinastía, salvada, no por la virtud eficaz de sus propios méritos, por la prudencia consumada de un pueblo que ha enseñado, como la filosofía y el arte, la política y los procedimientos políticos al mundo entero.

## IX

Poco, muy poco tiempo nos resta para contar los demás asuntos europeos; pero los mencionaremos á la ligera, proponiéndonos tratarlos con mayor espacio en venideros trabajos. La información parlamentaria británica sobre la complicidad secreta de aquel Gobierno con los interlandeses ingleses, invasores del Transvaal, no disipa las dudas abrigadas por muchos á este respecto, promoviendo los escándalos de prensa y de calle y de tribunales, en los que sale un poco malherido Labouchère, fiscal asiduo de la conciencia pública, empeñado en acusar y perseguir á muerte toda inmoralidad. Estas informaciones parlamentarias dan resultados prácticos pocas veces; pero siempre dan resultados morales, requiriendo de la conciencia pública una clase de castigos puramente abstractos, pero muy temibles, por lo mismo que no tienen fuerza coercitiva y reinan solamente allí en las altas regiones del espíritu. Con este proceso parlamentario en Inglaterra, coincide un proceso político en Alemania. El ministro de Negocios Extranjeros, Marschal, muy asaltado por las maniobras policiacas y los libelos calumniosos de un cierto esbirro llamado Tausch, ha querido libertarse de tan molesto colaborador, cuyas temeridades llegaron hasta falsificar brindis del emperador y difundir la especie de que padecía éste caries parietal por un gangrenoso cáncer en el oído; quiso libertarse de tan molesta colaboración, acusando al colaborador, y como sea el ministro un progresista y el reo un cortesano, ha caído en desgracia quien estaba más alto en el aprecio público y ha entrado en gracia quien estaba más bajo en el desprecio público, saliendo absuelto el acusado y proscrito el ministro: prueba clarísima de que la reacción se aproxima siniestramen-

te al imperio germánico. La vuelta de los jesuitas decretada por el Reistachg; las leyes propuestas en daño del principio de asociación, aunque no aprobadas; los indignados discursos contra la cátedra libre y los catedráticos demócratas del potentado reaccionario Sturm, publicados en la *Gaceta*, no obstante las protestas del ministro de Instrucción, que mantiene la legislación vigente, protestas por la *Gaceta* calladas; el amparo descaradísimo al antropófago imperio turco; la enemistad con pueblo tan parlamentario y libre y progresivo como el pueblo inglés, enseñan que se halla en Alemania, no sólo el motor inmóvil de la reacción germánica, sino el motor inmóvil de toda la reacción europea. Bien es verdad, que no convida mucho con su ejemplo á seguir tal régimen el Gobierno parlamentario que tiene frente á sí en perpetuo contraste Alemania, el Gobierno austriaco. ¡Desgraciado Imperio! Cuando se abre la cruenta sucesión de los turcos, á la cual tiene innumerables títulos Austria, sobrecojen tal número de agitaciones á este Imperio, que parece próximo á su acabamiento y desahucio. Debía renovar el pacto con los magyares; y por si están los últimos obligados con mayor cantidad ó menor á levantar las cargas públicas, el pacto se detiene, si no se rompe violentamente, cuando todos saben que su rompimiento violentísimo traería consigo aparejada una guerra. Y mientras porfían sobre tal tema húngaros y austriacos, porfían sobre cuestión más espiritual, pero no menos peligrosa, esclavones y alemanes, pertenecientes todos al mismo Imperio, y más encarnizados en odios entre sí mismos que alemanes y franceses, condenados á perpetua guerra. Solemos extrañarnos del ejemplo dado por la Convención el noventa y tres, la cual hizo más que Saturno, pues si este Dios de los tiempos eternos devoró sus propios hijos, aquella Diosa de las tormentas sociales se devora á sí misma, dándose terribles bocados de hidra, la demente, á sus propias carnes. El Parlamento de la coronal imperial austriaca hoy mismo hace algo peor que la Convención: se deshonorá el cuitado á sí propio,

deshonrando su representación y sus representantes. Sesiones de aquellarre; insultos mutuos de taberna; injurias lanzadas por los labios de unos diputados á las frentes de otros diputados; sesiones suspendidas por la fuerza y á puños; presidentes desvanecidos sobre sus sillas curules en femeniles desmayos; actas rotas con desacatos alevés; bofetones dados y salibazos escupidos sobre aquellos rostros: la revolución más perturbadora sin sus combates heroicos y sin su trágica grandeza, ¿no indica todo ello una disolución? En justa compensación las fiestas británicas dicen lo que valen el Parlamento y la libertad.

## X

Tarde llegan, muy tarde, los asuntos españoles á mi pluma, cansada por este larguísimo relato. Procuraré así á los hechos ajustarme y dar de mano á los comentarios. En fines de año comenzó una grande agitación, promovida en parte por los teócratas y en parte por los negreros, dos calamidades, á cual más horribles, de que adoleciera desde hace mucho tiempo nuestra generosa y nobilísima España: que ciñe un anillo de males en el mundo toda entidad natural y social, como ciñe un anillo de sombras en el éter los astros de la noche. Los teócratas radican en el archipiélago filipino, como los negreros son restos de la vieja maldita esclavitud negra, en Cuba, pues el mal, no solamente daña las generaciones, ó que la perpetraron ó que la consintieron; daña también, aun después de acabado y extinto, á las generaciones sucesivas, que lo heredan por una ley atávica semejante á la herencia legada por Adán á los mortales, sus hijos, de la cual herencia traemos en el nacimiento y en el desarrollo de nuestro ser infinitas é indelebles señales. Mandaba tranquilamente un general, como

Blanco, las Islas Filipinas, contento de la situación del país y seguro de sí mismo, cuando estalla terrible rebelión contra España, contagio del pésimo ejemplo dado en el extremo tropical Occidente al extremo tropical Oriente de nuestro dilatado imperio. El general, sin embargo, había cometido una grave falta, si bien secuela y continuación de faltas cometidas por sus antecesores: había mantenido una innecesaria guerra en la isla de Mindanao, guerra inspirada por los jesuitas, enderezada contra indomables tribus mahometanas que los jesuitas quieren dominar por la fuerza, como dominó á los cristianos en ciertas edades el profeta Mahoma. Pero, aparte culpa tan grande, Blanco no cometió ninguna otra, vigilante y precavido, en el seno de cierta inercia, parte promovida por su temperamento natural, parte por achaques compañeros de sus crecidos años. Mas en cuanto se vió asaltado, al estallido de la súbita é inesperada rebelión, por tantos males, rescató sus faltas en una mezcla de previsión y de valor, á la cual debemos la conservación de aquellas islas y lo rápido y lo triunfal de aquella heroica y formidable campaña. Pero los reaccionarios todos, cuya representación genuína son los frailes agustinos, en mal hora para la civilización dentro del Escorial encerrados y con grandes influjos fuera, viendo á Blanco sorprendido por una desgracia, no singular y única en nuestra historia, con él arremetieron y lo derribaron por tierra, imputándole complacencias con los masones, concomitancias con los demócratas, á cuyos maleficios atribuían el mal, sin acordarse de cuán reciente y débil influjo podían ejercer las innovaciones y tendencias aisladas en la capital y centros de población frente á un poderío como el suyo, que data de cuatro siglos y se extiende á todos los espacios y á todos los extremos de la isla. Como la mancha de una mora con otra mora se quita, y un clavo saca otro clavo, y no hay peor cuña que la cuña de una misma madera, los reaccionarios requirieron de todas partes un general reaccionario que oponer á Blanco, y encontraron, en verdad, sin motivo, sin razón y sin funda-

mento, al general Polavieja, del general Polavieja hicieron su estandarte y su oráculo. Inútilmente se mantuvo éste siempre apartado de la política, inútilmente mostró preferencias liberales en sus inclinaciones últimas, inútilmente cumplió sus deberes religiosos como solemos cumplirlos en nuestra vida los demás españoles, por hábito heredado y fe natural, sin exageraciones y gazmoñerías; la reacción, perra de suyo, emperrose toda ella, con sus varios colores y matices, en llamar el general cristiano al general Polavieja, como si los demás generales nuestros fueran islamitas. Y después de darle tal carácter, confundiendo palabras tan dispares como catolicismo y reacción, empeñáronse todavía en una temeridad no menos peligrosa: en la temeridad increíble de atribuir á personal iniciativa de la reina tamaño nombramiento, contrariado, según los reaccionarios, por el Sr. Cánovas desde su Presidencia del Consejo. Partióse, con efecto, el general, y empleando el valor de nuestro ejército, unido al propio valer suyo, aplicando un plan meditado y sabio, adelantó mucho la campaña, concluída casi á los pocos días del arribo, con la toma de Cavite, donde inscribió una fecha gloriosa más en los imperecederos anales de nuestras glorias históricas. Con la suerte militar, tan propicia para él, no sumó la suerte personal, muy adversa, pues enfermó en tales términos que debió volverse á la patria. Y de aquí un recrudecimiento en las preferencias reaccionarias por Polavieja, y en este recrudecimiento una serie de anatemas lanzados sobre la frente del Sr. Cánovas, suponiéndolo en disentimiento con el general y en desacuerdo con la Reina, como si él no hubiera nombrado á Polavieja por su propia voluntad, y él, por su propia voluntad, no le hubiese admitido la dimisión en regla y dándole su venia para que volviese á la Península. Mas en esta vuelta se le preparó una manifestación, toda ella de loor á su persona y á la persona de su majestad, pero toda ella de oposición al Gobierno, y con especialidad al Presidente, que no perdonó éste ni lo excusó de ningún modo, no tanto por referirse á su dignidad personal

como por referirse al poder depositado en sus manos, por quien experimenta un verdadero culto. Entre los incidentes de la manifestación, comenzada en Barcelona y concluída en Madrid, hubo cierto hecho especialísimo de singular carácter. Al entrar en la corte Polavieja fué á Palacio, y al salir de Palacio Polavieja se asomó al balcón que da sobre la entrada principal, su majestad, y este acto de complacencia con el general mereció clamores de un entusiasmo fervoroso á la reina y de una hostilidad patente al Ministerio. Siempre se necesita una confianza mutua del poder irresponsable en el poder responsable y del poder responsable en el poder irresponsable; pero mucho más cuando las naciones atraviesan crisis tan supremas como la que atraviesa en este período la Nación española. Y Cánovas creyó, tras aquel suceso, ó que la reina debía retirarle de un modo paladino la regia confianza con cuyo apoyo gobierna, ó que la reina debía darle autorización para explicar en la prensa lo sucedido como la cosa más natural del mundo y sin dejar alguno de hostilidad, ni á su Gobierno ni á su persona. Pero los numerosos enemigos del Ministerio no creyeron en estas explicaciones, y proclamaron como averiguado un disentimiento gravísimo entre la Corona y la Presidencia. Bajo estos auspicios las Cortes se reunieron á fines de Mayo, y los ánimos se agriaron á una, con verdadera y terrible acerbidad. Celebrábase, creo, la segunda ó tercera sesión del Senado. Un varón, en materias jurídicas tan sabio como el doctor Comas, tenía preanunciada una intencionadísima interpelación sobre las relaciones entre los Estados Unidos y España, con el fin y objeto de criticar la gestión del ministro de Estado español. Poco antes de pronunciarla ó explanarla, como decimos en lengua parlamentaria, se reunieron las secciones para los efectos reglamentarios, y al reunirse las secciones se produjo el hecho que ha determinado, primero el retraimiento de las oposiciones, después una crisis ministerial, que á punto estuvo de producir una crisis política.



## XI

Los corredores, ó pasadizos, entre la sala de sesiones y las amplias galerías del Senado, edificio de grande amplitud, muy cómodo por ende, bien diferente del Congreso, quizás sea la parte fea y estrecha de toda su construcción. Y allí, al salir para las secciones, departían el ministro de Estado y el señor Abarzuza, en diálogo íntimo, sobre las dificultades políticas del día, sin que pudieran hablar en voz baja, ó en secreto y al paño, como dicen las antiguas comedias, cuando aparte se habla por uno y aun por varios de sus interlocutores. Acababa de pronunciar un gran discurso el jefe de los liberales con toda la vehemencia propia de su apasionado carácter y de su ardorosa oratoria. En este gran discurso de Sagasta se declaró acabado el armisticio establecido entre los dos grupos gobernantes; próxima la ruptura, en guerra parlamentaria, de ambos émulos; amenazadora una rebelión carlista; exacerbados los viejos é inocentes regionales; en mal estado la guerra de Cuba por su mala dirección política y por su dirección militar, cien veces peor que la dirección política. Como en estado de guerra jamás reinó la justicia, pues se juzga con imparcialidad, pero se combate con ceguera, comentaba el Ministro en sus conversaciones privadas con injusticia y ceguera también las frases amargas del guía y maestro de los liberales hispanos. Y como dijera éste las exageraciones ya vistas, dijo el otro por su parte análogas exageraciones, sobre todo la enorme de que, habiendo llegado por la mañana triste cablegrama, noticiando la votación senatorial del reconocimiento de beligerancia en los rebeldes cubanos, sobre tal insensata votación influyera el discurso de Sagasta, no pronunciado, cuando ya la votación estaba hecha y concluída. Oyendo tal especie,

Comas intervino en aquella conversación privada referente á un hecho público, é hizo algunas exaltadas consideraciones, en cuyo seno latía una verdadera y triste acerbidad. Sin embargo, por mucha que fuese, no podía dar ocasión racional ninguna, en ningún caso, á que Tetuán perdiera el juicio hasta descargar un bofetón sobre la cara de su interlocutor. Este bofetón dió motivo á una respuesta del mismo género. Y esta lluvia de bofetones á un duelo y este duelo á un acta, en la cual se decía que habiendo sido mutuos los agravios y sendas las bofetadas, se daba todo por retirado, quedando los contendientes como si nada hubiera pasado en aquel conflicto. Pero la minoría del Senado no se dió por satisfecha con las satisfacciones dadas al senador liberal, y exigió una satisfacción política también, y en el acto, sin la cual satisfacción estaban decididos á no entrar en el Senado, recurriendo á la última razón de los partidos españoles, al retraimiento. No quiso Cánovas que Tetuán saliera del Gobierno, y los liberales no quisieron entrar en el Congreso. A la negativa resuelta de no entrar ellos, sumóse la resolución tomada por los disidentes del partido conservador, que capitanea Silvela, de no entrar ellos tampoco. Resuelto el retraimiento, Cánovas no tenía más remedio que arrestarse á desafiar la crisis, y aprestándose á desafiar la crisis, no tenía más remedio que suscitar al poder irresponsable la cuestión de confianza en su poder responsable. Y presentada la cuestión de confianza, el poder supremo, consultados los jefes oficiales de la política gobernante, así militares como civiles, ha confirmado la reina su confianza en Cánovas y le ha permitido quedarse con el antiguo ministerio. En esta larga crisis y en estas prolijas consultas muchas veces han creído las gentes, ya en la venida de un ministerio Sagasta, ya en la venida de un ministerio intermedio, nunca en la venida de un ministerio Cánovas. Y sin embargo, ha venido Cánovas. Y al venir Cánovas, sin dar la satisfacción después del desatino de Tetuán, las pasiones se han exacerbado con una exacerbación tremenda y los espíritus han subido á elevadísima temperatu-

ra revolucionaria. Y me guardaré muy bien de penetrar entre dos combatientes, que al asestar unos á otros sus respectivos golpes, descargaríanlos todos sobre mi propia persona, dejándome así malherido y maltrecho. Pero necesito concluir, pidiendo á los liberales que hagan oposición liberal y á los conservadores que hagan un Gobierno conservador y que dentro de sus respectivos deberes obren con arreglo al derecho y no desaten guerras en el espíritu público, las cuales trascenderían pronto al espacio patrio, teniendo que optar entre dos extremos tan terribles como anarquía y despotismo. Vivamos en paz y en libertad.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Junio de 1897.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

---

**I moventi a delinquere e il Codice penale italiano**, per Ugo Conti.—Turin, 1897; un folleto de 45 páginas.

El asunto que el Sr. Conti trata es uno de los que más importancia han adquirido en el Derecho penal moderno. Muchos escritores de la escuela positiva vienen tiempo hace encareciendo la necesidad de tomar en cuenta la cualidad de los motivos que el agente haya tenido al realizar el hecho delictuoso, con el fin de determinar, en vista de ellos, si el referido agente es ó no punible, y en caso afirmativo, la clase y forma de pena de que en cada momento debe hacerse uso. Por otra parte, la *Société générale des prisons* de París ha discutido recientemente, con mucha amplitud, el problema de si será ó no conveniente establecer en los Códigos el sistema de penas paralelas; esto es: una escala de ellas deshonrosas y otra escala, paralela á ésta, de no deshonrosas, al intento de que los tribunales apliquen unas ú otras según la índole de los motivos que hayan impulsado á obrar al reo. Y todo el mundo va estando conforme en que el examen de los motivos debe ser uno de los elementos indispensables en todo juicio penal.

¿Qué significa esto? A mi entender, no otra cosa que lo

siguiente: que cada vez se va intuyendo con más claridad la idea de que al ejercitarse la función llamada penal, es preciso renunciar á la pretensión de habérselas con *un delito ya acontecido*, á fin de reaccionar contra él, de castigarlo en proporción á su *gravedad objetiva*, y hay que volver los ojos hacia el delincuente con el propósito de averiguar la magnitud del *peligro* que para el porvenir ofrece, y *conjurarlo*, evitando de esta suerte la comisión de *futuros* delitos. Y como uno de los medios más adecuados para conocer ese peligro es indagar el móvil de los actos del sujeto, porque ellos nos indican cuál sea la índole del mismo, de aquí la importancia que este dato tiene dentro del sentido que actualmente late en el organismo del Derecho penal.

El Sr. Conti estudia con gran competencia el problema, mirando, sin embargo, bastante al sistema de la pena-castigo, en el cual no puede, á mi ver, justificarse aquél de una manera lógica; y aun cuando no faltan observaciones de carácter general, el trabajo responde al propósito del autor, ya indicado en su título, y que consiste en mostrar hasta qué punto el vigente Código penal italiano toma en cuenta, en varios de sus artículos, la naturaleza del móvil que los delincuentes hayan seguido al ejecutar su acción.

P. DORADO.

---

**Los orígenes de la vida económica**, por Pedro Estasén. — Madrid y Barcelona, 1896. Un volumen de 254 páginas.

El Sr. Estasén, autor de diferentes obras y escritos justamente apreciados por el público, ha añadido, poco hace, un libro más á la larga lista de los que anteriormente había dado á la estampa; y como en todos los otros, adviértese también en éste que quien lo ha escrito es un espíritu abierto á las inspi-

raciones y tendencias de los estudios modernos, enemigo del estancamiento, culto, erudito.

El Sr. Estasén nos ofrece, en el trabajo que ahora nos ocupa, un cuadro bastante completo de la evolución de la vida económica humana, á comenzar por las primitivas y más rudimentarias manifestaciones de la misma, ó sea la guerra, la caza, la pesca y la utilización y domesticación de los animales, y concluyendo por el arte y la ciencia, que son, para él, las superiores funciones de la vida económica. El autor nos va mostrando los varios momentos intermedios que se dan entre estos dos extremos, las causas á que obedece el tránsito de unos á otros y la forma como ese tránsito se verifica.

En un interesante capítulo, que es el último de la obra y que se titula *Las leyes naturales y las leyes económicas*, hace el autor muy atendibles consideraciones sobre la naturaleza y carácter de la economía política y de los fenómenos á cuyo estudio se consagra, y pone de relieve los grandes auxilios que esta disciplina puede recibir—y debe recibir si no quiere permanecer estacionaria—de los nuevos adelantos de todas las ciencias naturales.

P. DORADO.

---

**La Psicofísica.**—Obra premiada por el Ateneo de Madrid, por Julián Besteiro.—Un vol., 144 págs.—Madrid 1897. Su precio, 2'50 pesetas.

Si yo tuviera una autoridad científica de que seguramente carezco, la aprovecharía gustosísimo para presentar desde estas páginas de LA ESPAÑA MODERNA al joven autor del libro cuyo título queda copiado. El Sr. Besteiro es, en efecto, uno de los pocos jóvenes presentables, de esta juventud española, hoy tan desorientada y frívola. Educado en buena escuela, Julián Besteiro tiene como lema de su vida el trabajo, y como

el trabajo redime, es de los pocos redimidos de quien la patria puede esperar el deseado y necesario renacimiento. A estas fechas, y á pesar de que Besteiro apenas contará veintitrés años, puede escribir en su hoja de servicios aquello de *valor probado*: sí, probado en varios años dedicados á la enseñanza con éxito indudable, en algunos artículos filosóficos, en el libro de que hoy voy á hablar, y por fin, en recientes oposiciones brillantísimas, que le han abierto las puertas del profesorado oficial, con la cátedra de Psicología, Lógica y Etica del Instituto de segunda enseñanza de Orense.

*La Psicofísica*, resumen de teorías difíciles é interesantes sobre Psicología, la ha escrito Besteiro para optar al premio Charrín-Hidalgo, que el Ateneo de Madrid está autorizado para adjudicar. Esta vez el Ateneo habían constituido una Comisión compuesta de hombres de ciencia, tan ilustres como Echeagaray, Simarro, Ramón y Cajal, Cortezo y Carracido, con encargo expreso de juzgar los trabajos que se presentasen al certamen, y esa Comisión, por unanimidad, acordó que el de Besteiro merecía la honrosa distinción del premio á que me he referido.

El libro del Sr. Besteiro es de una oportunidad y utilidad indiscutibles. Es un libro de vulgarización y de orientación filosófica. Contiene una exposición, muy concienzudamente hecha, de los principios fundamentales de la Psicofísica. Con él, con los libros de Ribot y las excelentes obras de González Serrano, puede cualquiera en España ponerse al corriente de las doctrinas interesantísimas que se han producido, sobre todo en Alemania, acerca de la Psicología, considerada como ciencia independiente y formada en virtud de aplicación rigurosa de los procedimientos de observación y experimentación.

Besteiro divide su trabajo en tres partes. En la primera se estudian los antecedentes de la Psicofísica: contiene la historia de la formación de la Psicología como ciencia de fenómenos, estudiándolos en la filosofía cartesiana, en Locke, en la Psicología escocesa, en la filosofía francesa de este siglo, en

la Psicología matemática, especialmente en Herbart, en la escuela asociacionista inglesa, terminando esta indicación de antecedentes con un capítulo sobre la introducción del método experimental en psicología. La segunda parte, la más importante del libro, contiene, ya la exposición de las doctrinas mismas de la Psicofísica, ocupando el lugar principal el estudio y crítica, rectificaciones é interpretación de la célebre ley de Fechner. La tercera parte, que comprende indicaciones muy bien orientadas del pensamiento filosófico del autor, refiérese á las relaciones de la Psicofísica con la Psicología experimental y con la Psicología fisiológica y á la determinación de la posición de la Psicología contemporánea ante la filosófica.

Nada más diré; sin reservas, recomiendo el excelente trabajo del joven catedrático Besteiro, á quien desee enterarse de la importancia y significación de una de las escuelas ó tendencias más importantes, en la filosofía moderna.

A. POSADA.

**Delitti femminili a Napoli.** Studio di Sociologia criminale, per l'aw. G. Cirraolo-Hamnett. —Max Kankorowicz, editore; Milano, 1896.—Un vol. de 181 págs., 3 liras.

La ciencia penal antigua (la de la corriente humanitario-individualista, ó sea la de la llamada escuela clásica) dirigió sus esfuerzos principalmente á combatir las penas, habiendo conseguido abolir muchas de ellas y dulcificar las restantes; la ciencia penal moderna dirige los suyos á combatir los delitos. Y como estos, según ella, son efecto de causas naturales, lo primero que se hace preciso es la investigación de tales causas. De aquí el sinnúmero de trabajos y monografías que ya á estas horas existe, consagrados á la investigación, por el



procedimiento realista, de las causas ó factores de los delitos, ora en general, ora con respecto á algún orden especial de delitos ó de delincuentes, con respecto á una nación determinada, á una región, á una localidad, etc.

A esta clase de trabajos pertenece el del Sr. Ciraolo-Hamnett. En él se estudia la delincuencia de las mujeres en Nápoles (ciudad que da mucho más contingente de delitos femeninos que las restantes de Italia), analizando una por una las causas (mesológicas, étnicas, históricas y sociales en general, y en particular de algunas, como las profesionales, la miseria, la religiosidad, el españolismo, etc.) que á juicio del autor la determinan, é indicando los remedios que á él le parecen más convenientes para contrarrestarlas.

Al libro, escrito con elegancia literaria, acompaña un apéndice estadístico, mediante el cual puede compararse fácilmente la delincuencia napolitana con la de otras regiones del reino de Italia.

P. DORADO.

---

**La criminalidad en Antioquía** (tesis de doctorado), por Miguel Martínez.—Medellín (República de Colombia), 1895.—Un folleto de 79 págs.

Es una monografía escrita con un fin análogo al de la anterior y empleando un procedimiento semejante; si bien debe advertirse que el Sr. Martínez *documenta* mucho más que el señor Ciraolo-Hamnett sus afirmaciones, ó sea hace mucho más uso que este último de las estadísticas y de toda clase de datos en general.

Siguiendo á la escuela penal positiva italiana, estudia el escritor colombiano la criminalidad en el departamento de Antioquía, pasando revista en la primera parte del libro á las

tres clases de factores de que, según la referida escuela, es el delito un resultado, á saber: el factor antropológico (las razas, los delincuentes antioqueños bajo el aspecto físico y moral), los factores naturales ó cósmicos (geografía del delito, clima) y los factores sociales (moralidad; matrimonios, adulterios, estupro, suicidios, prostitución, etc.; instrucción; riqueza y miseria; profesiones; administración de justicia, jueces de derecho, jurado; establecimientos de castigo; emigración é inmigración; instituciones políticas; amor al trabajo y vagancia; derecho de gracia, alcoholismo, el espíritu de litigio); y proponiendo en la segunda parte los remedios (reformas legales en el Código penal y en el enjuiciamiento; reformas sociales, en la moralidad, la instrucción, la miseria, las profesiones, la administración de justicia, etc.) que convendría introducir para neutralizar la acción de los dichos factores.

P. DORADO.

## OBRAS NUEVAS

---

- Alamo (M.)—¿Versos? Paco Pica-poco. En 8.º, VIII-236 págs.: 2 pesetas.
- Albaladejo (E.) — Indicador de correos. (Guía para el público.) Año VI. En 12.º, 17 hojas sin numerar, 121 págs. y anuncios: 1 peseta.
- Antich é Izaguirre (F.) — Cartas finiseculares. En 12.º, 65 páginas: C,50.
- Anuario-Guía de la Prensa española é industrias anexas. Edición de 1897. En 4.º, XXII-200 páginas 6 pesetas.
- Arabio Urrutia (P. F. M. de).—Monografía histórica de las inco-rruptas Santas Formas de Alcalá de Henares. En 8.º, 4 hojas, 199 págs.: 1 peseta.
- Aragó (B.)—Cría lucrativa del cerdo: razas, construcción de pocilgas: reproducción, alimentación y engorde: productos, enfermedades y su curación: seguido de la matanza, salazón elaboración de toda clase de embutidos y aprovechamiento de los diferen-tes productos del cerdo. En 4.º, 264 págs.: 5 pesetas.
- Arenal (C.)—Obras completas. *Tomos XV y XVI.* «El Pauperismo». 2 tomos. En 8.º, 430 y 421 páginas: 6 pesetas.
- Arnao (A.)—La luz entre las tinieblas; cantos religiosos. En 8.º, 192 págs.: 2,50.
- Barbasán Lagueruela (C.)—Biblioteca de los «Estudios militares». Memorias de un defensor. *Tomo I.* En 8.º, 431 págs.: 4 pesetas.
- Barberá (F.) — La intubación estudiada en su pasado, su manual operatorio, sus accidentes y sus aplicaciones al tratamiento de las laringo-estenosis, y especialmente al del crup. En 8.º mayor, 11-60 págs.: 2 pesetas.
- Idem. — Fisiología é higiene de la voz. En 8.º mayor, XVI-237 páginas y 7 hojas: 6 pesetas.
- Barra (E. de la).—El libro del niño; primeras lecciones en el arte de leer i escribir. En 8.º, 96 págs.
- Idem.—La reforma ortográfica, su

- historia i su alcance. En 8.º, 79 págs.
- Idem.—Ortografía. En 8.º, 82 págs.
- Barrios y Carrión (L.) — La milicia como elemento político contemporáneo, con un *Post scriptum* de Luis Vidart. En 4.º, 366 páginas, 9 hojas: 5 pesetas.
- Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España. *Tomo XXII*. En 4.º, XII-357 págs. y xxxi láminas: 15 pesetas.
- Bray (E. de).—La venganza de una madre: novela original. En 8.º, 338 págs.: 3,50.
- Briones (G.)—La mujer del Tremendo; diálogo en verso. En 8.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Calvo y Madroño (T.)—Colección de láminas de dibujo geométrico, de arquitectura y de mecánica. En 4.º mayor apaisado, 5 hojas de texto y 20 láminas: 5 pesetas.
- Canalejo y Soler (J.)—La fotografía al carbón: sistema de impresión inalterable. En 8.º mayor, 115 págs.: 1,50.
- Cañal (C.)—San Isidoro; exposición de sus obras é indicaciones acerca de la influencia que han ejercido en la civilización española. En 4.º, 181 págs.: 5 pesetas.
- Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. *Tomo XXVI*. En 8.º, 2 hojas, 317 págs.: 3 pesetas.
- Código civil venezolano (El nuevo), con un estudio crítico comparativo con el español. En 4.º, 182 páginas: 5 pesetas.
- Colom y Beneito (F.)—Cuestión legal que interesa conocer á todos los que tengan relaciones con el Banco de España. En 4.º, 14 páginas.
- Coll y Manzano (L.) é Izquierdo y Sanz (M.)—Flor de cuernos. (Antología taurina.) Colección de biografías de toreros célebres, historietas, anales, narraciones, recortes tauromáquicos, diatribas de extranjeros, refutaciones de españoles, decadencia del arte, progresos futuros, etc. En 12.º, 64 págs.: 1 peseta.
- Corral y Mairá (M.)—Cuentos ciclistas. En 8.º, 133 págs.; 1 peseta.
- Cuellar (J. de). — La chifladura de B. Pérez Galdós. En 8.º, 29 páginas: 0,50.
- Dávila (M.)—Guía de los establecimientos balnearios de España. En 4.º, 8 hojas, II-390 págs.: 2 pesetas.
- Díaz Macías (J.) — La huelga; poema social. En 8.º, 35 págs.
- Domínguez Blanco (J.) — Estudio sobre la moral de los filósofos, comparada con la de Jesús. En 8.º mayor, 204 págs.: 4 pesetas.
- Escuelas públicas. Programas para los ejercicios de oposición á las plazas de Maestros y Auxiliares. En 8.º, 126 págs.: 1 peseta.
- España ilustrada: vistas, monumentos, escultura y pintura. En 4.º apaisado. Láminas en fototipia y una hoja con explicación de las mismas, á dos columnas. *Cuadernos 1 á 7*: 1 peseta.
- Establecimiento balneario de Arbieto, Orduña (Vizcaya). Aguas clorurado sódicas. En 4.º, 143 páginas con grabados.  
No se ha puesto á la venta.
- Estévanez (N.)—Diccionario militar. En 8.º, VIII-252 págs.: 6 pesetas.
- Fernández Casadevante (M.) — La

- práctica. En 8.º mayor, 84 páginas: 1,50.
- Fernández Valbuena (R.)—¿Cubrió el diluvio toda la tierra? En 8.º, xx-396 págs.: 3 pesetas.
- Forteza (J.)—Cosecha del Diablo. En 8.º, XIII-207 págs.: 2 pesetas.
- Fuente (R.)—De un periodista. En 8.º, 224 págs.: 2 pesetas.
- Gallerani (P. A.) Jesuitas expulsos de España, literatos en Italia. En 8.º, XVI-303 págs.: 3 pesetas.
- García (L.)—Manual práctico de electricidad. En 8.º, 186 páginas: 3 pesetas.
- Golpe (S.)—Patria y región. En 8.º, XII-226 págs.: 3 pesetas.
- Gómez de Arteche y Moro (J.)—Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 á 1814. Tomo X. En 4.º, 567 páginas: 8,50 pesetas.
- Gómez y Gómez (A.)—Eduardo y Adela: diálogos patrióticos. En 12.º, 67 págs.: 0,50 pesetas.
- Gómez Ocaña (J.)—Función dinámico-génica de las cápsulas suprarrenales. En 8.º, 11 páginas.
- González y Martín (R.)—Filipinas y sus habitantes; lo que son y lo que deben ser. En 8.º mayor, 287 páginas: 3 pesetas.
- Guanyubens (E.)—Alades; poesías. En 4.º, 102 págs.: 2 pesetas.
- Gummá (A.)—Le Dondiin et les Philippines. En 12.º, 122 páginas: 1 peseta.
- López-Ballesteros (L.)—Lucha extraña (novela). En 8.º, XI-244 páginas: 3 pesetas.
- Mañé y Flaquer (J.)—Un ensayo de regionalismo. En 4.º, 31 páginas: 0,50 pesetas.
- Martínez Ruiz (J.)—Bohemia (cuentos). En 12.º, 117 págs.: 2 pesetas.
- Maspes (A.)—La kerida. (L'aman- te). Tradukzion de Karlos González Ugalde. En 8.º, 257 páginas: 2 pesetas.
- Millán (P.)—Biarritz y sus cercanías; notas é impresiones. En 8.º, 370 págs.: 4 pesetas.
- Ministerio de Ultramar.—Régimen del Gobierno y Administración civil de la isla de Puerto Rico. En 8.º mayor, 206 págs.: 2 pesetas.
- Molina Solís (J. F.)—Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán. En 4.º menor, LX-911 páginas: 32 pesetas.
- Montes (J.)—La pena de muerte y el derecho de indulto. En 4.º, 4 hojs. 254 págs.: 3 pesetas.
- Monumentahistorica Societatis Jesu nunc primum edita à patribus ejusdem societatis. *Annus quartus*. Fasciculus quadragesimus secundus. Mense Junio 1897. En 4.º, 160 páginas cada cuaderno: 3 pesetas.
- Contiene: Litterae quadrimestres ex universis praeter indiam et brasiliam locis in quibus aliqui de Societate Jesu versabantur romam missae. Tomus quartus (1556. Pliegos 1 á 10.)
- Morales (T.)—Las mendigas de Madrid; drama en siete actos en prosa. En 8.º, 87 págs.: 2 pesetas.
- Navarro (E.)—Filipinas. Estudios de algunos asuntos de actualidad. En 4.º, XI-285 págs.: 4 pesetas.
- Nonell y Más (P. J.)—La Santa Duquesa. Vida y virtudes de la venerable y Excmá. Sra. Doña Luisa de Borja y Aragón, condesa de Ribagorza y duquesa de Villahermosa. En 4.º, 412 págs. y una lámina: 2 pesetas.

- Ocantos (C. M.)—Promisión; novela argentina. En 8.º, 407 págs.: 3,50 pesetas.
- Ortega y Munilla (J.)—Fifina; cuentos y esbozos. En 12.º, 189 páginas: 0,50 pesetas.
- O'Ryon (J. E.)—Bibliografía de la imprenta en Guatemala en los siglos xvii y xviii. En 8.º, 121 páginas con varios facsímiles.  
No se ha puesto en venta.
- Pardo Bazán (E.)—El tesoro de Gastón; novela. En 8.º, 239 páginas: 2,50 pesetas.  
Colección Elzevir. ilustrada. Vol. vi.
- Pérez Galdós (B.)—Misericordia; novela. En 8.º, 398 págs.: 3 ptas.
- Pérez Nieva (A.)—La tierra redentora; novela. En 12.º, 4 hojs., 225 páginas: 2,50 pesetas.
- Polo de Lara (E.)—Estudio social y político de las islas Filipinas. En 8.º mayor, 165 págs.: 3 pesetas.
- Reyles (C.)—El extraño; novela. En 8.º, xi-94 págs.: 1 peseta.
- Royo Andolz (A.)—Los azares de una fuga; zarzuela cómica trágica para niños. En 8.º, 104 páginas: 2 pesetas.
- Sánchez (J. R.)—Ensayo histórico-crítico sobre la obra de Lutero; tesis doctoral. En 4.º, 4 hojs. 91 páginas: 1,50 pesetas.
- Sanchís (V.)—Chasquidos de tralla; historias íntimas. En 4.º, 342 páginas y 2 hojs.: 4 pesetas.
- Sastre del Campillo (El).—Exposición general de Bellas Artes en 1897. Catálogo satírico. En 4.º, 61 págs.: 0,50 pesetas.
- Sawa (M.)—Amor. En 8.º, 144 páginas: 2 pesetas.
- Sbarbi (J. M.)—Ambigü literario. En 8.º, xxiv-448 págs.: 4 pesetas.
- Suárez Capalleja (V.)—La salud del europeo en América y Filipinas, y del repatriado y criollo en Europa, según el sistema Kneipp. En 8.º, 547 págs.: 4 pesetas.
- Taboada (L.)—Tipos cómicos. En 8.º, 254 págs.: 3,50 pesetas.
- Unión-Ibero-Americana.—Informe de la Comisión permanente de relaciones comerciales. En 4.º, 15 páginas.
- Valdés (J.)—Refutación que hace el mariscal de Campo D. Jerónimo Valdés, del diario que escribió D. José Sepúlveda, sobre la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824. La publica su hijo el conde de Torata, coronel retirado de Artillería. *Tomo III*. En 4.º mayor, 508 págs., 5 mapas y una lámina de condecoraciones militares, y 593 páginas.  
No se ha puesto á la venta.
- Valentí (J. I.)—La mujer en la Historia. En 4.º, 499 págs.: 5 pesetas.
- Valera (J.)—A vuela pluma; colección de artículos literarios y políticos. En 8.º, 554 págs.: 4 pesetas.
- Villada (J.)—El matrimonio del clero. En 8.º, 54 págs.: 1 peseta.
- Yxart (J.)—El arte escénico en España, *vol. II*. En 8.º, 4 hojas y 163 págs.: 2,50 pesetas.
- Zambrana (A.)—Ideas de estética, literatura y elocuencia. En 8.º, 114 págs.: 3 pesetas.
- Idem.—La administración. En 8.º, 148 págs.: 3 pesetas.

## INDICE

---

|                                                                                                                                                                                                           | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Teresa</i> (novela), por Neera.....                                                                                                                                                                    | 5            |
| <i>Cleopatra</i> , por el Marqués de Valmar.....                                                                                                                                                          | 67           |
| <i>Propaganda regional en España</i> , por Pablo de Alzola.....                                                                                                                                           | 83           |
| <i>Marruecos</i> , por Felipe Rizo y Almela.....                                                                                                                                                          | 107          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                                                                                                                   | 120          |
| <i>La prensa internacional.—El empleo de la vida</i> , por Sir John Lubbock.— <i>El telégrafo sin hilos</i> , por D. L. Caze.— <i>Anatolio France en la Academia Francesa</i> , por Mauricio Spronck..... | 133          |
| <i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....                                                                                                                                                   | 169          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....                                                                                                                                              | 195          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                                                                                                                 | 202          |

# DERECHO POLÍTICO FILOSÓFICO

POR

**LUIS GUMFLOWICZ**

Profesor de Ciencias políticas en la Universidad  
de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

POR

**PEDRO DORADO MONTERO**

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Precio, 10 pesetas.

---

## La Justicia

por Herbert Spencer.

Un volumen grande, 7 pesetas.

---

## LAS INSTITUCIONES ECLESIAÍSTICAS

POR

**H. SPENCER**

Un volumen, 6 pesetas.

---

## LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

Y

**LA MORAL PERSONAL**

por

**H. SPENCER**

Un volumen grande, 7 pesetas.